

Tray Mocha

REVISTA

SEMANAL



"LA FAVORITA"

N.º 843





FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912.

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVII

Buenos Aires, junio 19 de 1928

N.º 843

Los problemas de la calle, por Rojas



Casos que seguramente no ha previsto el director general de Tráfico, señor Aversa, en sus proyectos para la descongestión del mismo.

Habíale bendecido Al-lah con una ciencia extraña. Conocía todas las hierbas que nacen en el valle de Heshed, en las planicies del Jorasán, en las llanuras del Kabut y en los intersticios de las rocas, en la región montañosa del mar Caspio.

Las mezclaba sirviéndose de no sé qué procedimientos, las cocía en misteriosos hornos y brillantes alambiques; las almacenaba en retortas transparentes de cristal y luego las vendía a fabulosos precios ¡eran perfumes maravillosos!

Su fama de perfumista se extendía por todo el Irán, y no había en el país rey, sultán o emir, que no le hiciera frecuentes pedidos de tan deliciosos productos. Rara era la caravana que, dirigiéndose al Sur, no cargara en Nishapur enormes y numerosos fardos, en los que iban, blandamente acondicionados, frascos de fino cristal, cajones de delicada madera conteniendo exquisitos perfumes y sahumerios, que más tarde hacían la delicia de los nobles y el encanto de toda la corte.

Reinaba en esa época Mohait ed-din, a quien sus vasallos llamaban Melik Sha (¡Téngalo Dios en su misericordia!). Era capital del imperio la bella ciudad de Hamadán donde los principios de la dinastía del Selyud, establecieron su corte, después de haber abandonado a Gazna. Sabios, temerosos de Dios y llenos de bondad, los selyucidas, reinaban con gran justicia y, al igual que Mahmud el Grande, fomentaban la poesía, las artes y la ciencia.

Moraban en la corte un sinnúmero de poetas y de músicos, cuya ocupación consistía en deleitar al sultán, componiendo canciones que luego eran repetidas de boca en boca hasta por las gentes del pueblo, haciendo así, de ese país del Irán, un lugar delicioso como hay pocos en este mundo, puesto que allí se vivía en perpetua paz y la existencia era una carga dulce y llevadera entre músicas y canciones que celebraban la belleza inefable de la desdichada Shirín, y las proezas incomparables de Iscander, el macedonio.

Sucedió que un día entre los días, se presentó en casa de Attar, en la villa de Nishapur, un emisario del sultán; venía de la capital del reino a buscarlo de parte de Melik Sha, que quería verle.

Dispúsose Attar a partir, a cuyo efecto fué a albergar en uno de los tantos caravanserrallos que existen en las afueras de la ciudad. En ese hospedaje esperó tres días hasta que llegó una caravana que iba camino de Hamadán; y un jueves del mes de Rev primero, abandonaba Attar la villa de Nishapur.

Tras un largo viaje, y sin que le ocurriera percance alguno, llegaron a Hamadán, Attar y el emisario del rey. Fué el droguero a ver de seguida a Melik Sha, quien, después de desearle la paz, le habló de esta manera:

"Hace varias noches tuve un sueño muy extraño. Sé que tú no eres mago, que entiendes mucho de perfumes y nada de quiromancia y que te será difícil explicar mi sueño; pero me parece que tu ciencia de perfumista puede ser de gran ayuda para volver la perdida tranquilidad a mi espíritu.

Había estado escuchando de labios de mi poeta favorito, el recitado de una nueva poesía compuesta en mi honor, cuando me sentí dor-

El droguero de Nishapur

Por Carlos Muzio Sáenz Peña

mir envuelto en el humo delicioso de los pebeteros, donde ardían sahumerios que tú me enviaste. Un suave sopor me invadió poco a poco y pude distinguir, como a través de un espeso velo, a varias mujeres de sin igual hermosura que entraban en mi aposento. Una de ellas, la más joven, se me acercó,

y colocando junto a mi cara su mano pequeña y blanca, me dió a oler cierto perfume que llevaba en una redoma. Tan exquisito era, que de sólo recordarlo me estremecí. Extendí mis brazos hacia la desconocida y mis dedos temblorosos tropezaron con una piel suave y tibia, cubierta de preciosas sederías,

TRISTEZAS EN EL MAR

Me ha besado en la frente: ha sido una caricia de ilusión y de misterio: algo de la emoción de un cementerio bajo el nupcial hechizo de la luna.

El beso por mi ser corrió cual una mano por el cordaje de un salterio: profesante que marcha al presbiterio, temblaba mi alma ante la noche bruna.

Porque yo conocí que el beso era una consagración de la agonía de amar y de sufrir por la quimera

de un ser siempre distante que me nombra: de sentir su mirada ante la mía, y abrir los ojos... y encontrar la sombra!

* * *

Qué vago amor mi amor! En la cóncava altura agoniza el temblor del crepúsculo: avanza un gran golpe de pájaros desde la lontananza sobre la costa oscura.

Ante el paisaje opaco me inundo en la dulzura de seguir adorandote sin ninguna esperanza: tu ensueño, muerta mía, subsiste en mi añoranza como póstumo rayo de sol en la espesura.

El tímido plañir de la esquila en las sombras se alarga... yo imagino que pasas, que me nombras... y el alma entre la carne sufre del mismo anhelo

de la pobre gaviota que en las manos cautiva del grumete, mirando la amada que se iba, batió su remo inútil con suplicante vuelo...

* * *

Mi madre le ha mandado una corona hecha de rosas pálidas, yo pienso... y a la ternura de un pensar intenso mi ser, estremecido, se abandona.

Una dúplice imagen me obsesiona; la muerta entre los rezos y el incienso y mi madre, tejiendo con inmenso amor para la muerta, esa corona.

Con qué delicadeza, con qué miedos, con qué unción recogida y temblorosa unen la rosas pálidas sus dedos!

y su frente mi recuerdo arruga, para ella, con las hojas de una rosa, el dulce llanto que le arrancó enjuga.

* * *

Mientras desde la costa un bronce reza su plegaria dulcísima y remota, pienso en esa corona que en la ignota paz de la tarde a perfumar empleza.

A modo de un adiós, en la belleza del crepúsculo tiende una gaviota su vuelo blanco, fugitiva nota de ensueño, de pasión y de tristeza.

Yo siento que mis lágrimas acuden cuando en una suprema despedida las alas en la sombra se sacuden:

en tanto crece la tiniebla inerte, sueño en su alma, gaviota dolorida que me llamó volando hacia la muerte!

DMITRI IVANOVITCH

bajo las cuales se deslizaron mis manos, rápidas y astutas como dos serpientes que buscan afanosas la oculta guarida.

La piel era aterciopelada y fina como un tapiz de Damasco. Pero si hermoso era su cuerpo, si al contacto de esa carne joven y palpitante mi corazón saltaba y se estremecía desesperadamente, más enloquecedor, más incomparable y maravilloso aún era el perfume. Ninguno de los sahumerios que tú me envías, ni los más costosos, pueden compararse al que en esa redoma llevaba la doncella de mi sueño. Toda la noche me hubiera quedado yo acariciando ese cuerpo y oliendo ese perfume, ¡toda la noche y toda la vida!, si la extraña aparición no se hubiera separado de mí dejándome sumido en la más honda tristeza. Yo la veía alejarse como una sombra, como un recuerdo, y resolví seguirla, seguirla más que por su figura apenas visible en la obscuridad de la noche, por el inefable aroma de su perfume. El roce de su piel, tan suave, tan tibia, y el olor de ese sahumerio, tan extraño, tan maravilloso, habían oscurecido mi entendimiento y enneguecido mis ojos.

Salimos de palacio, sin saber cómo, más bien recuerdo que de pronto me hallé en medio de la calle que conduce a la gran mezquita. Traspasamos las murallas de la villa, y salvando arroyos, cruzando bosques y escalando colinas, llegamos a las puertas de un palacio en el que penetramos sin que los centinelas apostados a su entrada pudieran vernos.

Vagamos largo rato por pasillos oscuros y solitarios patios y llegamos, después de atravesar enormes habitaciones, ricamente amuebladas, a una sala donde, en un rincón, cerca de una gran chimenea, una horrible vieja atizaba el fuego que ardía en los hornillos de un fantástico alambique.

Hízome señas de sentarme. Sentéme, pues, en un ruinoso escabel y me puse a observar el trabajo de la anciana. Vacía líquidos de extraños colores de un frasco al otro; mirábalos a través de la rojiza luz, y así repetía la misma operación, una y cien veces. Le pregunté si era ella la autora del perfume, que aún conservaba en su mano la misteriosa doncella, y me respondió afirmativamente. La insté a que me dijera la manera de confeccionarlo, y se sonrió contrayendo con sorna su desdentada boca. Le prometí joyas, dinero y ¡qué sé yo!; pero a todas mis promesas contestaba la vieja con su diabólica sonrisa. Al lado de la bruja estaba de pie la doncella, cuyos ojos profundos continuaban mirándome fijamente. V, otra vez, que en ellos se reflejaban promesas de caricias no pensadas, de inmensos placeres como sólo las vírgenes del séptimo cielo saben prodigar a los buenos creyentes.

El extraño perfume que flotaba en la estancia comenzó a hacerse más penetrante y más espeso; pensaba en la atmósfera, en mi cerebro y en mi corazón. Dijérase que ese perfume tomara cuerpo, se hiciera visible en esas volutas grises o violáceas que se elevaban lenta y pesadamente, en perezosas espirales, hasta adherirse a los artesonados del techo, del cual pendían luego como desgarradas cortinas. Se nublaron mis ojos y todos los objetos empezaron a moverse, como impulsados por misteriosas manos: giraba el ruinoso esca-

bel y los arrollados papiros: saltaban los alambiques entre las rojizas brazas, sacudiendo en miles de burbujas los líquidos mutiladores que contenían. Los pebeteros chisporroteaban incomprensibles palabras en un idioma extraño y la vieja, que hasta entonces permaneciera acurrucada cerca del fuego, había abandonado su sitio y también hacía difíciles cabriolas. Todo parecía girar en diabólico remolino; todo se movía como en una fantástica rueca en torno a la doncella, que inmóvil, tranquila, hierática y serena como esas estatuas que hay en el país del Rum, clavaba en mí sus grandes ojos negros.

Me acerqué a ella, tambaleando, abriéndome paso a través de ese espeso y aromático velo que lo envolvía todo, y una vez a su lado la tomé de los brazos. ¡Al fin! ¡al fin iba a ser mía!

Una sonora carcajada hirió mis oídos y sacudió mi corazón. Quise estrecharla contra mi pecho, aprisionar su linda cabeza entre mis brazos y gustar entre sus labios esa fruta incomparable, que es más dulce que los dátiles de Basora y más deliciosa que la nuez moscada del Joten; pero su cuerpo de sedosa piel se deslizo de entre mis manos, se escurrió de entre mis dedos, como si fuera humo, como si fuera, agua... Una voz pasó a través de la pesada atmósfera, a través de la oscuridad, una voz que dijo: "Me llaman Gaujar. Este perfume es la esencia de mi vida, ni él ni yo podemos separarnos y el día que tú lo poseas me poseerás a mí, pues él y yo somos uno".

Al día siguiente, entré mi visir a despertarme, y al recorrer los tapices para dar luz a mi cuarto, le extrañó no hallarme en el lecho. Alarmado iba a llamar la guardia de palacio, cuando tropezó con mi cuerpo a lo largo del estrado. Me levantó en brazos y púsome sobre un diván; me arrojó agua a la cara y muy pronto recuperé el uso de mis facultades. Presentóse mi médico; pero aún no ha sabido, a pesar de toda su ciencia, encontrar el origen del mal que me aqueja, pues desde entonces he pasado noches horribles. El deseo de este perfume y el amor por esta mujer han ahuyentado el sueño de mis párpados y la tranquilidad de mi espíritu. He consultado a los astrólogos más sabios de la Persia; han venido a mi corte los magos más profundos de la Bujaría y de la Mesopotamia; tengo albergado en magnífico aposento a un hombre prodigioso que dice venir de la India. Su Dios no es el nuestro ¡Al-lah le perdone!. Pátese los días y las noches con los brazos en alto y nunca, nunca ha cerrado los ojos para dormir. Dicen que es un santo, que sabe de cosas ocultas. Profetizó hechos terribles, que acontecieron y puede, al igual que Yamshid, saber todo lo que pasa en el mundo; y sin embargo, a pesar de toda su ciencia y de su mucha sabiduría, no ha podido decirme donde hallaré el perfume, y junto con éste, a la bella aparición. Mi vida, que hasta esa noche se deslizaba, lánguida y serenamente como el agua de un lago, se ha transformado en continuo tormento. Ya no me agradan las canciones de mis poetas favoritos ni la risa voluptuosa de las mujeres de mi harem. Mi visir ha mandado traer tres vírgenes turcas. Una de ellas tiene ojos tan negros, tan grandes, que parecen enormes lunas de abenuz suspendidas de un

cielo extraño. Tan blanca y tersa es la piel de la otra que rima su palidez con el cuarto menguante del Ramadám, y la tercera le ha dotado Dios de dos hoyuelos en las mejillas; tan redondos y temblorosos que son como aljibes de los besos; y para mejor completar tan sin igual belleza, muestra su linda

tencia, todo es desagradable; y lo que más me irrita son tus perfumes. Esos mismos perfumes que antes me deleitaban, hoy día los aborrezco, me causan náuseas; son inmundos y detestables cuando los comparo al que llevaba en esa redoma la doncella que se me apareció en sueños.

reflejaba la angustia; estaba demaciado pálido como las caras de los derviches que aullan juntos con los perros hambrientos al lado de la mezquita de Yargadí. Sus ojos se hundían en un círculo oscuro, despidiendo miradas opacas, envueltas en unos reflejos de ansiedad que la fiebre hacía más desesperantes aún. Eran miradas que parecían venir de muy lejos, trayendo un doloroso interrogante, una súplica tan honda y triste que Attar se apresuró a responder:

—Escuchadme señor. Tú eres justo, sabio y poderoso, y sabes cuántas dificultades tendrá que vencer este pobre esclavo tuyo para obtener lo que le pides. Yo te traeré ese perfume; mas dame tiempo para que lo busque y devuelva la salud y la tranquilidad a tu acongojado corazón. Hoy mismo saldré de Hamadám para Nishapur. Pondré todas mis cosas en orden y haré que mi hermano quede al frente del bazar durante mi ausencia. Empezaré largo viaje; visitaré la India, la China y el Egipto y espero hallar, en algunas de esas tierras, el perfume o la manera de fabricarlo.

Ocho meses pasaron, ocho largos y afanosos meses para el desdichado sultán, hasta que un día, poco después de la oración de la tarde, llegó a Hamadám, extenuado de fatiga, rotas las sandalias y cubierta la túnica de polvo, Attar, el drogiero de Nishapur.

Melik Sha le hizo comparecer ante él, no bien llegara; y con voz suplicante, le interrogó:

—¿Cuéntame, cuéntame pronto el resultado de tu viaje! ¿Dónde está el perfume, dónde, que no lo percibo?

—La paz de Al-lah sea contigo! —dijo Attar, besando el suelo entre sus manos. Demos gracias a Dios, cuya divina protección jamás me faltó durante mi viaje. Mi viaje, señor, fué muy largo y fué muy feliz. Salí de Nishapur en dirección a Mardach; quería visitar las ruinas del trono de Yamshid; pues había oído decir a un viajero, que pasó por mi casa de Nishapur, que en algunos de los jeroglíficos se ocultaban recetas de maravillosos medicamentos y de extraños perfumes. Escudriñé todos los rincones, palpando los bajos relieves que adornan el negro mármol; descifré las antiguas inscripciones y pude leer lo que hiciera escribir Darío, el aqueménida "rey de los reyes". Mis pasos resonaron lúgubremente sobre las gastadas lozas, despertando de su sueño a las lagartijas. Después pasé a la India y visité las pagodas silenciosas ocultas en medio de impenetrables bosques donde moran somnolientos brahmanes y místicos yoguis. Tuve entre mis manos viejísimo papiros, arrollados por la mano vetusta de los siglos; en ellos se guardaba, a través de las edades, la esencia divina de los cánticos védicos... Viví largas semanas entre los parsis emigrados de Irán. Habláronme del gran Zoroastro y me iniciaron en los ígneos misterios de Aura-Mazda. Llegué por fin, a la China, y allí conocí a un bonzo budhista. Sabía él de un delicioso perfume que encendían los sacerdotes del templo de Kamakura, en el Japón. Allí lo llevaban los peregrinos que vienen de Ganasapur; lo traen en cajas de sándalo, envueltas en hojas de palma y

VISTA BIEN



NADA DEFINE TANTO LA PERSONALIDAD COMO LA ROPA

Notables sobretodos en casimires de lana, importados, modelo de alta moda, con o sin bolsillos de parche, colores novedosos y distinguidos, rico forro completo: cruzados (como el modelo ilustrado) \$ 72.-, 59.-, y 45.-, derechos \$ 65.-, 42.-, y

\$ 35.-

Elegantísimos trajes en finos casimires de lana, corte de la más rigurosa moda, con o sin bolsillos de parche, forros de muy buena calidad, colores claros y oscuros; cruzados (como el modelo ilustrado) \$ 79.-, 59.-, y 42.-, derechos \$ 68.-, 55.-, y

\$ 39.-

CREDITOS
Los acordamos a pagar en 10 meses, sin cuota adelantada, interés, comisión ni absolutamente ningún recargo.

A. CABEZAS

SARMIENTO ESQ. SAN MARTIN (BUENOS AIRES)

cara tres lunares, como tres violetas en un lecho de rosas silvestres. Son tres huríes robadas del paraíso del profeta (¡qué él me asista!)... pues bien; no las quiero... no las deseo.

Esperan mi visita desde el día en que mi visir me las trajo; más... no las quiero. Soy el más desdichado de los mortales; nada me alegra, nada me distrae. Todo es abominable de esta mísera exis-

Te he mandado llamar para saber si tú, mediante la incomparable ciencia con que Al-lah te ha dotado, puedes componer un perfume igual al que deseo poseer. Hazme ese perfume, Attar, que te colmaré de riquezas, porque una vez dueño de él fácil me será conquistar a la desconocida.

¡Pobre Melik Shaha! El gusanillo del amor roía implacablemente su atormentado corazón. Su rostro

HIGIENE MORAL

En nuestra mano está ahorrarnos el dolor de los dolores; ver llegar el fin de la vida sin haber hecho a nadie un beneficio.

A la verdad has de acostumbrarte como el aire, de modo que te sientas ahogar de donde no esté ella.

No hay tan blanda almohada como la conciencia tranquila.

No guardes la vida como un relicario, porque la vida se nos ha dado para gastarla.

M. MENENDEZ PELAYO

telas pintadas. "Es un perfume, me decía, más rico que todos los de Oriente; tan suave, tan delicioso que el agua de rosas o la esencia de alcanfor, se pierden o vulgarizan si se les compara con él!" Saí para Kamakura, en busca de ese perfume maravilloso entre las maravillas, y, ¡oh desengaño!, el que allí usaban los sacerdotes no era, ni en mucho, el que yo buscara tan afanosamente.

Aquí me tienes, señor. Mi viaje ha sido feliz, muchas cosas he aprendido y muchos pueblos he visitado. Traigo en mi cerebro la pesadilla inquietante de cientos de religiones ¡ayúdeme Dios! En vano han sido mis desvelos e inútiles mis congojas; no he podido hallar en ninguna parte, ni el perfume maravilloso ni la fantástica doncella; mas, no desesperes. Un peregrino compañero de caravana, cuyo cuerpo cubría la túnica azul de los derviches, me ha dicho que en los montes del Kurdabar crecen yerbas extrañas, cuyos perfumes embriagan a los hombres y enloquecen a los animales. Mañana mismo partiré para esos lugares y espero estar de vuelta antes que la luna de "Yomadusiani" ilumine las torres de tu palacio.

Al caer la tarde del siguiente día, partió Attar hacia el Norte: iba en busca de ese perfume que devolvería a su amo la tranquilidad y colmaría su vida de goces y de dichas.

Había perdido de vista los altos minaretes de la villa e iba a internarse en angosta senda, cuando creyó percibir, aunque veladamente, ayes y gemidos que parecían venir de un oscuro despeñadero. Detuvo su cabalgadura y se dispuso a escuchar y oyó, entonces, bien distintamente, quejidos y lamentos. Apeóse y al andar de unos pasos vió en el suelo, cubiertos de lodo y manchados de sangre, un montón de harapos, que una vez que Attar los diera vuelta, descubrieron ante los sorprendidos ojos del droguero, el semblante de una vieja, desencajado, arrugado y sucio, y ensombrecido por unos mechones de cabellos grises, que aparecían por debajo de una cofia multicolor, semejante a las que usan las mujeres de las tribus nómades.

Acercósele Attar y la vieja, al verle llegar, trató de sonreír con su horrible boca, logrando tan solo mostrar sus desdentadas mandíbulas. Se quejó, con destemplada voz, de fuertes dolores en el cuerpo. El droguero le roció el rostro con el agua fresca que una charca vecina le proporcionara, y aplicóle, luego, cierto ungüento que siempre llevaba consigo y que era bálsamo eficaz para curar magulladuras y rasguños.

Había comenzado a anochecer. Las oscuras siluetas de las colinas se destacaban allá, en la distancia, sobre el rojo gris del cielo. Grillos y cigarras ensayaban su cantar monacorde y de vez en cuando llegaba a oídos de Attar al aullido quejumbroso de hienas y chacales. ¿Qué hacer con esta pobre vieja? se preguntaba el droguero. De seguro que no tenía casa ni deudos. Y, sin embargo, dejarla allí, en esos lugares y a esas horas, ¡era un crimen! Los animales la atacarían, la devorarían... Pero, ¿adónde llevarla? Attar le interrogó. ¿A dónde quería ir, la buena anciana? ¿volver a la ciudad? acercarse a algunos de los tantos aduares que se veían en el llano?

—Ponme sobre tu caballo — le respondió, con destemplada voz, — y condúceme hacia dónde yo te indique.

Logró, Attar, tras un gran esfuerzo, colocar el cuerpo dolorido de la vieja sobre el arzón de su caballo, y llevándolo de la brida, se internó montaña arriba, siguiendo los senderos que la mujer le indicara, y por los cuales cabra alguna jamás se hubiera aventurado.

Llegaron, al cabo de mucho andar y de mucho dar vueltas, a la entrada de extraño palacio, cuyas puertas debían haber estado abiertas de par en par, porque Attar, la vieja y el caballo, pasaron fácil-

trafiamente iluminados; pasaron a través de largos corredores y llegaron a una gran habitación, en uno de cuyos rincones se hallaba acurrucada la vieja. Examinó el droguero rápidamente la estancia, y vínole a la memoria el sueño tenido por su amo el sultán. Escudriñó con la mirada todos los rincones, observando detenidamente todos los detalles y vió, que, efectivamente, se hallaba en la misma habitación a donde Melik Shah fuera transportado en sueños. Era el mismo lugar: ¡no había duda! ¿No estaban allí los alambiques; más allá el escaño; aquí los hornillos y las retortas



—Niño, o me traes el cepillo o te sacudo el polvo!

—Pues si me sacude "usté" el polvo, ¿"pa'" qué quiere el cepillo?

mente por ellas. Se encontraron en un patio que debía ser inmenso, pues sus límites o paredes, si las había, no se veían en la oscuridad. A poco, sin que el asombrado droguero pudiera decir de dónde, vinieron al encuentro de la pequeña comitiva un grupo de negros esclavos, que, sin decir palabra, tomaron en brazos el cuerpo de la vieja y desaparecieron con ella en la oscuridad.

Quedóse sólo un largo tiempo Attar, y ya disponíase a partir, cuando apareció uno de los esclavos y le hizo señas de que lo acompañara. Allí fue Attar, en su seguimiento, dejando su caballo atado a una de las columnas que circundaban el patio.

Cruzaron numerosos cuartos ex-

conteniendo líquidos multicolores?

¡Al fin! ¡Al fin había encontrado lo que durante tanto tiempo buscara!

Adelantóse a una seña de la vieja. Esta le dijo:

—No sé quién eres ni de dónde vienes, ni tampoco deseo saberlo. Toma esta bolsa y que tu Dios te cubra de bendiciones por haberme salvado la vida. — Y extendió al droguero una bolsa repleta de monedas, que aquél se apresuró a rechazar, diciéndole:

—Mi buena mujer. Hace ya muchos meses que ando vagando por este mundo en busca de un perfume maravilloso sin poder hallarlo. Lo lleva una doncella en su mano, una doncella misteriosa, bella como las vírgenes, y es tal su

SABAÑONES

USE PASTA VASENOL

aroma que no hay en el universo sahumero alguno que se le parezca. Esta noche creo haber encontrado quien pueda facilitarme los medios de obtenerlo. En tus manos está la forma de devolver la tranquilidad al espíritu de este esclavo tuyo y habrás salvado la vida a mi amo. Guarda tu dinero, que no lo necesito; pero dame la receta de ese perfume incomparable.

—¡Ah! ¿Con qué eres tú el que anda por el mundo en busca de ese perfume? — respondió la vieja. —Ya sabía yo que alguien andaba detrás de él. Pero tu no lo podías hallar porque no lo conocías: si tu lo hubieras oído una vez sola, de seguro le habrías encontrado. Tu amo lo quiere para él; pero, ¿sabe tu amo a lo que se expone? Gaujar, que así se llama la doncella, que es la más pura e inocente de las criaturas, es, también la que mayor daño causa a las gentes. Donde ella está desaparece la alegría y muere el regocijo. Sus encantos, solo comparables a los de las vírgenes que moran en el séptimo cielo, nada pueden en contra del malificio que ella misma inspira y que pierde a los hombres. Si tu amo desea poseer a Gaujar, puedes llevársela en hora buena. Gaujar irá contigo; irá con cualquiera a cualquier parte, si yo la ordenase. Pero tu quieres el perfume y es el perfume lo que yo creo que más vale. Lo he compuesto yo misma, y con mis propias manos ha sido destinado en estos alambiques que tu ves. Para obtenerlo, tan puro, tan fragante, me fué necesario arrancar, mediante una ciencia misteriosa que yo sola poseo, el corazón de una mujer virgen. Extraje de él las esencias del amor, de la piedad y de la inocencia, las purifiqué quitándoles todo lo que pudieran tener de humano, de terrenal y he logrado destilar, después de un sinnúmero de experiencias, ese magnífico perfume, en cuyo aroma mortal ninguno había soñado.

No eres tú el único que anda por el mundo en busca de ese perfume; todo aquel que le percibe una sola vez, vive triste y acongojado hasta que logra poseerlo. Pero la mayoría de los hombres se engañan; más que esa redoma, con su perfume extraño y admirable, lo que en realidad desean es a la doncella.

Tu amo cree que sin ese perfume no puede vivir; llevásele y verás como te enviará en busca de la mujer. Es Gaujar la que todos quieren; pero ella no puede separarse de la redoma. Si tu quieres llevarla; llévatela, pero con ella irá también el perfume, pues ¡guay el día que se separen! Perdería la doncella la vida y el perfume el olor.

¿Qué le importaba a Attar tales explicaciones? Su amo deseaba poseer el perfume; el perfume y la doncella. Ya se lo había imaginado él. Por un perfume nadie pierde el sueño, ni se enflaquece, ni manda emisarios a todas partes

CARACOL MARINO

Caracol, ¿qué guardas de antiguas edades?
¿Cantos de tritones?... ¿Risas de sirenas...
—¡Tempestades, no más: tempestades!
¡Igual que los hombres, el mar tiene penas!

—Caracol, ¿qué joyas de constelaciones,
en tus soledades vertieron los cielos?...
—Sangre de sirenas, llanto de tritones...
¡Igual que los hombres, el mar tiene celos!

—Caracol marino, dime, ¿qué perdura
de tantas historias y de tantos cantos?...
—Amargura, no más: amargura...
¡Igual que los hombres, el mar tiene llantos!...

Francisco VILLAESPEA

del mundo. Attar le dijo que estaba dispuesto a llevarse la muchacha, a la redoma, y, hasta la misma vieja, con tal de satisfacer los deseos de su amo.

Dirigióse la vieja hacia una de las puertas y levantando el tapiz que la cubría, llamó con las manos. Aparecieron en el umbral las formas indefinidas de una mujer cuyo rostro cubría opaco velo. La desconocida llevaba en la diestra una relumbrante redoma que contenía un líquido amarillento y despedía extraños fulgores.

Un delicioso perfume invadió la estancia; suave y aromático, dulce y delicado como nunca lo fabricara Attar, allá en su laboratorio de Nishapur.

Levantó la anciana el velo que cubría la cara de la aparición y se presentó, ante los ojos asombrados del pobre droguero, el rostro más hermoso, los ojos más resplandecientes que jamás alumbraron la luz del sol. Nunca el mismísimo Gabriele soñó con tal belleza. Dos pétalos de rosa parecían sus mejillas; su cara tenía palideces de luna, y sus ojos ¡qué ojos aquellos! eran más negros que la sagrada piedra de la Kaaba. Su boca semejaba una pequeña e incitante cereza, y prestaba la luz a sus cabellos, que caían sobre sus espaldas como un racimo de maduros dátiles sobre el tronco de la palma, un tinte azulado que le envolvía las sienes en un nimbo vaporoso. Aquella mujer evocaba los plácidos lugares del paraíso, y aquel perfume acariciaba el olfato y producía tan suave cosquilleo en la garganta y tan rara angustia en el alma, que ganas le daban a uno de morirse para llevarse a la tumba el recuerdo de tan grato aroma.

Hizo un esfuerzo Attar para borrar las tentadoras imágenes que el olor de ese perfume, y la vista de esa mujer comenzaban a crear en su cerebro, y, acercándose a ella, le dijo:

—¿Cuando quieres, señora mía, ponerte en camino?

Ella respondió que estaba dispuesta a hacerlo cuando él lo deseara.

—Vamos ahora mismo — dijo el droguero; — que mi amo está impaciente por verte.

Salieron ambos del extraño palacio. Adelante marchaba Attar conduciendo de la brida a su caballo, sobre el que, erguida, sin proferir una palabra, con sus ojos fijos en un punto invisible del espacio, llevando siempre la resplandeciente redoma, iba sentada la doncella.

Fué menos penoso el retorno, y antes del amanecer se hallaron frente al palacio del sultán. Penetraron en el inmenso patio donde les esperaba Melik Shah. Nadie había anunciado la llegada de los viajeros, nadie, salvo el mismo perfume cuyo aroma, inundando toda la villa, había penetrado en el palacio llegando hasta los aposentos del sultán que lo reconoció en seguida y salió, afanoso, a recibirlo.

Muchos días de fiesta hubo en palacio; fiestas que se extendieron hasta los más remotos lugares del imperio. Llegaron a la corte del Selyud fastuosos presentes de todos los reyes y emires del Irán, y hasta de más allá de la Tranxosiana.

Una nueva era se iniciaba en la gloriosa Hamadán y el país ente-

ro, que tanto se preocupaba por la salud y el bienestar de su príncipe, vió con alegría desaparecer todo temor de muerte. Melik Shah era feliz; lo decían sus rosadas mejillas y su carácter alegre. Ya no se pasaba los días y las noches acurrucado en un rincón del real aposento, con los ojos semicerrados, pensando, sin cesar, en el objeto de su amor; ya no desdénaba,

de la desgracia revoloteaba sobre la corte del último selyucida, cuya alegría habíase trocado en desoladora tristeza.

¿Había muerto la doncella? ¿Era el perfume menos exquisito que entonces? No; no había dejado de existir Gaujar ni su belleza había se marchitado, ni era el perfume menos delicioso. Su aroma, al disseminarse por todo el palacio, ha-

también, el más infeliz de los mortales.

Una terrible angustia oprimía su corazón; una idea cruel y atormentadora le robaba el sueño y le quitaba la calma; Gaujar no le quería. En vano habían sido las tiernas caricias que el sultán le prodigara; en vano las hermosas telas mandadas traer de lejanos países; inútiles las músicas voluptuosas y los manjares exquisitos. Nada había logrado sacar a la doncella de ese oscuro mar de indiferencia en el cual parecía sumergida desde la primera vez que Attar la trajera a palacio. Nada la distraía, nada parecía llamar su atención.

Pasábase día y noche sentada en un estrado, inmóvil, enigmática, con un aire de profunda abstracción, como los ídolos indios, hundida en quién sabe qué nirvático letargo; sin hablar a nadie, sosteniendo siempre, en su pequeña y blanca mano, la redoma misteriosa.

Tanta indiferencia, tales desdenes, llegaron a preocupar hondamente al sultán, que creyó que en ellos se ocultaba algo misterioso, algo inexplicable. Mandó llamar a Attar, que después de muchos y largos días llegó a palacio y se presentó ante Melik Shah.

—Quiero que me expliques, —le dijo — por qué Gaujar no me ama; por qué me desprecia y se muestra tan indiferente con todo lo que la rodea, y por qué, cuando le hablo de amor, no me escucha ni me responde. ¿Qué le pasa a Gaujar que no parece vivir en este mundo? ¿Dónde está su alma, dónde su corazón, que nunca sufre ni se alegra, que no ríe ni llora? La he colmado de los mayores cuidados y hállase rodeada de tales riquezas, como reina alguna posee; y son para ella las telas más hermosas, los manjares más delicados y las más sentidas canciones de mis poetas. El otro día hice apuñalar a una madre y a su hijo ante los propios ojos de Gaujar, para ver si Gaujar se conmovía; pero ella se limitó a mirar el feroz ensañamiento del verdugo y contempló los sangrientos despojos sin despegar sus labios, sin lanzar un suspiro, sin derramar una lágrima...

—¡Oh, señor! — exclamó acogido el droguero. Gaujar, la doncella del maravilloso perfume... no tiene corazón! Y refirió al sultán la historia que la vieja hechicera le relatara.

¿Es decir, entonces, que ese perfume, que con tanto afán hiciera buscar por todo el mundo, era el culpable, el solo culpable de que Gaujar no le amara? ¿Esa brillante redoma de cristal, que contenía lo que él creía ser su felicidad, le había regalado, en cambio, con una cadena interminable de desdichas y sinsabores! Ahora comprendía lo que la doncella le dijera la noche aquella que se le apareció en sueños. "Ese perfume es la esencia de mi vida"...

Lloró el sultán; lloró tanto que las lágrimas apagaron sus ojos. Pero las lágrimas, los lamentos, no le devolvieron ninguna alegría ni consolaron su afligido corazón; y no hallando lenitivo a sus males ni refugio alguno donde escapar de tantos sufrimientos, buscó el olvido en el áspero sendero del libertinaje.

Una noche, más ofuscado que otras por el humo de los licores

OBSEQUIO

Dos grandes productos nacionales

KALISAY



es el Aperitivo Quinado que recomiendan los médicos para uso familiar, por ser un verdadero estimulante de gran valor tónico y digestivo; y el

Vinagre OMEGA

que se obtiene del mejor vino argentino sin ácido acético artificial, base de los vulgares vinagres tan perjudiciales para el estómago e intestinos. EL VINAGRE OMEGA obtuvo, por su pureza, el Primer Premio de la Municipalidad y Gran Premio y Medalla de Oro en la última Exposición de la Industria Argentina.

El valor del contenido de cada estuche excede de \$ 1.50 mín. Sin embargo, se remite, libre de gastos, a todo el que nos envíe \$ 0.50 en efectivo o en estampillas de correo.

Sres. LAGORIO y Cía., Lda. (S. A.)
24 de Noviembre 480, B. Aires.

Deseando recibir el Estuche que anuncian, acompaño
\$ 0.50 centavos.

Nombre
Domicilio
Localidad
F. C. Provincia

F. M.

como solía hacerlo otrora, a sus poetas favoritos.

Todo marchaba a las mil maravillas en Hamadán y la inmensa alegría que embargaba a Melik Shah no le hacía olvidar a Attar, el droguero. Este había regresado a Nishapur, conduciendo una caravana de cincuenta camellos cargados de magníficos regalos que le hiciera el sultán en pago de sus servicios.

Pasaron los días y sucedieron las noches, y ahora la luna del "xeual" bañaba con luz blanquecina las almenas del palacio donde moraba el sultán; pero bajo sus vetustos torreones, dentro de sus gruesas murallas, no se albergaba por más tiempo la felicidad: Melik Shah no era dichoso. El negro pájaro

biales hecho olvidar, no solo al sultán, sino a todos los cortesanos, los sahumeros de Nishapur, los aceites románticos de Bagdad y el incienso de la Arabia. Pebeteros e hisopos yacían abandonados en los rincones, nadie cuidaba de los jazmines, de los junquillos ni de las rosas, de las rosas gigantescas, rojas como la sangre, traídas de Meshed y cuya belleza y fragancia cantara devotamente Omar, el toladero. Despreciables hierbas y tupidas malezas cubrían los jardines abandonados de la corte, no tan abandonados como el mismo imperio que amenazaba derrumbarse. Melik Shah, el descendiente de la casa de Selyud, uno de los más gloriosos príncipes iránicos, era,

tibios y aromáticos; excitado como nunca por las canciones y danzas lascivas de sus esclavas, hizo llevar, de vuelta del festín, a los aposentos de Gaujar. Entró Melik Shah, pálido y tembloroso. Sus ojos buscaron a su esposa. Allí estaba ella, indiferente como otras veces, hierática e inmóvil, pero bella y fragante como una flor exótica.

Se acercó a ella Melik Shah y se postró a sus pies. El desdichado besaba esas manos, delgadas y pálidas como pétalos de loto, que sus lágrimas bañaban, como la lluvia. El quería que le amase, que le tuviera piedad o compasión. Su voz, entrecortada por los sollozos, parecía venir de muy lejos, de muy hondo; parecía salir del mismo corazón; y Gaujar no la oía. Era para ella un lenguaje extraño que nada le decía; era como un murmullo de hojas, como un sacudir de ramas. ¡Amor! ¿Qué era eso? ¡Lágrimas y besos! ¿Qué significaban? Su mirada vagaba distraídamente, por los tapices de la habitación; ora se detenía, impasible y fría en los ojos de Melik Shah, oscurecidos por el llanto, ora se clavaban en el espacio, fija, inmóvil suspendida de un punto invisible.

Melik Shah la asió de los brazos. El contacto de esa piel tan fresca, tan fina, hizo correr una llamarada de fuego por sus venas y secó las lágrimas de sus ojos. Trepó en el estrado y acercando su cara a la de Gaujar, trató de besarla en la boca.

Echó atrás su cabeza la doncella, separando fríamente sus labios de los de su esposo que, ennegrecido de ira, tomó con ambas ma-

nos el recipiente que aquella sostenía en su diestra y se esforzó en arrancárselo.

Forcejearon pocos minutos hasta que Melik Shah, jadeante, con aire de triunfo, logró separar los dedos de la doncella, adheridos como pequeñas serpientes a la redoma, que cayó destrozada en mil pedazos manchando los sedosos tapices, como si sobre ellos hubieran derramado una bocanada de sangre humeante y roja.

Melik Shah retrocedió espantado. Gaujar se llevó las manos al lugar donde los mortales tienen el corazón y lanzando un suspiro tenue y largo, cayó exánime a los pies del sultán, que huyó horrorizado.

Hízole dar sepultura al cuerpo de su favorita; mandó construir un mausoleo maravilloso, en el trabajaron cientos de artifices, y dando rienda suelta a su dolor golpeó el pecho, se mesó los cabellos y cubrió su rostro con ceniza.

Pasaron las lunas de "Mah a Mahi", y al mes de Moharrem, sucedió el de Safar y el sultán, que no hallaba bálsamo alguno con que curar sus males, se entregó con mayor furia al más atroz libertinaje, descuidando el imperio, en el que ya germinaban las rebeliones.

Una mañana, después de una noche de inenarrable orgía, apareció en los jardines del palacio el cuerpo inerte de Mohait ed-din, llamado por sus súbditos Melik Shah: habíanle envenenado sus cortesanos.

Así terminó sus días este príncipe de la casa de Selyud, víctima de su amor por una mujer que no tenía corazón.

DEMASIADO TARDE

Por Henri Meguin

Celestino Pile llamó al camareero y le pidió recado de escribir. Quería, para mayor claridad, hacerme una curva de las vicisitudes de su vida, indicando la fecha y el detalle de los acontecimientos. Por fortuna, con la incoherencia que caracteriza a esta clase de seres nerviosos, no llegó a poner en ejecución su amenaza, y se contentó, mientras hablaba, con hacer en el papel algunos dibujos y siluetas ajenas por completo a su relato.

—Yo no soy — me dijo — de esas gentes que se hacen ilusiones locas sobre su porvenir. Mi padre, como recordarás, era vendedor de bujías. ¿Qué cosa más noble que un hijo suceda a su padre? Decidí, pues, vender bujías, y a su muerte continué el negocio de mi padre a cuyo incremento dediqué todos mis capitales disponibles. Era precisamente en la época en que empezaba a hacer furor la electricidad.

Me quedé con toda la mercancía en casa, sin poderla vender.

Entonces compré una cuadra de caballos de coches de alquiler. Fué una idea del tío Próspero, que había sido cochero de punto.

Trescientas veces le oía decir al día que no había en el mundo oficio tan notable como el de cochero,

y que nada era tan hermoso como un caballo de alquiler.

Compré una cuadra y seis coches, para dar gusto al tío Próspero. Era en la lúgubre época en que los coches fueron arrinconados por los taxis.

Durante la guerra, mis negocios no fueron más brillantes, y aun me acuerdo, entre mis especulaciones, de una compra de fusiles para el ejército montenegrino, en la que invertí mis últimos recursos.

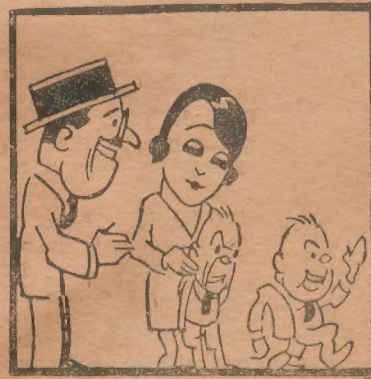
Dos días después de hacer el pa-



—¿Y cómo, siendo mellizos, Carlitos es más fuerte y sano que Pepito?



—Pregúntele a él, que le va a responder.



—¿...? —Porque yo tomo, antes de cada comida, el famoso "Hierro Quina Bisleri!" ¡Viva!

TALARON EL ARBOL

Talaron el árbol para abrir la calle. No era más que un punto cortando la recta. No era más que un punto que puede borrarse. Robustos hacheros, con hachas filosas hendieron la base. Sujeta la copa por gruesos tensores de acerado cable, se inclinaba humilde, como la cabeza de la res bravía que el tirón abate. Se avivó el isócrono golpe de las hachas porque ya las sombras ganaban la tarde, y fué en ese instante cuando se juntaron, en alianza inútil contra el formidable maelstrom de las fuerzas y las voluntades, mi tristeza impotente, la brisa y el rojo sol agonizante. El sol es amigo de todas las cosas; por eso es que siempre, cuando va a marcharse, les da la caricia de su luz más roja, que es mimo ardoroso de viajero amante.

Dos yuntas de bueyes uncieron al cable. Y fué necesario que la cruel aguijada rasgara sus carnes, para que al imperio del brutal castigo, como enloquecidos de dolor tirasen. Se abatió la copa y en el mismo instante, sobre la más alta de las ramas, vino un pájaro alegre, trinando, a posarse. Crujido estentóreo del tronco vencido que cae. Después un aullido de muerte, del viento pasando por entre el follaje. Y un fragor de ramas tronchadas y un trozo de cielo más grande... Y una brisa que pasa callando pues no tiene amigo para conversarle.

Bandada de pájaros, dejando sus nidos se perdió en el aire. Trocada en suspiro, mi vana tristeza, tras la brisa muda se fué con las aves.

Alberto LARRAN DE VERE

go de los fusiles se firmó el armisticio.

Pero yo no me desanimé por aquéllo. Cambié mi stock de fusiles por un cargamento de eslabones para encender yesca, y los eslabones por la patente de una receta maravillosa.

Esta vez creí que tenía la fortuna entre mis manos. Era un producto para el embellecimiento de la mujer. ¡Ah, amigo mío! Era superior a todo cuanto se leía en las planas de anuncios de los periódicos.

En quince días, la mujer más delgada adquiría las turgencias de la Venus de Milo o de los modelos de Rubens. Pues bien...

—¿Qué?

Mi pregunta provocó en Celestino un acceso de rabia.

—¡Vaya una pregunta! ¡Pero mira a las mujeres! ¡Mira a todas las que pasan! ¡Ni pechos, ni caderas!... ¡Todas ellas lisas como la palma de la mano! ¡Ya no quieren reconocer la belleza de las for-

Y, más tranquilo, proseguí: —Como ves, soy el hombre que llega siempre a todas partes demasiado tarde. Es mi destino. ¡Qué le hemos de hacer! En fin, pagaré al mozo.

Lentamente se metió la mano en los bolsillos buscando una moneda, y cuando yo hube pagado al mozo, exclamó:

—¿Lo ves? Soy el hombre que llega siempre demasiado tarde.

DISCRETEOS

Por Eduardo Zamacois

JACINTA.—Te aseguro que Enrique me gusta. Es bueno, es rico... es amable...

ADRIANA.—¡Oh, gustarte, gustarte!... Eso es muy vago, porque no hay hombre que sea absolutamente antipático.

JACINTA.—Es verdad.

ADRIANA.—Te gusta Enrique como a mí me agrada Luis: un poco.

JACINTA.—No, mucho.

ADRIANA.—Ea, pues mucho. Pero entre querer mucho y querer locamente, hay un pantano, donde naufragan las mejores ilusiones de la juventud soñadora. Antes de resolernos a vivir con un hombre "toda" la vida debíamos cerciorarnos de si le amamos con "toda" el alma.

JACINTA.—Dices bien.

ADRIANA.—¡Mira que renunciar a la humanidad masculina por un esposo que, dos o tres años después de la boda, puede parecerse el más insignificante de los hombres!...

JACINTA.—Es absurdo.

ADRIANA.—Es horrible entregar toda nuestra hermosura a un feo sin talento.

JACINTA.—Sí, horrible y ridículo. No obstante, importa casarse. El mundo es vulgar, hipócrita... y conviene sacrificarse al buen parecer y satisfacernos con una modesta medianía.

ADRIANA.—¿Luego, no quieres a Enrique?

JACINTA.—¡Oh!... Si le quiero!

ADRIANA.—¿Un poco?

JACINTA.—Como tú a Luis.

ADRIANA.—Y como quieren a sus novios las tres cuartas partes de las mujeres que se casan. Porque ya conocerás algunos hombres mejores que tu futuro esposo...

JACINTA.—Conozco muchos!

ADRIANA.—Yo, también: casi estaba por decir que mi novio es de los muchachos menos simpáticos que me han cortejado. Pero, en fin; urge decidirse y nosotras somos dos mujercitas discretas que saben poner los puntos sobre las fes y arreglar su porvenir. Enrique y Luis tienen sobre los demás hombres la inmensa ventaja de ser galanes propicios al casorio. ¡Cuán lejos están ellos de presumir que al otorgarles nuestra mano consumamos una venta! Porque, fíjate: la inacabable comedia del amor convierte a la sociedad en un gran mercado; los hombres compran; las mujeres se venden. Todas nos vendemos, todas... Las meretrices, por dinero; las honradas, por una bendición...

JACINTA.—Eres muy mordaz.

ADRIANA.—No, soy muy justa. Nosotras, que dada nuestra posición social no osaríamos tener un amante, nos entregamos sin protesta a cualquier advenedizo que se case, cediéndole cuanto poseemos a trueque de su apellido. ¿Comprendes?... El matrimonio es el mercado donde se tasan y se venden las mujeres honradas.

JACINTA.—(Con tristeza). Es cierto.

ADRIANA.—Y lo más famoso es que nosotras somos las principales autoras de nuestra desgracia: nacimos cobardes, tenemos demasiada prisa en casarnos, temiendo quedar solteras, y en vez de luchar por rendir la voluntad de esos calaveras contumaces que tanto gustan, nos abandonamos fríamente entre los brazos de cualquier indi-

viduo adocenado que se case. Queremos ser felices en seguida, sin combate, sin afanes, y la felicidad que no cuesta trabajos y lágrimas, no puede ser larga ni valedera. Pongamos un ejemplo. ¿Tú serías, dichosa, con Juanito Pantoja?

JACINTA.—¡Oh! Ya lo creo.

ADRIANA.—Lo reúne todo: la gentileza, la donosura de su entendimiento, la verbosidad apasionada

ADRIANA.—También a mí me juró algo igual. Es un hombre encantador, que se muere por todas. Confieso que me agrada infinitamente más que Luis.

JACINTA.—¡Toma!... Y también vale mucho más que Enrique.

ADRIANA.—Ahí tienes. Comprendo que una mujer resbale y caiga con hombres como Juanito Pantoja; pero no concibo que nin-

ALMA EN EXTASIS

A fuerza de mirar cielos nocturnos tengo de estrellas luminosa el alma. Ha sucedido así, como si fuera bajo las noches sutilmente claras un remanso profundo, mudo, inmóvil, reflejando en la muerte de sus aguas la beatitud divina de la noche, hasta cobrar perfecta semejanza con el cielo. Lo mismo que el remanso de pupila enigmática, a fuerza de mirar cielos nocturnos tengo de estrellas luminosa el alma.

Alfredo R. BUFANO

de los hombres ardientes. Podrá mentir cuando habla de amor, seguramente miente... Pero, qué bien lo hace!... Es el suyo un embuste bellissimo que vale una realidad.

JACINTA.—(Reflexiva) Cierta noche me dijo que se moría por mí.

guna se pierda ni por Enrique ni por Luis.

JACINTA.—Yo tampoco.

ADRIANA.—¿Cuálquier novio sirve para marido?

JACINTA.—Cualquiera.

ADRIANA.—Pero, ¡qué pocos

novios merecen ascender a la categoría de amantes! (Pausa).

JACINTA.—Pantoja es un conversador irresistible.

ADRIANA.—Sí; ¡cuánto habla y que bien lo dice todo!

JACINTA.—La mujer que lo gre rendirle será feliz.

ADRIANA.—¡Oh, sí!... ¡Muy dichosa!...

JACINTA.—Debe de ser altamente halagador eso de poder decir: mi marido es el más gentil, el más valiente, el más ingenioso, el más seductor de los hombres... Y en sus mocedades fué una mala cabeza, un gran perdido, que burló a muchas incautas y que yo sólo pude rendir...

ADRIANA.—(Suspirando) Sí... la fábula de doña Inés inocente, rindiendo al tenorio libertino, es el bello ideal de todas nosotras. ¡Y pensar que dentro de algunos meses nos casaremos con Enrique y con Luis!...

(Las dos amigas permanecen pensativas, acariciando mentalmente la dulce quimera de su felicidad fugitiva).

JACINTA.—Aunque estoy cierta de que Pantoja es un botarate, creo que siempre me saluda con especial cariño.

ADRIANA.—Y a mí.

JACINTA.—Recuerdo que su declaración la formuló en términos tan apasionados, tan vehementes...

ADRIANA.—A mí también me dijo algo que no he olvidado... (Pensativa. Pausa).

JACINTA.—(De pronto) Vaya, vaya... Juanito es un hombre diabólico que solo sirve para amante.

ADRIANA.—Y en esos galanes tan seductores, tan apuestos, que solo sirven para amantes...

JACINTA.—No hay que pensar.

ADRIANA.—Es lo mejor.

JACINTA.—(Riendo) Hasta después que estemos casadas.



Recorren el mundo llevando la alegría a millares de personas.
Y es que las famosas

Pildoritas Reuter

son infalibles para regularizar las funciones intestinales

Sabido es que las personas que sufren de estreñimiento, experimentan múltiples trastornos orgánicos.

Tales son: (dolores de cabeza, mal humor, nerviosidad, desgano, etcétera), además de las manifestaciones exteriores que tanto afean: granos, manchas, espinillas, eczemas, etc.

Tomando 1 o 2 Pildoritas por noche, combatirá el estreñimiento más rebelde

Cuando no se miente

Por Sebastián Gomila

La llamada ciencia médica se había declarado impotente. Era ya lo que se dice un caso desesperado. Columbrábase el período agónico: cuestión de horas, de minutos quizá...

El cruzamiento de brazos por parte de los doctores se imponía. Todo auxilio quedaba reservado a la religión.

Cándida Iradier se moría...

Y Pablo Sáinz, su esposo, a los pies de la cama, parecía clavar los ojos en aquella faz cadavérica, y el hipo iba clavándose en el alma como martilleo incesante y agudo.

En medio de su dolor hacía Pablo una especie de examen mental, preguntándose si no habría contribuido con su genio a la derrota de aquel cuerpo un día admirable. Porque Cándida Iradier había sido una real moza. Y, además, una mujer modelo. Buena como un ángel, soportaba el genio de aquel hombre que, en el fondo, era también de pasta flora.

La voz general aireaba el dictado de "bruto". A veces, la verdad, Pablo Sáinz acreditaba el dictado. Era lo suyo impulsión, no mala ánima. Aunque el espíritu parece independiente del cuerpo, el sistema nervioso daba al traste con toda la espiritualidad y la mesura que atesorara.

¿Cómo había ido a casarse Cándida Iradier con aquel cernícalo? ¡Bah! Tiene uno que atenerse al refrán: "Boda y mortaja, del cielo baja". Un susurro más sutil prodújose allá que te allá, tirando a malicia, respecto al pasado de la moribunda. Por lo sutil o por lo que fuese, jamás Pablo Sáinz se había inquietado. Su carácter no era producto de un resquemor, sino del temperamento.

La moribunda pareció sosegarse y recobrar conocimiento y voz. Había rogado momentos antes a la monja enfermera que la dejara a solas un rato con su marido. Su mirada, de vidriosa e insegura, tornó en expansiva y firme. Se la oyó decir de pronto:

—Escucha, Pablo...

El esposo se acercó a la cabeza y aun tuvo que cerrar los puños y contraer las pupilas para impedir el paso a unas lágrimas.

—Escucha, Pablo... No quiero morir sin obtener tu perdón...

—¿Mi perdón?

—Sí, Pablo. Hay en mi vida un secreto que en este trance pugna por salir de mis labios antes de que mi aliento se extinga...

—¿Habla!

—Yo te engañé vilmente, Pablo.

—¿Habla!

Se cortó la voz y apagáronse otra vez las pupilas con el supremo esfuerzo.

Pablo Sáinz era todo angustia. Agitábase; comenzó a vocear pidiendo que acudiese el médico, que prolongara aquella vida tan próxima a su fin... Y los minutos pasaban, y no se abrían aquellos ojos, y en los del cuitado había un fulgor diabólico... Decía con frase entrecortada, dirigiéndose a la infe-

liz, mitad con ternura, mitad con imperio:

—¡Vive!... ¡Habla!... ¡Dí!...

Como hipnotizada, Cándida Iradier pareció incorporarse, clavó nuevamente la vista en su esposo, recobró algún aliento y susurró:

—¡Acércate!... No tuvimos hijos en nuestro matrimonio. Pero yo...

¡perdóname, Pablo!... yo tuve antes una hija...

Los pelos de Sáinz se pusieron de punta. Su rostro tuvo una expresión leonina.

—¡Remátame, si quieres!... No merezco tu perdón. Pero lo solicito... Tú eres bueno... Fué una traición.

—¿Y esa hija?...

—¡Perdón!

—¿Y esa hija?...

—Aunque no me hayas querido...

—¿Qué no te he querido?... ¿Y esa hija? Dime...

Pablo Sáinz pateaba, chillaba, gesticulaba: "¡El médico!... ¡Otro médico!... ¡Cualquier médico!... Unos segundos más... El final de la revelación... ¡Maldita ciencia!"

HORA CREPUSCULAR

Inclinado en la borda de mi bote presencio el desliz inútil y tranquilo de un cisne negro, que se destaca sobre el amplio silencio del lago azul marino como un borrón de tizne.

A la quietud beata del paisaje se aúna la imprecisa fragancia de alguna flor silvestre y un casi sonambúlico pedacito de luna que sonríe en el mágico horizonte campestre.

Ocultos en las ramas de los sauces llorones o en el gajo que sirve de sostén a sus nidos, atenúan su agudo retintín los gorriones como si recordaran mejores tiempos idos!

Es la hora en que siento tu recuerdo más fuerte: la hora en que tu espíritu y tu carne me asaltan; la hora en que me ahogan los deseos de verte y en que todas las fuerzas del corazón me faltan...

Era un cielo lo mismo que este cielo; corría entre la doble hilera de sauces la misma agua; callaban los gorriones como ahora y venía bogando un cisne negro a mirar la piragua.

Sólo falta una forma y el paisaje es distinto! Cada día que pasa, con más fuerza evidencio que sólo su recuerdo se conserva indistinto como un enorme oasis de quietud y silencio.

Ahora marchó solo, errabundo y precito, aferrado al recuerdo de su imagen incierta, sosteniendo el espíritu enfermo de Infinito con la suprasensible amistad de una muerta!

Y la miro a mi lado familiar y expresiva; me parece tocarla en su forma sensible y llego a convencerme de que la tengo viva y de que está en mis brazos, material y tangible.

Ah! la locura brava de esos besos perdidos, que abandono a la noche en sonoros enjambres! Ah! la melancolía de los días caídos sobre mis pobres nervios, rígidos como alambres...

Sólo falta una forma y la vida es distinta: la alegría se cubre con su crespón de duelo y el alma — renegada de la tierra y del cielo — es un vago reflejo del alma de la Extinta...

Por eso indiferente desde el bote presencio el desliz inútil y tranquilo del cisne negro, que se destaca sobre el amplio silencio del lago azul marino como un borrón de tizne

Luis María JORDAN

Contra la gripe y la tos

Pastillas RIN-RIN

En dos tamaños: a \$0.45 y a \$1. — la caja

Acercó su cabeza brava a la de su esposa, aguzó el oído, percibió un hálito en que vagaban un nombre y unas señas..., y soltó lágrimonos tamaños.

Entró en el aposento la hermana temiendo algo.

—¡Recemos! — dijo piadosamente contemplando el cuerpo rígido.

Luego se inclinó y mantuvo un rato las yemas de sus pulgares encima de los párpados de la que acababa de morir. Y empezó: "Padre nuestro, que estás en los cielos..."

—¡Hermana!...

—No interrumpa. Rece conmigo: "... santificado sea tu nombre..." Pablo Sáinz aseguó en voz baja. Después, recobrando aliento, repuso:

—Me ha de ayudar usted, hermana, para hallar a una infeliz... que va a ser mi hija.

Quiso tranquilizar al que suponía aplanado por la revelación, y le dijo:

—Deliraba, sin duda, señor. ¿Cómo hacer caso? Díos la acoja en su seno.

Pablo Sáinz replicó a la religiosa:

—¡No, hermana, no se miente en la agonía!

Entonces miró aquella nuevamente al desventurado, y murmuró:

—Estoy enterada. ¿Sería usted capaz?...

—Lo he jurado a una muerta. ¿No lo santifica todo la muerte?

La hermana elevó los ojos al cielo, arrodillóse y continuó sus preces.

Pablo Sáinz rezaba, una oración imprecisa, casi exótica, pero sublime a más no poder. Una oración dictada por lo más grande que existe en el barro humano.

Cuento judío

El viejo Moisés, sintiendo llegar la hora de su muerte, llama a su mujer:

—María: ve en busca del cura.

—¿El cura?... ¿Tú estás loco, Moisés!

—No lo creas; vete a buscar al cura.

—Entonces... ¿vas a convertirte?... ¡Después de sesenta años siendo un excelente judío! ¡Parece mentira!

—Te repito que vayas en busca del cura.

María sale en busca de un sacerdote, el cual administra a Moisés las aguas bautismales, y, cuando apenas hace un momento que éste ha salido, la esposa pregunta al moribundo:

—Vamos a ver, Moisés... ¿Por qué has hecho esto?

—Escucha María; es preferible que muera un mal cristiano a un excelente judío.

La fe

Hay días de interrogaciones sin respuesta: días de dolor y de amargura. Mil veces nuestro espíritu siente el vértigo del abismo. Pero el milagro de la resurrección se renueva. En el fondo una luz alumbra perenne, y el alma se fortifica con los perfumes de nuevas ilusiones.

Las rosas que, al levantarnos, topamos a la cabecera de nuestro lecho, son el sostén de la jornada.

¿Qué mano misteriosa las ha renovado? Ayer moríamos en el desengaño y hoy despertamos en la esperanza. ¿Por qué la noche? Y, sin embargo, una fuerza honda de verdad nos hará reír mañana. Una vez perdimos el amor a la mujer amada, y al día siguiente amamos otra vez y ciento... ¿Por qué sobrevivimos a nuestro amor? ¿Y cómo podemos existir todavía? Preguntas..., interrogaciones sin respuesta. El imperativo de la acción nos lleva a la vida de nuevo. Si el hombre fuese realmente libre no sería más fuerte que sus amores; pero su acción está supeditada a la necesidad de vivir.

Vivir. ¿Para qué? Vivir para vivir. Sin embargo, los hombres tienen fe, fe que se gasta y se renueva. Tras de horribles catástrofes florece en nuestros labios la sonrisa. Torna la aurora, y el momento de la aurora es el más divino; pero es pasividad todavía y anhelo: la alegría del niño, la melancólica mirada del convaleciente que, reclinado en su lecho, tiene sed de sol, y deja que su alma se asome a las montañas, y un pájaro blanco que pinta una rúbrica de vida en el cristal azul de la mañana.

Ese anhelo es la santidad. La acción es el orgullo del hombre. La historia es el Satanás de nuestra rebelión. Ensayos, ensayos: intentos de majestad. Afanes inútiles de liberación y de dominio. Ahí es nada roturar la sombra. Trabajar para demoler ese fatídico límite que se levanta ante nosotros. Esa muralla a cuyos pies cayeron, en la lucha, tantos y tantos seres. Y todo por ver lucir el sol eternamente. ¡El sol! ¡Pobre Humanidad! ¡Qué mejor sol que tu esperanza!

Llevamos la antorcha en el alma, y caminamos tan lejos de nosotros. Como si fuera hubiese otra cosa que tinieblas y dolor.

De la tragedia de nuestros labios de calentura, de nuestros ojos cansados de no ver, de nuestras manos frías y ávidos de acariciar un corazón, brotan lágrimas, y las lágrimas son la risa hecha sombra, la esperanza cubierta de crespones; pero risa y esperanza al fin...

Eternidad, eternidad interior, que nos haces la gracia divina de renovar las flores a la cabecera de nuestro lecho: tú sola eres mi compañera leal, la que me sostienes y fortificas en las amargas jornadas cotidianas.

El ritmo de la vida.

He aquí una grande y bella cosa: encontrar el ritmo en nuestra vida; hacerla armónica.

Es mucho lo que hay que laborar y remover el fondo de nuestro yo para obtener este producto luminoso. No se debe perdonar sacrificio para trabajar la tierra. Nuestras obras entonces serán según nuestro espíritu, sin postizos, ni afeites, ni nada ajeno. Atentos siempre a lo que pasa fuera, no cuidamos la casa propia y vivimos en perpetuo disgusto de hacer o haber hecho lo que no queríamos. ¿Por qué estas desafinaciones? Gran cosa es marcar bien el compás y no perderse en desvaríos; pero es cosa difícil. Muchos hombres se pasan la vida atacados de remordimiento por no encontrarse, y es que no se han buscado.

Todo bien radica en nosotros; es obra lenta y de paciencia descubrirse. Una voz removidos los obstáculos, el agua corre mansamente, rítmicamente. Los miseros humanos huyen del

trabajo que da el dolor, y así renuncian al trabajo de encontrarse. Y tal dolor es necesario para obtener ritmo en la vida.

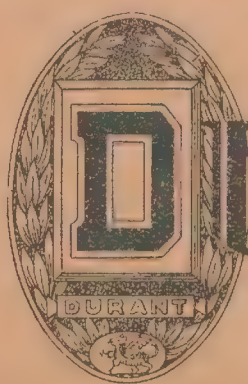
Es preciso hacer silencio en el espíritu y escuchar serenamente.

Los arrebatos y todo género de ruidos son desarmonías plebeyas. Buscar la persistencia en una actitud es una locura. Nuestra vida no está hecha para el reposo. Si alguna vez la aguja os ha oscilado, inclinándose excesivamente hacia un lado, estad tranquilos, que el ritmo os hará recobrar. Conservad el brillo de la mirada, la calma en el pecho y la sonrisa en los labios. ¿Vivís? No debéis esperar nada de fuera. La fuerza de reintegración está en vosotros mismos. Resistid bravamente a entrar en pacto sobre la base de actitudes desequilibradas de vuestro espíritu. Es un compromiso que acarrearía el arrepentimiento. La vereda

es estrecha y en ambos lados tiene precipicios; pero caminad serenamente. Pocas son las personas que reflejan en su mirada el ritmo de su vida interior. La mayoría de las gentes andan lejos de sí.

La noche y la soledad deben de ser para ellas un martirio. Observad que es triste cosa no tener jamás paz en el alma. El despertar de esas personas debe de ser inmensamente angustioso. ¿Qué solos se encuentran solos! Un vago pesar de sus desarmonías ameniza estas soledades. Pero salen a la calle y se reenganchan otra vez, y así, mueren sin haber sido un solo día de ellos mismos. La mayor parte de las sepulturas guardan los restos de estos hombres enteros. ¡Virgenes! ¿Qué lejos estuvieron de reflejarse en su vida! ¿Por qué estas desafinaciones?

V. GARCIA MARTI



DURANT

"65"

Producto de Durant
Motors Inc.

Un seis cilindros nuevo en diseño, capacidad y precio. Primero entre once marcas en el reciente certamen **Standard** de Chivilcoy para coches sin preparación.

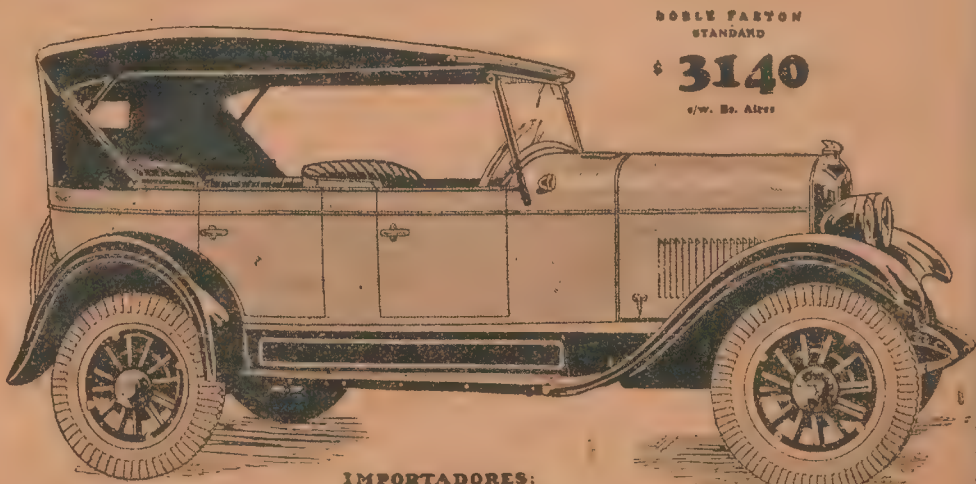
Un automóvil elegante, cómodo y muy económico.

Hay seis distintos modelos.

Motor potente, exento de vibraciones, avance automático - aceleración extraordinaria; velocidad más de 100 kilómetros por hora.

Largos elásticos con amortiguadores - una suspensión perfecta, frenos mecánicos en las 4 ruedas.

Carrocerías con amplios interiores y de tonos atractivos.



DOUBLE FARTON
STANDARD

\$ 3140

c/w. B. Alve

IMPORTADORES:

DITLEVSEN & CIA LTDA
COCHABAMBA 54 BUENOS AIRES

13 de Febrero de 1837. Lunes de Carnaval. Vértigo, locura, tumulto, escándalo. Las máscaras ruidosas corren por las calles en alegres pandillas. Los instintos soeces de la muchedumbre se ponen de manifiesto en aquel día y en aquella fiesta, consagrados a la estupidez humana. La plebe, desenfrenada, se siente feliz. Y grita y vocifera y aturde. Vive o se hace la ilusión de que vive. Su alegría insensata estalla con estruendo. Olvidando sus dolores, borra de su memoria hasta el recuerdo de su eterna esclavitud. ¿Por qué no ser igual que aquella muchedumbre jubilosa, y por qué no olvidar todos los malos recuerdos y las amargas memorias? Así se dice y así se pregunta un poeta que, asomado al balcón de su casa, situada en la calle de Santa Clara, ve el ir y venir de las máscaras, que a veces le interpelean desde lejos. El poeta es Mariano José de Larra. Ha hecho popular el pseudónimo de "Figaro". En las tertulias literarias y periodísticas se le quiere y se le admira. En plena juventud, se halla también en pleno dominio de su inteligencia privilegiada y excelsa. Es de los pocos escritores españoles de aquella época que son conocidos y estimados en el Extranjero. Todo le sonríe, y en aquel día más; pues acaba de tener noticias de la amada de la adorada de su corazón.

¡Su amada!... Mucho ha costado conocer su nombre. Gracias a una ilustre escritora contemporánea, doña Carmen de Burgos, "Colombine", sabemos que aquella mujer se llama Dolores Armijo de Cambrónero. También sabemos que es andaluza, sevillana y además algo poetisa. Está casada con un hombre que, al sospechar o saber la infidelidad de la que eligió para compañera de su vida, se va de España y se dirige a América para rehacer una existencia que aquella mujer ha destrozado. No todos podemos ser héroes calderonianos, aunque heroísmo por heroísmo, quién sabe si no será más heroico perdonar con gesto dolorido y grande que matar con impulso iracundo, destructor y fiero.

Larra, todo vehemencia, todo pasión, todo impetuosidad y carifio, vive pendiente de aquella mujer, por la que ha visto comprometida y perdida la paz y la tranquilidad de su hogar, triste hogar deshecho por la fatalidad y por su locura.

Hace mucho tiempo que no la ve. Separados por circunstancias desconocidas, cada uno de ellos ha seguido por el mundo un camino opuesto: él, recordándola siempre; ella... ¿Quién puede saber ni decir lo que hay en el alma de una mujer cuya mayor fuerza consiste en no tener corazón? Larra, que seguramente se ha sacrificado por no turbar la felicidad de aquella Dolores que tan fatal ha de serle, ¿tiene la seguridad de que le siga queriendo? Para olvidarla hizo un largo viaje por el Extranjero. ¿Para olvidarla! ¿Como si fuera posible que se olvide un carifio que es más grande que nuestra razón y que nuestra vida!

Al volver de su viaje corre a buscarla. Y la sigue desde lejos para no comprometerla más. Pero amigos officiosos se encargan de hacer comprender a Larra que para ella no supone nada. ¡Pobre poeta!... Entregado a la lucha literaria y a la política, se hace la ilusión de arrancar de su corazón el sentimiento que tanto le ha ator-

El suicidio de Figaro

Por Juan López Núñez

mentado. Pero aquello no es más que una ilusión. Cuando más tranquilo está lo ve renacer y rebrotar con mayor fuerza. Escritor, siempre escritor, confía a la pluma la expresión de su despecho. Las críticas que hace de algunas comedias donde se habla o se trata del amor de algunas casadas le sirven de motivos para dejar que hable su corazón con toda la tristeza que le devora. Amor y dolor se confunden en su alma en un mismo sentimiento de inquietud y de amargura. Cuanto más sufra tanto más querrá a aquella mujer, que le hace vibrar y sufrir y llorar y vivir atormentado. ¡La eterna, la eterna historia de las pasiones de nuestra alma! Si en

amor se es más feliz por la pasión que se siente que por la que se inspira, ¡qué feliz debe de sentirse Larra, condenado a querer con todo su corazón a una mujer que no es buena ni mala, sino mujer!

Hace tiempo que Larra no la ve. Ya lo hemos dicho. ¿Le quiere? ¿Es fiel a su amor, que, aunque sea culpable, es siempre amor? Parece que no. Precisamente poco antes de aquel trágico lunes de Carnaval, en que lo vemos asomado al balcón de su casa de la calle de Santa Clara, ha tenido un terrible desafío con un personaje desconocido y misterioso, que quién sabe si no será el rival afortunado que le ha quitado el puesto en el corazón de aquella mujer, a quien

MENSAJE

(Mario Castellanos, el poeta vigoroso de "Selva sonora", prepara un nuevo libro. "Las voces del torrente" — al cual pertenece este poema, suficientemente bello como para afirmar que el nuevo volumen constituirá otro triunfo rotundo, de esos a los que ya está habituado el notable poeta uruguayo).

Libertad jubilosa de alas jóvenes,
para mi numen quiero...

Y libres, poderosos y espontáneos
resonarán mis versos:
¡cómo temblores de alas
trasmutados en líricos acentos!

Mis estrofas serán, bajo la cúpula
intangible del cielo,
¡campanillas de plata... sacudidas
por un nuevo Arlequín: mi sentimiento:

Sus notas bajarán como una fina,
clara lluvia a ese oasis de silencio,
donde tu mago corazón devana
la rueda interminable de los sueños!

Te sentirás envuelta
en una extraña atmósfera de anhelos
y mis fervidas frases, en tu oído,
sonarán como un trémolo de besos...

En el aire ritual, que te acaricia,
zumarán las abejas del deseo;
e inyectarán sus dardos, en tu carne,
como un filtro supremo,
¡esta inquietud de amor y de quimera
que fluye — savia de astros... — de mis versos,
convertida en saeta de nostalgia
y en tósigo sutil, brujo de ensueño!

¡La lluvia musical de este mensaje
esmaltará tu oasis de silencio,
de claveles de púrpura: mis ansias;
y pálidos myosotis: mis recuerdos!

Mario CASTELLANOS

ha comprometido nuevamente con el escándalo derivado de aquel duelo.

Y es, o debe de ser, por esto por lo que Larra ha tenido noticias de ella en la mañana de aquel día, que ha amanecido gris y frío, pero que luego se ha llenado con el sol que brilla en el alma de Mariano José de Larra, que al fin va a verse con ella. Una criada le ha llevado una carta de Dolores, de su Dolores, "estrella de Sevilla, de negros cabellos trenzados al desgaire por los dedos del amor", como la pinta el poeta. En aquella carta le dice la mujer que va a ir a verlo. ¿Qué más necesita el hombre que la quiere tanto, para llenarse de entusiasmo y de alegría? En contestación a la carta de Dolores escribe otra, que luego había de encontrarse en la mesa del pobre "Figaro", carta llena de fervor y que es lo último que ha de escribir el pobre, que sin saber qué hacer come presurosamente, se hace rizar y arreglar el pelo y la barba, se pone sus mejores ropas, adorna la casa, etc., etc., y al fin se va a la calle y visista a sus amigos y a su mujer, de la que se halla separado — no olvidemos que Larra está también casado —, y al final regresa a su domicilio para entregarse al placer de sufrir y de esperar...

Cae la tarde plomiza y negra cuando el criado le dice que acaban de llegar dos señoras: son Dolores y una amiga que la acompaña. Dolores pasa al despacho de Larra. Su amiga queda en la habitación contigua. Desde allí les oye hablar. Suplica el hombre. Niega la mujer, que va a romper con él, a que la deje tranquila. Insiste el amante en sus ruegos, y la amada en sus negativas, diciéndole que la olvide y que sea feliz; ¡feliz!...

Llora el poeta, y la mujer, deseosa de poner fin a aquella triste entrevista, la da por terminada con una sola palabra: "¡Adiós!", le dice. "¡Adiós?", gime el poeta. "¡Adiós!", repite la mujer con toda la sequedad de su corazón. Y le da la mano. Larra la mira fijamente. Comprende que aquella mujer no le quiere, que no le ha querido nunca. Haciéndose fuerte, llama al criado, le dice que acompañe a aquellas señoras, que se apresuran a salir como si huyesen. Pero no han llegado todavía al portal cuando se oye un ruido seco, como si se subiese caído algún mueble. Dolores se detiene un momento, y luego camina presurosamente. En la calle respira con avidez el aire, que a ella le parece de liberación. El criado, que ha oído también aquel golpe seco, lo atribuye a un rasgo de cólera de su amo. Y pasa casi una hora, quién sabe si dos, quién sabe si más. Adela, la hija del poeta, preciosa niña que todas las noches antes de acostarse va a despedirse de su padre y a darle un beso, penetra como de costumbre en el despacho de Larra, al que ve caído en el suelo, debajo de la mesa, con una pistola al lado. Aterrada, huye y dice a los criados:

—Papá está en el suelo. Papá está debajo de la mesa.

Acuden aquéllos. Quieren auxiliar al que creen herido; pero al mirarlo comprenden que ya no hay tiempo. Su casa, la casa de Larra, tiene la solemnidad de la Muerte, y su sonrisa pálida y serena parece la expresión de un alma que, al fin, ha podido librarse del amor malo...

LA VORAGINE ROJA

Por A. Riera

A orillas del Volga vivía un mocetón de colosal estatura, de fuerzas hercúleas, sano, fuerte y de humor alegre.

Querer y poder era todo uno para él. No había quien se opusiera a su voluntad. Nada era bastante difícil para su inteligencia.

Aquello que al común de los mortales cuesta años de continuos esfuerzos, lo lograba él en pocos meses; a veces en pocos días.

Y ocurrió que un día sintió amor por Maiakina, hija de un millonario que poseía veinte remolcadores y cien barcasas que llegaban hasta Perm en sus viajes.

Maiakina era una voluntariosa como Skornieff, y tan decidida como él, por lo menos, su padre no quería darla en matrimonio a un pelagatos; pero la muchacha se mantuvo en sus trece y se casó.

Skornieff era un hombre distinto a los demás. Durante el banquete y cuando ya todos los invitados no sabían a qué hora sonaba mediodía, dijo a Maiakina:

Tu eres tan pobre como yo, puesto que el dinero es del padrecito. Pero yo seré dentro de poco tan rico, más rico que tu padre. Acuérdate de ello, para que no se te ocurra hablarme de otro modo que como debe hablar una mujercita cariñosa a su esposo.

Si se te olvidara lo que te digo, arderían en una sola noche todas las barcasas y remolcadores de tu padre.

Maiakina, en vez de contestar, miró a su esposo y estrechó su mano.

No hubo matrimonio mejor avenido desde Arkangelsk a Astrakán. Maiakina sometíase a las voluntades de su esposo y éste, cumpliendo su palabra, era ya rico como un boyardo y la mitad de los buques y almadías que acarrearán maderas y trigo por el majestuoso Volga, le pertenecían.

Maiakina, aún cuando había ya tenido dos niños, era linda y cuidaba de su persona como una ciudadana.

En Fauvliov tenía fama de hermosa y los bochkirs y los markdovs que le veían, sentíanse con ganas de caer de rodillas ante ella, como ante la Virgen de Kazán.

Una noche, poco antes de acostarse, y cuando ya habían cenado con toda tranquilidad y de un modo abundante, Ignacio Skornieff dijo a Maiakina:

—Te quiero como te quería hace cuatro años al casarnos. De grado o por fuerza me has de querer, o respetar cuando menos.

Te advierto que no soy de la manera de los que perdonan. Todas las aldeas cosacas de Macalania, donde nació tu padre, arderán como pajares el día que no puedas mirarme cara a cara sin temblar.

Skornieff era de gigantesca estatura. Tenía el pelo negro y rizado, la barba espesa y enmarañada; negros los ojos. Cuando se enfadaba, poníase pálido y los ojos parecían redondos en fuerza de dilatarse los párpados.

Juan Fulke, el ingeniero inglés que iba a tender un puente sobre el Volga, era de mediana estatura, de pelo rubio, de ojos azules.

Al enfadarse, poníase colorado como un pimientito y su breve acen-

to de mando hacía mucha gracia a Maiakina.

—Te digo que esta noche no salgo y que, por lo mismo, no sales tu de casa.

—Me parece que te equivocas amigo mío. No hay motivo alguno para que deje de cumplir la palabra que he dado a los Smolkine.

—Pues no la cumples.

Relampagueó en los ojos de la joven la cólera que hizo devastar a sus padres ambas orillas del Duieffer.

—¡Bachkir! — murmuró.

Ignacio Skornieff la miró cara a cara, poniendo sus anchas manos sobre sus hombros. Maiakina tembló.

¿Por qué chillan desesperadamente todas las viejas y maldicen

todos los hombres y huyen tierra adentro mujeres y chiquillos?

Es que el Volga no acarrea agua sino fuego.

Todos los buques, grandes y chicos, se han convertido en inmensos brulotes. En la orilla derecha una mano gigantesca ha pegado fuego a la selva inacabable y todas las aldeas de la Macalania arden como pajares.

La inmensa corriente es más roja que el sol, más roja que la sangre, es tan roja como el odio que ha hecho estallar el incendio.

Atados al bauprés de un barco incendiado, gesticulan como trágicos mascarones de proa Maiakina y Juan Fulke.

Un hombre de talla colosal les mira desde la orilla.

La corriente empuja al buque incendiado hacia la orilla derecha, hacia el gran brasero. El bauprés se hunde en el mar de fuego de la selva.

No se lo deje agravar!



Lo que ahora no es sino un "simple resfriadito" pillado a causa del pícaro tiempo, puede, si se lo descuida, convertirse en una pulmonía!

¡Atáquelo cuanto antes, tomando

Fenaspirina

No sólo alivia el dolor de cabeza, el quebranto, el escalofrío y los demás síntomas iniciales del resfriado, sino que *positivamente* no lo deje agravar, porque descongestiona los centros afectados, impide el desarrollo de los gérmenes y facilita la expulsión de las toxinas.

No trastorna el estómago ni afecta el corazón.

—GMC—

Dos tabletas tomadas al acostarse con una limonada caliente (un limón xprimido en una taza de agua hirviendo, con o sin azúcar) acelera considerablemente el resultado.



Para la molesta obstrucción de las narices, **Rape Medicinal Bayer OXAN**. Destapa, refresca, facilita la fluencia despeja la cabeza y ayuda a cortar el resfriado.

EL BAGUAL

Por Benito Lynch

... Trató de sonreírse, pero no pudo. Le temblaban los labios y se había puesto pálido como la faz de la luna que les espiaba a través del follaje. Al verle así, todos, aun aquellos mismos que al principio se habían reído, se quedaron silenciosos y mustios. Ella, la culpable, con los rasgos faciales endurecidos por la emoción, fijó sus grandes ojos oscuros en un objeto cualquiera y se quedó también en silencio.

Transcurrieron dos minutos mortales. Ni la pobre madre, a pesar de sus visibles y reiterados esfuerzos, ni aquel Pedro tan oculto y tan despierto y tan ladino otras veces, ni el propio don Pablo con toda su experiencia, su seriedad y su aplomo, hallaron en el momento la salvadora inspiración oportuna: No supieron por dónde empezar ni qué decir tan siquiera.

Al cabo se levantó el joven. Era un arrogante mocetón de treinta años, alto pelinegro; con una cara fina de rasgos cansados.

Sacudióse por instinto las "rodilleras" de sus "breeches" de kaki, y sonrió en una mueca que hizo brillar sus dientes a la luz de la luna.

—Con el permiso de ustedes, — dijo. — ¡Muy buenas noches!

En el grupo hubo un estremecimiento de sorpresa y de malestar indefinible.

—¿Se va?

—Sí, señora; dispénseme usted. ¡No se molesten! — Y tornando a saludar con una leve inclinación de cabeza, ceñudo y pálido, tomó su sombrero y se alejó lentamente a través del patio de la estancia, haciendo crujir la suela nueva de sus correctas polainas amarillas. Caminaba como un autómatas, y su sombrero "Bronclair" con cinta negra aparecía casi blanco bajo la intensa luz de la luna... Después, se oyó un rumor de galope y todo quedó en silencio.

—¿Has visto lo que has hecho? — ¡Se puso blanco como un difunto!

—¿Y cómo no? Decime vos, ¿esa es la educación que te hemos dado? ¡Atrevida! ¡Guaranguita!

—¿Pero qué le he dicho yo al fin?

—Caramba, ¡nada le has dicho!

—Le dijo: "bagual", "¡qué bagual!"

—¿No!

—¿Cómo que no? ¿A qué vas a negarlo ahora?

—¡Yo no niego nada! — Y la niña, en su ofuscación de chica mal criada y voluntariosa, torna a guardar silencio, e inclinando la cabeza sobre las rodillas: Hunde nerviosamente los dedos en la sedosa maraña de su cabellera retinta.

La madre, despechada, insiste:

—¿No sé cómo no te da vergüenza! ¿Así pagas los sacrificios que hemos hecho por educarte, por hacerte gente? ¿Piensas, acaso, en lo que ese mozo va a decir ahora de tí y de todos nosotros?

—¿Qué me importa!

Pedro interviene con su natural bonhomía:

—¡Vamos! Me parece que no es para tanto... ¿Al fin y al cabo qué le ha dicho la chica? "¿Bagual?" ¿Qué bagual! ¡Vaya un insulto...!

—No; ¡no es nada! Para vos no será...

—¿Y qué va a ser! ¿No nos estamos diciendo nosotros cosas peores todos los días, por broma y cuantimás enojados? Si Manuelita le dijo "bagual" fué porque le dió rabia...

—Mentís, yo no le dije eso...

—Bueno, lo que le haigas dicho... La cuestión es que el hombre se ha enojado por una pavada...

algo raro... Muy bueno, muy ilustrado, todo lo que ustedes quieran, pero también bastante, ¿cómo diré?, bastante lunático, bastante neurasténico... Te lo he dicho más de una vez a vos, Pantaleón.

—Es verdad. ¿Te acordás cuando le pegó el rebencazo a Santos Ponce en la pulpería?

—¡Ahí tienen! ¡Figúrense que le

CIENCIA CRIOLLA

Bajo los efectos de una gran tormenta que duró varios días con abundancia de descargas eléctricas, llegó a la ciudad de Florida, un francés, con el propósito de colocar algunos para-rayos en las casas de los vecinos más pudientes de la localidad. Y como punto de orientación, eligió la Sucursal del Banco de la República, a cargo del muy simpático viejo don Juan Furriol, algo así como un patriarca en aquella localidad.

—Bon jour, monsieur.

—Buen día, amigo. ¿En qué puedo servirlo?

Explicado el motivo de la visita, contestó con esa cortés tan espontánea, como suya, don Juan.

—Nosotros tenemos ya, colocado, un para-rayo.

—Lo sé, señog; —pego Vd., podrá indicarme algunas personas que estuvieran en condiciones de ponerlos...

—¡Ah, eso sí!!! El doctor Guglielmetti, la Botica de Añorga, don Martín Roca, don Herachio Zipitria, don José María Viñole, don Pedro Vicente, Salgado Hermanos, Cabrera...

E interrumpiendo de pronto la nómina, ante la aparición de un cliente dijo don Juan:

—¡Hombre!! ¡A propósito!! Aquí llega, precisamente, el señor Viñole a quien, recién, se lo acabo de nombrar.

—¿De qué se trata, Furriol? — inquirió el nuevo personaje.

—Que este señor desea colocar algunos para-rayos en Florida.

—¿Y para qué?

—¿Cómo, paga que, señog mío... replicó vivamente el francés. Paga vegse libre Vd., y su familia de los gayos y centellas...

Don José María, paisano muy ducho, y que ya había abierto la puerta de su inteligente y fecunda imaginación para escaparse por la tangente, replicó a su vez.

—Vea, don. Nosotros, los criollos, somos también hombres de ciencia y de grandes recursos. Cuando empezó a formarse la tormenta, yo me di cuenta en seguida, por la forma como se encapotaba el horizonte, de que habría función para rato y que el cielo iba a rajarse con una de rayos y de centellas que daría miedo. Y, entonces, me acordé de los pararrayos.

Yo había leído algo sobre el aparato ese y me percaté en seguida de lo fácil que era fabricarse uno. Y ya, sobre el pucho, agarré una chaira muy brava que tenía en la cocina, la até con la punta para arriba a una tacuara y la acomodé bien paradita, en el mismo centro de la azotea...

—¿No sigue, señog, eso no sigue para nada! ¡Point du tout! ¡Point du tout!

—¿Qué no ha de servir, amigo! ¡Me lo va a decir a mí...! Pues, para que Vd. sepa... ¡Hoy de mañana, ni bien aclaró me subí a la azotea y me encontré nada menos que con cuatro rayos ensartados en la chaira!...

Rómulo F. ROSSI

Montevideo

—¿Te parece pavada? Para vos, que tenés una sangre de pato, todas son pavadas...

—¿Y cómo no, señora! Yo creo que ningún hombre grande, a menos que sea un necio o un chiflau, se puede enojar con una mujer a quien distingue, por una broma semejante.

—No fué broma... ¡Vaya una broma!

—Y aunque no haiga sido. ¡Ja, ja!, con el nene, tanto remilgo y tanta milonga! Mire, señora, ¿quiere que le diga una cosa? A mí este mozo siempre me pareció

pegó un rebencazo a Santos Ponce, que estaba, como de costumbre, medio alumbrao, porque le cortó la cola a un perro por hacerse el gracioso!

—Es verdad.

—¿Y los zorritos? ¿Te acordás Pantaleón, del caso de los zorritos? Figúrese, señora, que un día se cayeron dos zorritos a un pozo que habían cabau allá en la Estancia Grande para sacar arena...

—Un pozo seco...

—Sí; pero tan hondo que ni los perros pudieron entrar para matarlos, ni los bichos salirse en la

perra vida. Estaban condenaos, de consiguiente, a morirse de hambre y de sed... Bueno; ¿creerán ustedes que ese hombre grande estuvo como quince días echándoles agua y comida pa que no se muriesen?

—Y después, ¿lo de "La Garrita"?

—¡Ah, es verdad! Usted sabe, señora; todos ustedes saben quien es "La Garrita". Bueno; el amigo tuvo también una pelotera por "La Garrita"...

—¡Por "La Garrita"!

—No quería que el viejo Gómez...

—Callate; dejame contar... "La Garrita" cayó a la estancia una tarde que llovía, y, como es natural, el viejo don Cosme mandó que la echaran, como se la echa de todas partes, ¡y vieran la pelotera que armó el hombre con este motivo! Dijo que una mujer era al fin una mujer, que parecía imposible que gentes civilizadas le negaran asilo a una mujer que por arrastrada que fuera debía siempre inspirar consideración a los hombres, y repitiendo "mujer" y "mujer", con ese modo de decir "mujer" que tiene, que no parece sino que se la estuviese tragando, acabó por decirles barbaridades a todos y por declarar trágicamente que si no albergaban aquella noche a la señora "Garrita", él se mandaba mudar de la Estancia.

—¿Y?

—Y ya saben ustedes; el viejo, que al igual de los muchachos tiene una chifladura por él, concluyó por hacerle el gusto, y "La Garrita" durmió en el galpón y en buena cama, porque si no, estoy seguro que le hubiera ofertao la suya. ¡Es loco!

—Sí, todo eso está muy bueno; pero la cuestión es que nos hemos lucido, que se ha lucido mi hijita...

—Sí, ahora yo voy a tener la culpa, ¿verdad?

—¿Y entonces quién? No; lo que hay, hija, es que vos te figurás que como te aguantamos nosotros; que todo el mundo te va a aguantar todos son Antofitos o Pantaleón...

—¡Muchas gracias, señora!

—No; si es la verdad; esta chica es incorregible, siempre le digo, se lo he dicho mil veces. Ese carácter que tiene va a ser su perdición.

—¡Mejor! Y la moza, con la cabeza inclinada, el bello entrecejo contraído, tiene un alzamiento de hombros desdeñoso y guarango.

—¿No ven? Ahí la tienen. ¡Es inútil! Ya está empuerrada. ¡Ay! cuándo te corregirás, criatura!

Don Pablo, hasta entonces callado, destacóse en la sombra que proyectan sobre el grupo los tupidos aromos. La lumbre roja de su cigarro parpadea tres veces en lo obscuro, como una seña nocturna, como un atisbo felino. Todos se vuelven para mirarle. El viejo acaricia un momento, con mano temblorosa, su barba tordilla. Después pregunta, incisivo y burlón:

—¿Han hablado ya todos?

Y como le responde un silencio arrepentido y sumiso, habla a su vez sentencioso. Su voz lenta y grave al principio, se aviva, irritada, al final de las frases.

—No negaré — dice — que la chica haiga estao mal. Al fin y al cabo ella no tenía tanta confianza con él como para tomarse esa libertad. Hay cosas que solo deben decirse en familia, es decir, entre

los que saben guardarse las debidas consideraciones...

—¿No ves? Eso es lo que yo te digo...

Un movimiento autoritario de la mano del viejo corta la frase:

—... Hay cosas, cómo decía, que no pueden decirse sino a los íntimos, a los iguales, a los que piensan como nosotros y usted, hijita, ya se lo observé en otra ocasión, le daba demasiadas confianzas a ese mozo, que al fin no era para usted, como para nosotros, más que un pasajero o una visita de cumplimiento... ¡Ahí tenés el resultado, vos, Estanislada, todos! Yo no creo que lo que la chica le ha dicho lo haya ofendido, realmente. Lo que hay es que ese, que como todos los que vienen de adentro...

—Pero, Pablo, fijate que él no le dijo nada...

—¡Usted se calla cuando yo hablo!... Decía, que lo que hay es que ese, como todos los que vienen de adentro y se llaman A o B, está lleno de orgullo y ha querido hacernos una afrenta demostrándonos en lo poco que nos tiene. Para esa gente, mi pobre hijita, nosotros siempre seremos gauchos, siempre seremos chusma inorante y no han de perder la ocasión de echarnos en cara nuestros defectos. Lo que yo siento es haberme dejado enredar esta vez en las cuartas, con toda mi experiencia y haber consentido en una relación que me contrarió dende un principio.

La niña murmura en la sombra.

—¿Qué?

—Que él no es como usted dice...

—Usted se calla ahora, lo que está dicho está dicho y la cosa no tiene compostura. A mis hijas no les enseña educación ningún extraño... Lo que siento es que no se le ocurra volver por la estancia a ese mocito...

—Pero, papá, usted le da una importancia...

—¡Chist!, hijita; no quiero más alegaciones, y deseo que no se meente más el asunto.

Y al hablar así, autoritario y rotundo, el patrón se incorpora con trabajo, y después de despejarse en un gran bostezo, se dirige pausadamente hacia la casa... Unos tras otros, todos le imitan, hasta que al cabo, sólo queda allí la figura blanca de la niña, que, con los ojos llenos de lágrimas y el entrecejo contraído, sigue escrutando dolorosamente el misterioso abismo de su espíritu.

A Manuelita "no le importa un pito" que se haya ido. ¡Mejor, mucho mejor! ¡Si ese imagina que ella va a ir a rogarle, está bien fresco! "El señor" puede decirlo todo, ¿verdad?, y una nada, nada, ¡cómo si fuera una sirvienta! ¡Estaba bien fresco!

Lo que hay es que ya se habrá cansado de ella y andará festejando a alguna otra estúpida; el sinvergüenza, el muy canalla, el bagual, sí, ¡bagual, bagual! Y se va el "señor"... ¡Ay, qué miedo, que miedo le da eso a ella, a Manuelita tan luego, a la mimada de sus padres, de sus hermanos y de todo el mundo, a ella que siempre se rió a carcajadas de los hombres, de cuantos papanatas se le acercaron! No faltaba más. ¡No, señor! Y Manuelita se acuerda de aquellos "panatas". Acaso ¡no les dijo siempre lo que se le dió la gana?

Acaso ¡no le dijo cien veces "estúpido" al hijo de don Alejo, aquel gordo de la bombacha blanca, que la miraba siempre con ojos de carnero ahogado, y que en la mesa no sabía donde poner sus manazas erizadas de pelos rojos? Nunca se enojó, sin embargo. Y Telésforo Ibáñez... ¿No le dijo una vez a Telésforo Ibáñez, con toda su plata y todos sus brillantes, que se comprara un manual de urbanidad, en lugar de comprarse un automóvil? ¿Y acaso se enojó Ibáñez? Al contrario; se rió como todos. ¡Ah! pero al "señor", sí; "¡el señor" es otra cosa!

todo el mundo... Si hasta por la manera de caminar y de dar la mano no se parecía a ninguno.

En los primeros días le tuvo miedo; le consideró como algo inaccesible, como algo demasiado alto para que se pudiera pensar en alcanzarlo. Después, poco apoco, se fué dejando enredar en las telas del encanto... Cuando de sobremesa, el joven se ponía a hablar absorbiendo la atención de todos con su charla amena y chacotona, ella aprovechaba para mirarle a su antojo, y más de una vez, los ojos avisados de aquél la pillaron



Y Manuelita revive en su mente la silueta prestigiosa y gallarda: Cómo vino, cómo le conoció... Hace bien poco, y, sin embargo, le parece hiciera una eternidad. Juraría que le conocía antes de nacer, tan metido le tiene en su corazón y en su cerebro de veinte años. Fué una tarde de diciembre a la hora de entrarse el sol... ¡Qué se iba a imaginar ella! Tenía puesto el vestido de muselina rosa... Llegó, con los de Gómez, con los de la Estancia Grande... Le pareció un dios, al lado de

en "flagrante delito", haciéndola empurpurar de vergüenza...

Y luego, cuando se lo dijo... Cuando le declaró su amor en frases de atrevida e hiperbólica vehemencia, que la avergonzaron y la enorgullecieron y la hicieron llorar de emoción y de alegría.

Y luego aún, todas las penas y todos los sinsabores y sobresaltos, ante el eterno temor de que se fuese como vino, de que se desvaneciese cualquier noche, como un sueño dorado, como una loca quimera, aquel hombre único, aquel ser

RUMORES DE VIDA

Hay noches de primavera en que nos acercamos a la ventana, miramos hacia el fondo, y sentimos que desde la llanura indecisa, bajo un cielo sin nubes, amplio y azul, titilante de estrellas, sube un aliento de vida, en aroma de resurrección, un calor que fermenta y que hace pensar que la tierra aguarda la noche para germinar en el misterio.

No son rumores los que suben desde la llanura es sensación indefinida de un nuevo rumor jamás escuchado, un no sé qué inefable que no penetra por los oídos, ni por los ojos, ni nace de los recuerdos; es algo como manto sutil de la atmósfera tibia que no se abriga y nos envuelve a su manera, es el éter sin color formado de vibraciones y ondulaciones que despiertan el presentimiento; lo que respiramos no es tampoco vaguedad: es quizá el aliento de la primavera; evoluciones de formas y esencias, albores desconocidos: es quizá la misma y única vibración de la vida que llega hasta la ventana en las claras noches de luna.

El espíritu se conforta al recibir esa impresión, y el alma se sutaliza al sentir lo que no comprende; escuchamos a la llanura, respiramos la poesía, gozando de la soledad de una vida nueva. Pero ¡ay!, la ilusión dura un instante; el son de un organillo callejero, una risotada lejana, un cohete que sube recto derramando luces, os vuelven a la tristeza; no os permiten escuchar la voz de la soledad, os lanzan en plena prosa.

Santiago RUSIÑOL

de maravilla, que se cruzó en su camino por un azar de la suerte, y sin embargo significa ya para ella mucho más que la vida.

Para Manuelita, es, no solamente el hombre más hermoso del mundo, sino también el más ilustrado y el más valiente y el más fuerte y el más elegante y el más capaz de todos.

Y no se fundan sobre arena las convicciones de Manuelita:

¿A quién se le pregunta, en la estancia, las cosas que nadie sabe? ¡A él, sin duda alguna! ¿Cuál fué el único a quien no se le heló la sangre en las venas, cuando a la chica de Margarita se le prendió fuego el vestido, y quién se quemó las manos para apagarlo? ¡Fué él! ¿Quién es el único, entre todos los hombres de la casa y de las estancias vecinas, capaz de saltar con el caballo el cerco de la quinta? ¡El! ¿Quién sabe los cuentos más hermosos que se narran en las veladas? ¿Quién baila mejor el vals y el "fox-trot" y la "machicha"? ¡El! ¡Siempre él! "¡Toda la vida, él hasta morir!" y Manuelita abstraída, cierra los ojos para fijar mejor en su retina la silueta adorada, cuando un sobresalto de pesadilla la estremece de pronto: Es el recuerdo de lo ocurrido, de la realidad espantosa, que, como una tropa de sombras siniestras, interrumpe de golpe en su cerebro y la estrecha la blanca garganta con una garra de angustia... Pero Manuelita reacciona. No, no es posible,—piensa—él me quiere, me quiere, y cuando se quiere de veras, se perdona hasta las más graves ofensas... Porque, al fin y al cabo, ¿qué le dije yo? Una pavada: le dije "bagual"... Bueno; una grosería, una guaranizada, convengo; pero también ¿por qué se lo dije? ¡Caramba! se lo dije... Y la niña, con el entrecejo contraído por el esfuerzo mental, trata de reconstruir el infausto diálogo. De pronto, una nueva angustia le hace palpar violentamente el corazón. "Ah, ya sabe, ya se acuerda! "Hablaban del bautizo del chico de Rodríguez y de la fiesta. Ella le preguntó:—sin ninguna mala intención por cierto—"¿Usted irá, naturalmente? ¿Cómo no va a ir?" El, sonriendo, repuso con otra pregunta: "¿Por qué?" y ella le contestó "¡Por nada!" Entonces Pantaleón dijo: "Vaya, hombre, que va a ver la mar de muchachas..." "Las de Rojas — agregó ella — vaya que estará su simpatía..." "¿Cómo mi simpatía?" "¡Si hombre!" Pepita Rojas, todo el mundo lo dice..." El, entonces se quedó un momento serio, y después dijo, riendo: "No haga caso, Manuelita, de lo que el mundo diga de mí, porque yo soy un hombre calumniado". Todos se rieron, y entonces ella, avergonzada porque le pareció que había hecho un papelón, o mejor dicho, porque la tiene entre ceja y ceja a esa estúpida de Pepita Rojas desde que supo que gustaba de él, dijo: "¡Qué bagual! y eso fué todo..."

La llegada de la madre, inquieta, interrumpe a la niña en su mudo monólogo:

—¡Manuelita!

—¡Mamá!

—¿Qué estás haciendo?

—¡Nada!

—¿Cómo? ¡Nada! ¿Qué hacés que no te vas a acostar? Ya son más de las doce.

—Ya voy.

La madre se acerca entonces y le pregunta confidencial y grave:

—¿Y qué pensás hacer ahora?

—¿Y yo qué sé?

—¿Ya has oído lo que dijo tu padre? ¿Supongo que no te imaginás que esto pueda componerse así no más? Ni ese mozo puede volver, si nosotros admitirlo...

—¿Y bueno!

Hay un breve compás de silencio. La madre da algunos pasos indecisos al claror de la luna. Su corazón adivina el drama, que ruge adentro y que sin embargo no deja traslucir el amor propio ofendido. Al cabo dice:

—Bueno, andá a acostarte. Ya hablaremos mañana. No te vaya a hacer mal el relente... Al fin y al cabo los hombres... los hombres... son todos así hija: Hoy con una, mañana con otra...

Manuelita tiene un respingo:

—¿Por qué dice eso mamá?, ¿por qué dice eso?

Y hay tal vehemencia en la voz de la moza y un fulgor tan extraño en sus ojos profundos, que la madre, sorprendida, no halla qué decir por lo pronto:

—¿Pero hija!

—Sí; ¿por qué dice eso? ¿Si usted sabe muy bien que no es cierto?

—Yo no digo que sea así, es un suponer...

Pero la niña, que se ha incorporado bruscamente y se dirige apresurada a su cuarto, no la oye ya, no quiere oírla. Su enagua almidonada cruje al andar nervioso, y su madre la mira alejarse, meneando la cola.

Son las dos de la mañana y Manuelita sigue aún tejiendo pensamientos amargos al borde de su cama. Se conoce que ha sufrido y que ha llorado mucho, porque tiene los párpados enrojecidos y el peinado todo descompuesto.

Hay una honda tristeza en el ambiente familiar de su cuerpito. Están tristes todos sus viejos compañeros de la niñez y de la inocencia: El lecho, las cortinas, los espejos; la pálida imagen de la Virgen, que la mira desde hace veinte años desde la pared frontera, y hasta el pequeño reloj de bronce de la mesa de noche parece que apresurase tristemente sus latidos... Y Manuelita ya no puede más... Ella no querría, no debería hacerlo, sin duda; pero no puede más y lo va a hacer... No es posible que por una cosa así, que por una pavadita, se malogre el porvenir de una mujer, se desquicie una existencia joven, se derrumbe la vida... ¿Será una humillación? Pero al fin y al cabo quién tiene la culpa sino ella, y es justo que la pague... Por otra parte, será a él a quien se humille, a él, cuya imagen se agranda en aquellos momentos y se sublimiza en su recuerdo como la imagen de un Dios...

El tendrá que perdonarla; cómo no ha de perdonarla si la quiere, si es bueno, si es generoso... Al fin y al cabo lo que ella dijo no lo dijo de corazón; lo dijo por costumbre; porque estaba enojada, porque es una bruta, una bruta... Y al llegar aquí en su monólogo, Manuelita vuelve a llorar amargamente, ocultando su cara enrojecida entre sus pálidas manos...

...¿Y qué estará haciendo él ahora, allá en la estancia? ¿Estará triste también? ¿Sospechará todo lo que ella está sufriendo? Lo sentirá profundamente o no le importará nada?

"Que lindo" sería tenerle ahora allí, cerquita, a su lado y, arrodillarse a sus piés y besarle las manos y pedirle perdón, una y mil veces, para que él entonces, con aquella sonrisa, tan buena y tan querida, que le tuerce un poquito el labio superior, la levantara del suelo y estrechándola contra su corazón le dijese, entre besos "No, por Dios ¡Mi reina!, que es usted la que tiene que perdonarme!..."

Le parece que toda aquella niebla se les está infiltrando en el corazón y en el cerebro. ¡Oh, si llegase Antoñito! Es su ahijado, el hijo de la cocinera, "el hombre", de toda su confianza, el único ser a quien, en realidad, pudo encomendarle aquel mensaje. La niña, en las alternativas de la espera angustiosa se lo imagina, unas veces muerto, aplastado por su montura en la trampa de una vizcachera traído-

tado, el andar de un caballo. Manuelita se lanza otra vez a la ventana. Por la avenida de las acacias y entre cendales de niebla, llega Antoñito a gran galope de su petizo. La niña abre los cristales con manos temblorosas y torpes: "¡Chist, chist!, Antoñito, acá estoy..."

La sangre le martillea las sienes y tiene que apoyarse en el alfeizar para no caerse: "¡Acá, acá, Antoñito!"

El muchacho desmonta ágilmente en el linde del parque y dejando el petizo con las riendas sueltas, se llega a la carrera. Viene en cabeza y con la cara infantil llena de risa.

—¿Y? ¿Antoñito?...

—No estaba, niña; dicen los mozos que se jué pa Güenos Aires en el tren de la una...

El paraíso de los solteros

Un diario de Dublín publica una interesante información relativa a una aldea irlandesa llamada Bret. Esta aldea, única en el mundo, probablemente, presenta la extraña característica de que todos sus habitantes son del sexo masculino. No hay en ella mujeres ni tampoco niños, sino hombres de más de veinticinco años, todos solteros o viudos.

Hace algún tiempo los vecinos se reunieron y acordaron no admitir mujeres en la aldea, y para ello se comprometieron bajo juramento a no casarse y a cuidarse y cuidar ellos mismos sus casas.

Todos los habitantes de Bret son labradores y pastores, y cuando vuelven del campo ellos se guisan, se lavan la ropa, barren, etc.

Por la noche se reúnen en una especie de taberna, que les sirve de círculo, y se dedican a beber cerveza.

Un periodista de Dublín ha visitado la aldea y ha hablado con el alcalde.

Este le ha dicho:

"Es muy posible que nuestras casas no se hallen muy limpias, que nos falten algunos botones en la ropa y que nuestras camisas no estén muy bien planchadas; pero estos pequeños inconvenientes no significan nada ante la ventaja inmensa de no tener que aguantar a mujer alguna.

En Bret no hay riñas jamás, y los borrachos, que son numerosos, lejos de pelearse entre sí se dedican a cantar alegres canciones.

Bret es un paraíso desde que su primimos a las mujeres. Y cada día tenemos que rechazar solicitudes de solteros y viudos de otras aldeas que quieren venirse a vivir con nosotros.

Sólo admitimos a aquellos que pueden construir a sus expensas una nueva casa para habitar".

Sin embargo, el periodista ha manifestado a su regreso a Dublín, que la aldea de Bret, sin mujeres y sin niños, resulta muy triste.

Durante el día reina en ella un gran silencio, y sólo por la noche, cuando los bebedores salen de la taberna, cantando, se nota un poco de animación.

No obstante ello, cuando se ha sabido en Dublín la existencia de esta aldea, numerosas personas han escrito al alcalde de la misma pidiéndole permiso para construir casas dentro de su término.



—¿Dices que terminastes tu noviazgo con el doctor?
—Sí.
—¿Y qué hizo él?
—Me mandó una cuenta por cincuenta y dos "visitas".

Manuelita se pasea agitada y nerviosa, en su blanco batón de muselina. Ya van a ser las seis y Antoñito no vuelve. Lo único que faltaría es que le hubiese ocurrido algún percance. Salió a las tres de la mañana. Ella miró bien el reloj al volver a su cuarto: Eran las tres en punto... Y la niña aproxima, por centésima vez, su carita pálida y cansada a los cristales de la ventana que mira el campo y... ¡nada, nada! ¿Para peor se ha levantado una neblina que no deja ver más allá de los corrales. Se diría que hubiese llovido al ver cómo gotean rocío cristalino los hierros de la reja, las ramas de los árboles, los hilos del alambrado... Manuelita tiembla de ansiedad y de frío.

ra, extraviado otras veces, como un tonto, entre el mar de la niebla y, por último, en mitad del camino agitado, sudoroso, taloneando incansable su petizo, para llegar cuanto antes y quitarle su enorme duda de encima...

Pero Antoñito no llega y la estancia comienza a despertarse ya y a poblarse de ruidos. Cantan los gallos, balan las ovejas, chirría la rueda del molino gigantesco, y allá, del lado de la cocina, se oye la voz agria de Margarita llamando las gallinas.

La niña se aparta de la ventana con paso vacilante y levantando los ojos aureolados por profundas ojeras, junta las manos exangües en un mudo ruego. De pronto resulta detrás de la casa, hueco y precipi-

LA MONEDA DE ORO

Junto a la puerta se quedó la vida, como un viejo mendigo fatigado, y fué el alma doliente y sensitiva quien penetró en el templo solitario.

Vió entonces germinar en el misterio, la suavidad interior, dulce y tremenda y en el vaso bruído del silencio, abrir la flor de una sonrisa eterna.

Y al volver de la tierra prometida al país del dolor, frágil el alma, tuvo para el mendigo de la vida, una moneda de oro: la esperanza.

Fernán Félix de AMADOR

UN ARTISTA

Por Manuel B. Mujica Láinez

En la "Hostería de la Manzana de Adán" tenían sus cuarteles unos cuantos literatos y desocupados que solían ir a filosofar frente a su bien abastecida chimenea.

Era un viejo mesón cuyas paredes morunas, blanqueadas con cal, brillaban a la luz de la luna.

Allí, entre el humo de las pipas y el chocar de los vasos, los bohemios hacían derroche de espíritu y buen humor.

Una vez, por mera curiosidad, visité dicho establecimiento.

El interior constaba de una sala en la que cabrían hasta veinte mesas.

A la luz vaga de los candelabros, advertíanse apenas los rostros de los jubilosos escritores; pero sonoras carcajadas delataban su presencia.

Recuerdo que llamó mi atención un hombre que, con aristocrático desdén, no parecía querer unirse a los demás.

La luz vacilante de un cirio le daba de lleno en el rostro en el que ponía largas pinceladas de oro. Era alto y fino. Evocaba los lienzos borrosos de Holbein y de los maestros flamencos.

Los lacios cabellos y la barba rubia prestábanle cierto parecido con San Juan Evangelista. Pero lo que más me impresionó fueron sus ojos, maravillosamente puros y azules, llenos de dulzura.

Estaba de pie, apoyado contra el dintel de una puerta, y fumaba lentamente en una larga pipa de porcelana alemana.

Ignoro de qué modo trabé relación con él. Como por artes mágicas me vi sentado frente a él, ante una mesa en que brillaban dos gruesos vasos de cerveza.

Fijéme, entonces, en su raído traje y en la corbata romántica, anudada con despreocupación, y pensé: un poeta.

No. Era un pintor.

Así me lo dijo mientras que, en el desvencijado pianillo, una mujer de grandes ojos rasgados comenzó a tocar un Nocturno de Chopin.

Apagáronse los profanos murmullos.

Suavemente, con su voz musical que parecía seguir el ritmo doloroso del Nocturno, mi pintor habló.

Pertenecía a la escuela de los artistas que quieren revivir en sus telas el arte muerto de Bizancio.

Con los ojos cerrados, acariciándose la barba, narró el fastuo de las opulentas ciudades de Teodora.

Fué un verdadero friso, un bajo relieve, el que puso ante mis ojos deslumbrados.

Y había en él patriarcas severos, emperadores indolentes y cortesanas suntuosas, envueltos todos en el fulgor extraño de las joyas.

Los inmensos palacios de mármol y mosaicos se levantaban, piedra a piedra, en mi imaginación.

Veía el brillo de las tierras y el de los pesados anillos en las manos imperiales. Athenais... Irene... Las cúpulas de las basílicas se erguían como metálicos yelmos saracenos.

Hechizado, lo escuchaba yo.

Este hombre era un artista. Un verdadero artista. Hablaba de su arte, de sus ideales, con religioso fervor, como puede un sacerdote hablar de su culto.

Luego, sin transición, fija la mi-

rada en un punto inaccesible, el desconocido me contó su vida, azarosa y miserable.

A pesar de su profundo conocimiento de la historia antigua y de

contra las adversidades y el hastío era encogerse de hombros.

—Ahí tiene usted a esos pobres muchachos — me dijo, señalando un grupo de jóvenes melenudos.

Jarabe Pectoral "Esterfal"

Lo mejor para la Tos, Catarro, Resfriados, Ronquera y demás afecciones Pulmonares

Elixir Dentrífico "Esterfal"

Limpia, dá Esmalte a los Dientes y evita el dolor de Muelas.

Agua de Colonia "Esterfal"

La Mejor y más Perfumada.

Pídanlos en todas las Farmacias

Farmacia y Droguería Inglesa Americana

Abierta hasta las 12 de la noche

PERU 901 - 907

1967, B. Orden

BUENOS AIRES

sus notables estudios bizantinos, el triunfo no había coronado sus esfuerzos.

Ahora, indiferente, vivía su vida interior sin preocuparse de lo que lo rodeaba.

Tenía una gran indulgencia para con todos y su única defensa

No hay ni uno de ellos que valga, y, sin embargo, véalos usted felices, alegres, llamándose "maestro" mutuamente... A veces, vienen y me leen sus versos.

En sus sienes, las venas azules y bien marcadas se hinchaban.

Yo miraba sus manos de marfil

CANTINELA

Indiecita de mi tierra
que tanto gustas del Sol,
tu sonrisa de esta tarde
me llegó hasta el corazón...

Indiecita de mi pueblo
que hablas bien el guaraní,
tu acento vibra en mi alma
como un arpegio sin fin...

Indiecita de mi barrio
que cantas con emoción,
tu garganta dulcifica
la fiereza de tu amor...

Indiecita de mi calle
que hablas bien el guaraní,
¡en el alma yo te llevo
como un don de mi país!...

José Mauricio PEIXOTO

viejo que, exhaustas, descansaban sobre la mesa.

Temblaron un poco sus labios finos y sonrió con amargura.

En ese instante, el San Juan Evangelista se borró por completo de mi mente. Me parecía mi interlocutor un soberano oriental, un sátrapa persa, despreocupado y lánguido, como esos cuyo perfil voluptuoso se esfuma suavemente en las viejas monedas de oro del Asia Menor.

Se levantó y me dió la mano. Partía. Díjome que se llamaba Diego Narbona y que vivía allí cerca.

Quedé solo en mi mesa.

Allá lejos, la chimenea murmuraba su triste cantar.

El humo era tan espeso que parecía envolvernos una densa niebla.

Del grupo de los jóvenes melenudos uno recitaba, mientras que los demás, moviendo rítmicamente la cabeza, seguían la cadencia del verso:

"Mon ame est une Infante en robe de parade". Yo pensaba en mi pintor.

Veíalo revistiendo el manto imperial de Justiniano, y elevando, con las manos cargadas de anillos, una pesada diadema. Una mujer hermosísima, hincada ante él, aguardaba el instante solemne de la coronación. Y esa mujer era la Belleza.

*Aux pieds de son fauteil allongés
noblement,
deux lévriers d'Ecosse aux yeux
mélancoliques...*

Alguien, con el pie, marcaba el fin de cada verso.

Detrás del mostrador, la hostelera miraba con admiración a sus parroquianos.

A veces sonreía, mostrando un diente negro.

Encima de una mesa descansaba un grueso Diccionario Enciclopédico, y un muchachito pecoso lo hojeaba lentamente, leyendo por lo bajo: "Asur... Asur... Asurbani-pal..."

Despertándome bruscamente de un sueño recién comenzado, la puerta de entrada se abrió de par en par, y una mujer joven y bonita entró, llorando desesperadamente.

Su brazo sangraba.

—¿Otra vez aquí? — grunó la mesonera de malhumor.

El más joven de los poetas se acercó a ella.

—¿Te ha pegado de nuevo? — dijo.

—Sí... Porque dejé que se quemara la tortilla...

Yo me aproximé. Parecíame imposible que un hombre pudiera maltratar a una mujer tan frágil...

¡Ah! Sí, mi amigo, el pintor estuviera aquí, cómo sabría consolarla! ¡Con qué suaves inflexiones de voz la calmaría...

Compasivo me acerqué más aún. Ideas vengativas cruzaron por mi cerebro al verla tan bella, tan débil.

—¿Cómo se llama su marido? — rugí.

Ella levantó hacia mí sus ojos claros y azules que me recordaban otros dos ojos claros y azules, llenos de dulzura y de pureza:

—Alejandro Narbona, — me dijo...

Curiosidades

Se cree que hace siglos ya empleaban los indios la vacuna y la anestesia.

De cada cien niños que nacen, diez y siete son naturalmente diestros, es decir, mucho más aptos para usar la mano derecha que la izquierda: tres son zurdos, y los ochenta restantes igualmente capaces para emplear una u otra mano con igual facilidad; pero debido a nuestros métodos de educación de los niños, cuando llegan a los tres años, todos ellos, excepto los tres, naturalmente, zurdos, han adquirido la costumbre de usar la mano derecha para las principales tareas.

Las posesiones francesas tienen veinte veces la superficie del territorio francés, y las posiciones inglesas son cien veces superiores en territorio a las islas británicas.

Los Cauri, de la familia de las Cipreas, son pequeños caracoles marinos que eran utilizados por algunas tribus de Africa como moneda, y que dado el número de caparazones necesarias para las operaciones comerciales que se realizaban los ensartaban en cordones en número variable, que tenían, como es consiguiente, distinto valor.

Los canarios hamburgueses aventajan a todos en el canto. Algunos cantan un solo durante un minuto y cuarto, haciendo veinte cambios de notas.

En muchas especies de animales se castiga severamente la pereza. En las colmenas, las abejas obreras matan a los zánganos en cuanto éstos no hacen falta. Los castores expelen prontamente de la colonia al individuo que no muestra bastante actividad en el trabajo. Si un elefante molesta a los demás de un rebaño, lo echan de él sus compañeros.

El capitán Perry, al explorar las regiones árticas, encontró una clase de ballenas que producen un sonido agudo y poco armonioso. Los marinos que frecuentan esos parajes llaman a ese sonido "el canto de la ballena".

El lago Selawik, en Alaska, tiene sus crecientes y sus bajantes, lo mismo que el mar. Esto se debe a que este lago tiene una comunicación subterránea con el mar.

Tres parajes hay donde se encuentra nieve de color verde: uno, cerca del monte Hecla, en Irlanda; otro, a veinte kilómetros al este de la boca del Obi, y el tercero, cerca de Quito.

Hay flores cuyos nombres se derivan de sus descubridores, como la dalia, de Dahl; la camelia, del misionero Kamel, que la importó del Japón, y la magnolia, de Magnol de Montpellier.

A veces las esposas de ciertos reyezuelos africanos se declaran en huelga del hambre y no comen hasta que él las obliga.

Quemando cien toneladas de carbón se produce una de hollín.

El kara-angolan es un árbol gigante que se cría en las costa del Malabar (Indostán), que produce al mismo tiempo hojas, flores y frutos.

En las aguas corrientes o estancadas se cría una planta llamada dúa, que forma parte de la familia de las algas.

El cactus y otras plantas del desierto tienen espesas yemas en vez de hojas, de manera que la evaporación del agua se halla reducida a su más mínima expresión.

Una ostra que contenía una perla valorada en 500 dólares fué cogida por una muchacha, a la orilla de un río escocés, al intentar coger la pelota de golf con que estaba jugando.

Los negros de la India dicen que deben la blancura de sus dientes al continuo masticar caña de azúcar.

El elefante es un animal notable por su memoria, pues frecuentemente recuerda cosas que le han pasado hace años.

Los experimentos de Mosso demuestran que el cansancio envenena la sangre.

A Toda Edad



Qué hacer para no toser?

Tener siempre a mano una caja de

Pastillas Iodeína Montagu

y tan pronto sienta usted la gana de toser, póngase una pastilla en la boca y déjela derretir.

A pesar de su marcada actividad, pues cada pastilla contiene 5 mg. de Iodeína (producto descubierto por Montagu), estas pastillas son tan deliciosas al paladar que resulta un gusto curarse con ellas.

De cuantas pastillas existen para curar la tos, las de Iodeína Montagu son las más rápidas y eficaces para quitar el cosquilleo de la garganta que molesta tanto.

Las pastillas Iodeína Montagu son remedio bueno para Resfrío, Ronquera, Bronquitis, Ahogos, Asma, Enfisema, Tuberculosis, etc., etc.

Montagu 49, Bd. de Port Royal - París

DEPOSITO GENERAL

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida - Bs. Aires

YACO

En honor del primer magistrado



La colectividad valenciana radicada en Buenos Aires ofreció, bajo los auspicios del Centro Valencia, una recepción organizada en honor del presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear y de su señora esposa, doña Regina Paccini, y llevada a efecto, con gran lucimiento en los salones de la mencionada institución. — El doctor Alvear y su esposa, rodeados de un núcleo de señoritas ataviadas con el traje regional, durante la realización de la fiesta.



Demostración al embajador de Estados Unidos

Organizado por el Club de Universitarios Americanos, realizóse en el Plaza Hotel, un banquete en honor de su presidente honorario, el embajador de los Estados Unidos de Norte América, señor Robert Woods Bliss. — La cabecera de la mesa ocupada por el obsequiado, a quien acompañan en el sitio de honor, el ministro de Instrucción Pública, doctor Sagarna, el ex embajador argentino en Estados Unidos, doctor Honorio Pueyrredón, el rector de la Universidad, Dr. Ricardo Rojas y otros caballeros.

Procesión del Corpus Christi



Monseñor Cortesi, oficiando durante la procesión del Corpus Christi, realizada alrededor de la plaza de Mayo con la concurrencia de gran cantidad de fieles.



Otras dos instáneas de la mencionada ceremonia religiosa, tomadas frente a la catedral

EN MEMORIA DE LA POETISA VICENTA CASTRO CAMBON



La Biblioteca Argentina para Ciegos organizó una sesión literario-musical en memoria de la poetisa ciega señorita Vicenta Castro Cambón, recientemente fallecida. El lucido acto tuvo lugar en los salones del Club del Progreso, ante un crecido auditorio. — A la izquierda: la doctora Gisberta S. de Kurth, disertando sobre el tema: "El vuelo lírico de la poetisa ciega". — A la derecha: un aspecto de la concurrencia que llenaba la sala.

TE DANZANTE ORGANIZADO POR EL PATRONATO ESPAÑOL



Bajo los auspicios de la comisión de damas del Patronato Español, llevóse a cabo en los salones del Plaza Hotel, un animado te danzante a beneficio de las obras que sostiene la institución y al que asistieron numerosas familias. — Dos detalles de las mesas al servirse el té

En honor de las señoritas de Cétran Chas

Bibliografía



Las señoritas Ana y Margot Cetran Chas. fueron objeto de una demostración consistente en un té ofrecido en su honor por un grupo de amigas, y servido en el restaurant Harrods — Vista parcial de las concurrentes.



Nuestra distinguida colaboradora, señora Cleofé Pereyra de Goicoa, a cuya pluma se debe la colección de cuentos criollos que bajo el título "Plumadas en canuto", acaba de aparecer y que está valiendo a su autora numerosas felicitaciones.



Club Atlético
Deportivo Ar-
senal.



Componentes de la sección femenina del Club Atlético Deportivo Arsenal, que participaron en el te danzante organizado por la institución de referencia y llevado a efecto en los salones de la Confitería Pellegrini.



Homenaje ante la tumba de don Ignacio Correas



En ocasión de cumplirse el aniversario de la muerte de don Ignacio Correas, un calificado y numeroso grupo de socios del Jockey Club, tributó un homenaje a la memoria del extinto, fijando en su tumba una placa conmemorativa dedicada a su recuerdo por la mencionada institución. A la izquierda: el presidente del Jockey Club, doctor Tomás E. de Estrada, pronunciando una sentida oración necrológica en el acto de la tocante ceremonia. En el centro: vista parcial de la concurrencia que asistió al acto, escuchando la palabra del doctor de Estrada. A la derecha: la placa de bronce, obra del escultor Sarguinet, colocada en el sepulcro del cementerio de la Recoleta, que guarda los restos del que fué presidente del Jockey Club.

Universidad "Intendente Torcuato de Alvear"



Con objeto de allegar recursos en beneficio de la Universidad de Flores "Intendente Torcuato de Alvear" la comisión de fiestas de dicha institución organizó un lucido té danzante, que se realizó en los salones del Savoy Hotel. — Dos instantáneas obtenidas durante un intervalo del baile.

Cumpleaños del rey Gustavo V de Suecia

Nota de arte



El rey Gustavo V de Suecia, que el día 16 del corriente, cumplió 70 años de edad.

Su esposa la reina Victoria, soberana de Suecia

Busto de la niña Laurita Bosch Escalante, ejecutado por el joven escultor canario Manuel Ramos



Banquete al señor Peycere



Con motivo de su próximo enlace, el señor Luciano F. Peycere fué obsequiado por un grupo de amigos, con un banquete, servido en el restaurant Electra, con el cual se le despedía de la vida de soltero. — Un aspecto de la mesa, durante la realización del acto.



Las dos justicias

Por Grazia Deledda

En una aldeucha sarda, el más pobre de sus habitantes se llamaba Quircu Oroveru.

El tío Quircu era más pobre que los mismos mendigos; tenía una sola camisa, un solo par de calzoncillos, unos pantalones de *orbare* y un gorro que él mismo se había hecho con una piel de liebre; no llevaba botones en la camisa, no tenía chaqueta, ni capote, ni polainas; ni siquiera tenía zapatos, lo cual constituía la miseria más grande para un hombre de aquel lugar.

A pesar de ello, estaba sano y fuerte; era un buen mozo, casi céltico, alto, colorado, con ojos siempre sonrientes. Pero, ¿qué queréis!, así había sido educado: solo sabía recoger leña en los bosques y venderla; no sabía trabajar de otra manera; por lo demás, era inofensivo como una lagartija, y tan inocente como un chiquillo de siete años. Todo su patrimonio, además del vestuario ya dicho, consistía en una medalla de plata que llevaba al cuello desde pequeño; una hacha, una cuerda de pelo de caballo—tejida por él mismo—y una navaja.

Y, sin embargo, casi siempre estaba contento y más tranquilo que el señor Saturnino Solitta, el más rico del lugar, cuya casa grande y nueva, parecía hecha con nieve y adornada con tiras de cielo. El tío Quircu tenía cerca de cuarenta y cinco años, cuando un día dos hombres vestidos de azul turquí, le pararon en el bosque.

¿Qué hacéis? — le preguntaron.

¿Pues no lo veis? — contestó, parándose, inclinado el cuerpo bajo la carga de leña.

¿Tenéis algún pedazo de bosque?

Al oír esto se echó a reír, y mirándose, uno de sus pies descalzos. Ni siquiera tengo zapatos.

¿Quién os ha dado permiso para cortar leña en el bosque?

Nadie. Me lo tomo yo, porque de otro modo me moriría de hambre. Entonces, estáis faltando a la ley.

¿Qué quiere decir esto?

Que debéis pagar una multa o descontarla en la cárcel.

Pero si hace treinta años que corto leña y nadie me ha dicho nunca una palabra; y si no la corto me muero de hambre.

¿Qué queréis que le hagamos, amigo; la ley lo dispone así. Por esta vez id con Dios pero procurad que no os volvamos a encontrar en falta.

Y, en efecto, le volvieron a encontrar muchas veces, hasta que, por fin, un día le quitaron la carga y le acusaron de faltar a la ley. Y no es que los guardabosques fuesen malas personas, antes al contrario, tenían la misma de aquel pobre hombre; pero, ¿qué remedio había? Tenían la obligación de hacer respetar la ley.

El tío Quircu compareció ante el juez y fué condenado a una fuerte multa, que debía pagar en días de cárcel. Le parecía una horrible pesadilla y sufría como no había sufrido nunca en su vida; en pocos días envejeció diez años; iba más sucio y desastrado que nunca, y sus ojos tomaron un aspecto sombrío. ¡Ah!, no; no quería que le metiesen en la cárcel. De modo que se arregló con un hombre del lugar y se fué al monte; estaba acostumbrado a ello y no le importaba nada no poder bajar al pueblo. El cortaba la leña y el otro la vendía, pero robándole por lo menos la mitad; y tenía que callar y resignarse.

Y así pasó el otoño, pasó el invierno y llegó la primavera. El tío Quircu estaba en la miseria más extrema: casi desnudo, con el pelo y las barbas en estado salvaje, y a menudo padecía hambre; pero no quería rendirse.

Un día, atravesando un llano la fortuna pareció favorecerle. Sobre el césped encontró una gruesa cartera roja, dos portamonedas, una bolsa y unas cartas que el rocío había humedecido algo. Lo registró todo; no había dinero; pero las cartas debían ser de interés y seguramente su dueño le daría alguna propina al entregárselas. Lo recogió todo y siguió su camino, y al ver al amigo que le vendía la leña y que sabía leer se lo contó.

—¡Diablo! ¡Todas estas cosas eran del señor Saturnino Solitta! gritó su compañero, mirándole con desconfianza. El tío Quircu se estremeció de miedo, de espanto. El señor Saturnino Solitta había sido asesinado, no hacía mucho tiempo, al regresar a caballo de Cagliari. Sin duda el asesino, después de haber cogido el dinero, tiró la cartera y las cartas.

Esto son letras de cambio, y este papel es como si fuera dinero — le dijo el amigo que sabía leer y escribir. Se llama *checco* (Era un *checco* que)

No quiero ir a cambiarlo. Creerían que soy yo el asesino.

Pues eres un estúpido si no vas. ¿Dentro de unos cuantos meses ¿no se acuerda en Nuoro del asesinato? En último caso puedes decir que lo has encontrado... yo diré que lo he visto. ¿Por qué eres tan bestia? ¿Pero no ves que no llevas un pedazo de ropa que no esté hecho trizas?

¡Oh! ¡Esto sí que es verdad! Pues precisamente por esto, ¿no desconfiarían de mí al verme tan desastrado? Por lo demás, después de lo que me has dicho, creo que me atrevería.

—Pues, entonces, te prestaré mis zapatos, mi capote y mis polainas. Durante cierto tiempo, el tío Quircu sintióse menos desgraciado que antes.

Pensaba en las cosas bonitas que se compraría: unos zapatos, un capote, una hacha. También compraría algo de comida: pan, tocino, vino

Muy en lo hondo sentía algo de escrúpulo y miedo; pero, después de todo, él lo había encontrado, y, en caso de apuro, creía ingenuamente que bastaría decir la verdad para librarse de toda molestia. Cada vez que su compañero iba a recoger la leña le animaba, y hasta una vez llegó a decirle que, si no se atrevía, iría él.

Pero el tío Quircu, escarmentado por los embrollos que le hacía con la leña, no se fiaba, y prefirió ir él mismo a Nuoro. Marchó derecho a una tienda a comprarse un par de zapatos de cuero amarillo.

Se los probó acortando y, alargando las correas, y se calzó de nuevo los zapatos del amigo, que le apretaban bastante sus enormes pies negros. Y no sin cierta emoción sacó del cinto el cheque del muerto. El tendero lo cogió; lo examinó; no se movió ningún músculo de su rostro, y sin embargo, en aquel momento se decidió el destino del tío Quircu.

—No tengo cambio — dijo —; pero si quiere esperarse un momento, mandaré a cambiarlo.

El tío Quircu sintió una ligera inquietud, pero no se apuró.

Entretanto, pensó que sería mejor quitarse los zapatos de su amigo, ponerse los nuevos, más cómodos aunque un poco pesados.

El hombre que el tendero había mandado con el cheque tardaba en volver.

Por fin regresó el hombre, inmediatamente detrás entró un señor: bien vestido, de labios gruesos y rojos, y detrás de este señor entraron dos policías. El tío Quircu sintió helársele el corazón; comprendió lo que iba a suceder y por un instante tuvo miedo. Pero en seguida pensó:

Diré la verdad, y bastará.

—¿Quién le ha entregado este papel? — le preguntó el señor de los labios gruesos.

Lo he encontrado — contestó respetuosamente el tío Quircu.

¿Dónde lo ha encontrado?

Pues lo he encontrado... — y empezó su relato.

—Buen hombre — dijo el señor — haga el favor de venir con nosotros para contar lo sucedido al señor Inspector.

Y el tío Quircu les siguió dócilmente, haciéndose la ilusión que bastaría decir la verdad para ser creído.

En la inspección, aquel señor y los policías cambiaron de modos. El tío Quircu fué de nuevo rudamente interrogado por otro señor pálido y calvo; después lo desnudaron y registraron. Le encontraron la cartera y demás objetos del muerto, y en seguida le tomaron por el asesino del señor Saturnino Solitta.

Le metieron en la cárcel, sometándole a largos, crueles y atroces interrogatorios. Cada día se presentaban dos señores, uno con lentes y otro con la barba rubia y le preguntaban mil cosas extrañas, y querían

que por la fuerza dijese cómo y cuándo había asesinado al señor Saturnino Solitta.

Yo no he asesinado a nadie — decía —; he encontrado todas esas cosas y ni siquiera sabía lo que eran. Un amigo mío me aconsejó que cambiase aquel papel, y como yo tenía muchas ganas de un par de zapatos seguí sus consejos. Preguntádselo a él si no me creéis a mí.

Mandaron comparecer al amigo, se lo preguntaron: el hombre dijo que sí; que había prestado su traje—y quería que se lo devolviesen —; que también había prestado sus zapatos al Oroveru; pero que no sabía nada más, ni había aconsejado nada.

¡Bribón, sinvergüenza! — decía entre sí el tío Quircu — ¡ya podía sospecharlo después de lo que me hacía con la leña!

Pasó mucho tiempo. Ya nadie se acordaba del tío Quircu.

Un día le trajeron un papel en parte impreso y en parte manuscrito; temblando hizo que se lo explicaran. Era una providencia de la Sala ordenando que su causa se viese ante el Jurado. Después le mandaron un abogado, un jovencito de rostro verdoso, unas veces bilioso y otras indiferente. También pretendía que el tío Quircu le dijese que había asesinado al señor Saturnino Solitta.

Dime la verdad — le decía; — a los abogados se les debe confesar toda la verdad, después se arreglan las cosas.

Hubo un momento en que el tío Quircu tuvo tentaciones de decir que había matado al señor Saturnino, pues le parecía más fácil librarse confesando el supuesto delito que afirmando la verdad. Pero cuando no tenía delante la cara verdosa de su abogado volvía a confiar en el triunfo de su inocencia.

Llegó el día de la vista.

Entre los testigos compareció el de la leña, y tanto él como los de más declararon que el acusado era un hombre salvaje, huraño e insociable.

El Ministerio Público le pintó como "una bestia de los bosques, que había largamente meditado el delito, esperando el paso de su víctima, como una fiera en acecho de su presa". Ni más ni menos.

El tío Quircu miraba con cara de espanto a aquel señor de los labios brillantes, a quien nunca había hecho daño, y sentía un extraño terror.

Para animarse dirigía la vista a los jurados, hombres del pueblo, pacíficos, gordos, de aspecto compasivo, y esperaba. Habló el abogado. Estaba más verde que nunca; si tenía algún arranque se reducía a un rechinar de dientes de pésimo efecto.

En una palabra; el pobre hombre fué condenado a trabajos forzados, a perpetuidad. Lloró amargamente; miró una vez más a los jurados

(Continúa en la página 35)

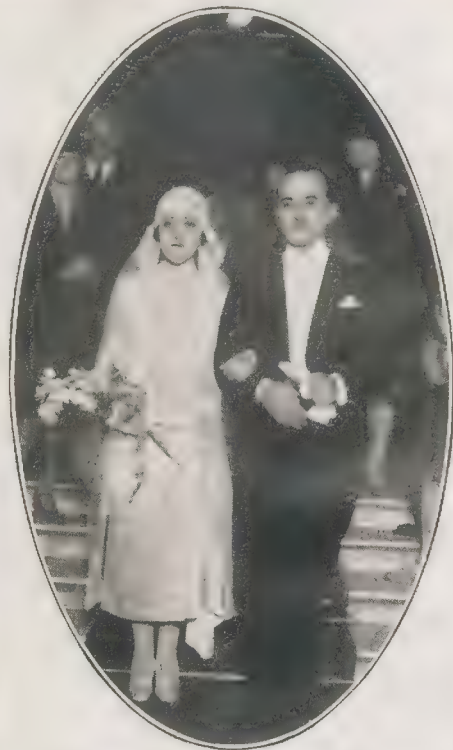
SOCIALES



ENLACES. — Señorita María Esther Longoni con el señor Miguel Pesce (hijo)



Señorita Elena Filgueira Lima que en breve contraerá enlace con el doctor Nicolás Marín Moreno



Señorita Figueroa con el señor Falconier



Señorita Della Ferro Carrera con el señor Joaquín Argonz



Señorita Juana Migliavaca



Señorita Carabelli con el señor Basso



Señorita de Doria con el señor De Maio



Señorita Adriana Duarte con el señor Antonio Van Donselaar



Señorita Edith L. Perry con el señor J. Florencio Ortiz



Señorita Clorinda Larguía desposada con el señor Fernando M. Carlés

Actualidades cinematográficas



Dos escenas de "Ramona", el nuevo film extraordinario que Artistas Unidos estrenará mañana



Monty Banks

EN

¡TOQUE FIERRO!

La comedia de las mil carcajadas

Véala en los buenos cines

Programa

ESPLENDID

Especial

NEW YORK
— FILM —
EXCHANGE



El divertidísimo cómico Monty Banks, en la notable cinecomedia "¡Toque fierro!", que hoy estrenará la New York Film



Bruno Kastner y Lona Schmidt en "El paraíso nevado", que la Mundial Film está exhibiendo con gran éxito en los cines París, Gran Palais y Callac

DE CACHEUTA



El doctor Pegassano y su esposa, acompañados de la señora Oneto de Devoto



Señoritas de Bonfanti, Esperoni y Herráiz



Familia de Arenas



Señora y señorita de Esperoni



Una simpática paseante



Señorita de Herráiz



Señor Matheu Rigou y su esposa



Señor José Iriart, su esposa e hijo



Señor Leandro Gurnia, con su esposa y su hijita Coca



Los doctores Agote, Pellet Lastra y Castillo



Señor Fernando Fillol, su esposa y su hijo

DE MENDOZA

NECROLOGIA



Comisión directiva y grupo de adherentes de la Liga Solidaria Argentina, institución de progreso y cultura, recientemente constituida en Mendoza



Señor Francisco Rayneli



Niña Adelaida M. Rottjer Scott

La última propuesta

Por Vargas Molteni

Cristiano Muerto, a quince leguas, al sud, de Tres Arroyos, era, fuera de los mensuales de las dos estancias que extendían sus campos hasta la costa del mar, una región completamente despoblada, y si, por casualidad se veía aparecer algún jinete, echando su caballo por entre los pedregales del arroyo, para vadearlo, o aproximarse a todo galope por el único callejón abierto en aquella extensión de campo erizado de pajales era, sin duda, un paisano "desgraciado", que huía del alcance de las autoridades de Necochea o Tres Arroyos, para soterrarse allí, donde no llegaban las leyes civiles de la ciudad, ni aparecía un milico, por más guapo, a imponer el respeto de una disciplina cualquiera. Aquel era el refugio de todos los gauchos malos, que, sin trabas para sus instintos, querían disfrutar también del más poderoso é invencible en ellos: el de la libertad. ¿Techo donde albergarse? ¡gran cosa! Ahí, alcostado de las lomas, en lo más intrincado de los pajonales, abrían sus bocas las cuevas de los perros cimarrones, que si no aceptaban la amistad del gaucho, que buscaba compartir su refugio, caían fatalmente bajo su cuchillo, dejando libres sus guaridas, donde iba a hundirse él, para sentir allí su libertad y su hogar. Esto era cuando no querían ponerse al trabajo de erigir un rancho, que las más de las veces, a la ausencia del paisano, que había partido ávido de horizontes y de vida, quedaba en condiciones de tapera, y para albergue de los

pájaros salvajes del campo, que acudían con los picos abiertos, a horadar las vetustas paredes de quinchas, donde establecían después sus nidales. Un hombre que temiera ser absorbido por los horizontes, no hubiera podido vivir allí dos horas; el desierto se extendía por todas partes, hasta la costa del Océano Atlántico, punto limitativo de los campos de las dos únicas estancias. Un solo lugar era el centro de atracción para los paisanos, y un centro de atracción irresistible: la pulpería de don Felipe. Allí se congregaban todos, invariablemente al anochecer, hora en que terminaban sus faenas diarias.

Don Felipe, había penetrado, como buen gaucho, la psicología de aquellos hombres y creado, en virtud de su conocimiento, un "juego" original y gauchesco, que nadie podía "rehuir", cuando él, empleando toda su maña en agravar las causas que podían decidir a los paisanos, hacia la proposición:

—¿Te animás a pelearlo a aquel, ché? Mirá que un hombre, por más prudente que sea no debe permitir nunca que otro se quite en él los abrojos; ya sabés que anda diciéndolo que juistes vos el que robó, vez pasada, las ovejas de la "Estancia Vieja", cuando toíto el mundo sabe que jué él. — Y luego de mirarlo un rato, con aquella sonrisa burlesca que le provocaba la indecisión, algo temerosa, del pobre gaucho, insistía, con una vocetilla más insinuante y dulce:

—¿Te animás? ¡Mirá, no seas

tro. Don Felipe había dispuesto, para tales peleas un terrenito alambrado, dentro del cual combatían los gauchos, como gallos de riña. No era extraño ver a la mayor parte de los paisanos que se reunían en el negocio, con el rostro surcado por alguna cicatriz, testimonio irrefutable de una pasada prueba. Pero aquellas "deshonras" se miraban con el respeto más grande, y nadie, ni el mismo don Felipe, se ocupaba de hacer recordar la derrota.

Un anochecer, la pulpería estaba,

los mosquitos, que embestían en banda, formando en el espacio extrañas constelaciones. Parecía estar abstraído en la contemplación del horizonte.

Frente a la pulpería no se extendía camino alguno: todo, hasta donde alcanzaba la vista, era una completa emergencia de matorrales ásperos y tupidos. La atención del gaucho se fijó, de pronto, toda entera sobre un punto fijo del campo. Un jinete acababa de surgir, como una aparición, de entre los altos pajonales, y avanzaba al galope, chafando los rígidos canutos de las pajas.

—¿Y ese?

A medida que se acercaba, se ofrecía más claramente a la apreciación de los detalles que hubieran permitido reconocerlo. Montaba un "malacara" fogoso; y por su indumentaria y su costumbre de

venir castigando suavemente el caballo, con la guazca de su plateado rebenque, denunciaba su inconfundible identidad a los ojos del gaucho, que lo miraba acercarse, malicioso.

—¡No te digo que es don Santiago? ¡Si conforme lo vide me pareció conocido! ¿Qué viento lo trairá por aquí? El paisano detuvo bruscamente su caballo junto al alambrado de la pulpería. Algunos curiosos se asomaron a la puerta para atisbar la catadura del recién llegado, pero como nadie lo conocía volvieron, indiferentes, al seno del negocio. El gaucho colocándose el rebenque en el meñique, y levantándose el ala del sombrero, avanzó hacia el desconocido

que, con la espalda dada hacia él, se había puesto a ajustar la sobre-cincha. Sintió que una mano se posaba sobre sus hombros y se volvió sorprendido.

—¡Caracho, don Domingo!

—¿Cómo le va don Santiago? ¡Tanto tiempo! — exclamó éste, y le tendió la mano que el otro estrechó con caluroso afecto.

—Lo divisé dende aquí; — explicó luego — dende que salió del pajonal, me estuvo pareciendo que era usted nomás.

—¡Ah! ¿sí? ¡Vea!; he andao toíto el día; figúrese, dende Tres Arroyos de un solo tirón. Casi se me refala el pingo en la laguna 'el güeso Clavao'; por ahí, cerca 'el rancho 'el finao Maidana, se le cruza un zorrino por las patas al mancarón y casi lo hace caír de jeta...

—¡Fíjese! ¿Y viene a sacar alguna tropa?

—Sí, señor, de ahí de la "Estancia Vieja".



zonzo! ¡es a darse un tajito en la cara y ya está! Si querés le digo aura mesmo pa que se topen mañana; ¿eh?

Y el paisano, que no podía resignarse a que el pulpero y todos los presentes, creyeran que tenía miedo, "que se arroyaba todo", asentía resignadamente y mirándolo, con unos ojos cargados de contenido reproche:

—Y güeno don Felipe, dígame nomás.

Y el pulpero, restregándose las manos, iba hacia el otro que no tardaba en aceptar la propuesta.

La causa de estos lances gauchescos no eran siempre enemistades, pues, más generalmente se establecían para lucir la destreza en el manejo del cuchillo. Al primer tajo, es decir, a la primera gota de sangre se definía el duelo, y los paisanos expetadores se encargaban de asegurar la fama del que había salido airoso en el encuen-

tro. Don Felipe había dispuesto, para tales peleas un terrenito alambrado, dentro del cual combatían los gauchos, como gallos de riña. No era extraño ver a la mayor parte de los paisanos que se reunían en el negocio, con el rostro surcado por alguna cicatriz, testimonio irrefutable de una pasada prueba. Pero aquellas "deshonras" se miraban con el respeto más grande, y nadie, ni el mismo don Felipe, se ocupaba de hacer recordar la derrota.

Un gaucho de chiripá, botas de potro y grandes espuelas bruñidas, se había salido de la pulpería; y, apoyado sobre uno de los postes del alambrado, miraba, achicando los ojos, los inmensos campos anochecidos.

El horizonte parecía de agua; y el lomo de los dorados pajonales, ondulaba a la acción del remuzgo, como una cabellera de mujer. El ambiente era caluroso y pesado; el hombre se defendía rato a rato, con la lonja flexible de su rebenque, de las invasiones temibles de

—¡Ajá! Pero dicen que con la seca y la escasez de pasto, han yebao casi toda la hacienda al campo de un tal Ordoqui, en Necochea, y tendrá que esperar unos días mientras la arrien de ayá.

—Sí, señor, eso hay, y estoy aguaitando a mis hombres qui han ido ya a pecharla.

—¡Ah!

Los dos hombres quedáronse en silencio, durante unos minutos. De pronto, una carcajada ruidosa y torpe, echada afuera por las bocas de todos los paisanos de la pulpería, hizo volver la cabeza a don Santiago.

—El dueño deste negocio debe ser un hombre muy güeno ¿no?

—¿Güeno? ¿Qué güeno quiere que sea un hombre, amigo cuando no se ocupa más que en andar hacer peliando por gusto a la pobre gente! ¿Vea; aquí no va a ver usted un hombre que no tenga en la cara, por lo menos un tajo, entuavía mal cerrao, o una cicatriz...

—¿Y por qué hace eso?

—¿Y? Al cuete, nomás, puel gusto e divertirse y de ver sangre. Creo que anda aura empeñao en hacer topar a un pobre indiecito con uno qui ha de cortarlo en fiya — Y don Domingo enteró, al dedillo, a aquel paisano, de todas las sangrientas ocurrencias y manías del pulpero. Al terminar el relato, una profunda antipatía se había suscitado en el corazón de don Santiago hacia aquel hombre.

Deseando "verle la facha"; se dirigió, con su compañero, al negocio, musitando torvamente:

—¡Pero qué endivido bruto! ¡Miren qui hacer peliar de gusto a esa pobre gente!

Al verlo, don Felipe que estaba, en efecto, acuciando a un muchachón, algo tímido y medroso, para que se decidiera a toparse con un rival que él le había elegido, lo miró fijamente, achicando los ojos, como corresponde a un hombre muy pronto, volvió a embestir sobre la indecisión del indiecito.

—¡Metete hombre; no seas flojo! Si no es más que a pegarse un tajo.

Don Santiago, que había ido a situarse en un lugar más apartado, lo observaba torvamente, con el entrecejo contraído y con un rictus irascible en sus gruesos labios, sombreados por espeso bigote.

El pobre muchacho, ante el temor de batirse y la vergüenza de mostrar ante aquellos hombres la flojedad de su espíritu, bajaba la cabeza, mientras se tiraba puerilmente los dedos.

—¡Parece mentira que seas hombre! — concluyó don Felipe, seguro de provocar la chispa que encendería el pundonor del indiecito. Y en efecto; éste lo miró fija y agresivamente durante unos segundos; y luego, componiendo el pecho e irradiando en sus ojos profundos toda la bravura de la raza, exclamó:

—¿Güeno, sí, señor, lo hei de peliar!

—¡Ansí me gustan los machos! Pa mañana entonces, ¿no? Vas a ver cómo lo despachás enseguidita... El otro, el que debía toparse, un paisano hermético y fornido, sonrió irónicamente, sacudiendo a uno y otro lado la melenuda cabeza.

Don Santiago y su compañero se miraron significativamente.

—¿Ha visto el hombre?

—¡Dese cuenta! ¿Y aquí dentro nomás se agarran?

—¿Adentro? ¡No señor, cualquier día! Ahí ajuera, él mesmo ha preparao un terreno con bancos y todo pa los que quieren ver las peleas.

—¿Qué cosa bárbara!

—¡Ya ve usted! Venga nomás mañana, a la siesta, ques l'ahora en que se suelen agarrar siempre.

—¿Va a estar usted?

—Sí, don Santiago, si quiere puedo ir a buscarlo también a la estancia...

—¿Güeno.

Los dos hombres salieron. Momentos después montaban a caballo y partían, al galope, hudiéndose en el misterio de los tupidos pajonales.

busca del resero, como lo había prometido.

En sus brías cabalgaduras, partieron los dos en dirección a la pulpería. Cuando llegaron, ya se encontraban allí los dos peleadores, y multitud de gente que se habían dividido en dos fracciones, conforme a la simpatía o fe que abrigan. El indiecito era el que contaba con menos partidarios, detalle éste, que hacía barruntar la posibilidad de su derrota. La consabida destreza del otro, debía imponerse en las opiniones de los paisanos. Podíase creer que los que se declaraban por el muchacho, lo hacían sólo como un medio expeditivo de decidir el encuentro.

EL SUICIDIO DE CLAUDIO DE ALAS

"Yo siento el cansancio de toda la raza,
diez siglos de hastío torturan mi mente.
Yo soy el poeta vencido y doliente,
que encuentra la Muerte en la vida que pasa.

"Si sólo es dolor y miseria la vida,
prefiero volver a la paz de la Nada:
que trunque esta mano la vida menguada,
rompiendo mi frente con bala suicida.

"Hermano en el Arte, me voy a lo incierto.
La hora ha llegado... Mi póstuma cuita!
La Muerte me espera, me llama, me invita...
Adiós, para siempre, querido Roberto!"

* *

Se oyeron dos tiros... Silbaron dos balas...
(Silencio en el parque, quietud en las frondas,
tristeza en las almas, sosiego en las ondas)
Los broncez doblaron: "Murió... Claudio... de Alas!"

Caía la tarde, y un rayo lunar
bruñía la copa del viejo laurel.
Debajo yacían poeta y lebel,
que juntos partieron a un nuevo avatar.

ARMANDO FLOR

II

Don Santiago era un tropero, y quien conoce lo que es un tropero, comprenderá que su patria no era éste ni el otro ni aquél pueblo o partido, sino la Pampa misma con sus duros castigos y sus horizontes infinitos; su amor, su único amor triunfante por sobre todos los afectos, la libertad, la libertad sin cálculos, sin restricciones, la libertad que tiene un cóndor oteando las llanuras desde el pico de las escarpadas montañas.

Don Domingo, viejo peón de una de las estancias, de la "Estancia Nueva", como la llamaban, en oposición a la otra, había sido resero en su juventud y compañero inseparable de don Santiago, que, por segunda vez tan solo, había llegado a Cristiano Muerto, en sus veinte años de vida nómada y sinuosa. Hacía años que no se veían, sin embargo, el encuentro había sido como debe ser, en dos hombres que se apreciaban de verdad y que sólo en las muchas palabras, no la abundancia del corazón, como dice el Evangelio, sino la vil intención de demostrar un sentimiento, que verdaderamente no se siente.

Al día siguiente, como a eso de medio día, don Domingo fué en

El pulpero apareció de pronto, con empaque de juez, y llamó a los que se iban a batir. Les dio algunas instrucciones reglamentarias, y luego se dirigió a los concurrentes:

—¡Atención, señores, que va a empezar la junción! Algunos desde afuera, otros sentados en los bancos, que ocupaban toda la periferia de la "pista", se aprestaron para presenciar el espectáculo. El resero y don Domingo observaban desde afuera, sobre sus cabalgaduras.

Un negrito se metió, de rondón, en la cancha. Traía un montón de tela de araña, que entregó al pulpero, desapareciendo luego precipitadamente.

Los peleadores estaban ya en medio de la "pista", uno frente al otro. Don Felipe se dirigió hacia ellos; marcó la distancia que debían observar, y después de una respectiva palmadita a cada uno, dió la voz de: ¡aura! Los cuchillos irradian un relampagueo violento, al fulgor del sol que se quebraba en las hojas desnudas.

La atención profunda de los expectadores trajo un silencio, interrumpido, sólo, por el choque metálico de los cuchillos.

Los peleadores estaban como clavados en sus sitios; sólo las hojas

relampagueantes, se agitaban entre sus pechos, como dos serpientes que se debatieran furiosas. Ni una voz partía de la concurrencia para animar a los gladiadores gauchos.

En todos los juegos del paisano hermético, veíase trascender una tal superioridad que hacía la lucha tristemente desproporcionada. Se veía que postergaba el minuto decisivo y que el indiecito peleaba con miedo.

Don Santiago, que comprendía esto, protestaba en voz muy baja, contra el pulpero:

—¡Pero no tiene vergüenza este trompeta, hacer peliar a semejante chiquilín?

Don Felipe observaba, sonriendo la lucha.

El gaucho jugaba ya con el pobre indiecito, que empezaba a retroceder, amedrentado.

—¡Andá pal media pué! — exclamó el pulpero, empujándolo por la espalda.

Don Santiago se mordió rabiosamente los labios. El indiecito avanzó, miedoso, con tanto miedo que ni atinaba ya a ponerse en guardia. El otro vió que era preciso terminar de una vez; y haciéndole saltar, de un golpe, el cuchillo, le abrió con el suyo, un tajo en la frente. El pobre muchacho, llevóse las manos a la cabeza y fuése a recostar sobre el alambrado.

Don Santiago se apeó, y con los dientes apretados, entró en la "pista", seguido, a la zaga, por don Domingo. El pulpero, distendiéndose una telaraña, se dirigió hacia el herido que sangraba abundantemente.

—A ver, ponete esto — le dijo.

—¡Salga, déjeme señor! — exclamó el muchacho, agitando a uno y otro lado la cabeza, con un tono cargado de reproche.

—¡Pero no sea zonzó, hombre; ponete esto pa que te pare la sangre!

Don Santiago intervino, y empujando con brusquedad al pulpero, que se quedó estupefacto, mirándolo curiosamente, se acercó al indiecito y le dijo, ofreciéndole su pañuelo:

—Tome amigo, séquese esa sangre y no acete cuando algún mal hombre le hace esta clase de propuestas, ques muy triste eso de andar peliándose como los perros.

El muchacho miró, con algo de sorpresa, al desconocido, pero aceptó el pañuelo, y enjugóse con él la sangre, que había empezado ya a cesar.

El pulpero, ante actitud y palabras tales, no supo qué hacer ni qué decir; pero se notaba en él un rabioso desprecio y una lancinante impotencia.

Todos los paisanos, lo miraban también con hostilidad. La intervención de aquel gaucho desconocido, profiriendo esas palabras, no sólo era un reto para el pulpero sino para todos los que con él se hallaban. La imposición de un forastero es siempre mal mirada por los paisanos; ven en ella un menoscabo, una humillación para sus reputaciones de "hombres" y ya no falta quien asuma, por todos, la misión de enfrentarlo para parangonar sus enterezas. Tal debía suceder, pues, con don Santiago.

Cuando, después de fulminar al pulpero con una mirada de reconvencción y de odio, montaba a caballo y partía, seguido de don Domingo, don Felipe, dirigiéndose a un paisano toruno y grandote, a quien debía considerar como el más

capaz, le dijo, mirándolo con los ojos empañados de rencor:

—¿Te animarías a pelearlo a ese guaso?

—¿Y por qué no, señor?; ganas tendría de bajarle el capote.

—Y güeno, entonces no hay más qui hablar; si algún día se presenta otra vez, ahí nomás le pongo el nigocio. Es fuerza dejarle una marca en la jeta pa que aprienda que no somos mocosos pa dejarnos ritar así nomás.

Todos asintieron con un gesto.

Don Felipe, pálido de rabia, empezó a pasearse a lo largo de la cancha, con los puños apretados.

—¡Miren la facha — decía — venir a pecharlo a uno como si fuera un chiquilín! ¿Se dan cuenta? — exclamó luego, deteniéndose y mirando a todos a la cara.

—Debe ser muy gayito el hombre ese — comentaban algunos.

—¿Gayito? — dijo el pulpero — ¿gayito? ¡Cuándo se le baje la cresta va a parecer gallina! ¡Esa es la cosa!

—Y después de otros cuantos paseos a lo largo de la "pista", ordenó, dirigiéndose al negocio:

—¡Vamos! ¡Vení vos, ché, Anselmo!

Anselmo era el gaucho que debía toparse con el resero.

Todos siguieron al patrón de la pulpería, rayando la tierra con las grandes rodajas de sus espuelas y haciendo crujir los chiripaes.

Hablando y bebiendo, junto al mostrador, estuvieron hasta la noche. Una chinita arisca y "con cara de perro", escanciaba las copas, mascullando rezongos a cada gracejo, dirigido por algún paisano que conocía su genio. El gaucho Anselmo se encontraba allí, entre un corro de amigos, que hablaban sobre el posible encuentro. Don Felipe, hundido en un rincón oscuro, sacudía unas bolsas de afrecho, vacías; y algunos gauchos, reían a grandes carcajadas, echando por la boca el humo terroso de sus cigarrillos.

Afuera, la noche era tenebrosa, y el firmamento parecía un estuche de terciopelo, aprisionando miles de rubies rutilantes. Las ranas cantaban en los bajos de los profundos pajonales; y un murciélago se agolpaba a la puerta de la pulpería, procurando la luz. Un ponchazo imprevisto, lo derribó bruscamente, y ya no se vio aparecer más.

Un hombre acababa de desmontar, junto al alambrado, entre la caballada. Nadie debió haberlo oído, porque ni un rostro se asomó a curiosear, por la puerta de la pulpería.

Don Felipe y Anselmo, salían, al rato, en dirección al alambrado oscuro. El gaucho que acababa de aparecerse, los divisó por sobre el lomo de un caballo, y se agazapó convenientemente como para no ser visto. Cuando llegaron al alambrado los dos hombres se detuvieron.

—Mirá — empezó don Felipe, con voz cavernosa — te he llamado aparte pa alvertirte que no te vayas a dejar cortar si llegas a topar con "ese" hombre. No te abatatés y tirálo nomás sin asco, que

cuanti más grande sea el tajo mejor pa vos.

Anselmo lo escuchaba, con la cabeza gacha, golpeándose el extremo de un pie con el tacón del otro.

—Ese hombre debe ser medio diablo; — continuó don Felipe — y quién sabe entuavía, si no es un gaucho ladrón, un cuatrero qui anda por arriarse algunos animales. ¿Lo has visto vos en alguna parte?

—No, señor; hoy es la primera vez que lo veo...

—¿No ves? ¡Güeno, mirá, si llegas a marcar a ese hombre, yo te viá regalar cincuenta pesos redonditos, ¿eh? ¡Cincuenta pesos! Si caí esta noche, esta noche mesma le digo qui hay un hombre que quiere probar la fuerza. ¿Eh?

—Güeno don Felipe güeno.

No hablaron más; y después de echar una mirada a la invulnerable oscuridad de los campos, se encaminaron al negocio.

Don Santiago salió de su escondite. El era el que se había ocultado allí y oído todo el diálogo, con las mandíbulas apretadas y crispadas.

don Felipe, señalando al gaucho Anselmo. Este se acercó, a pasitos menudos; pero el resero, echándole apenas una mirada, se careó con el patrón de la pulpería:

—Güeno; — le dijo — pero yo quisiera que usté salga de juez, porque me está pareciendo que debe ser un hombre muy güeno y muy justo.

El pulpero lo miró, algo sorprendido.

—Sí, señor, siempre he sido el juez de las peleas y en ésta siento doble placer de serlo...

—¡Ah, güeno! ¿Y cuándo quiere que nos topeemos?

—¿Y? Mañana nomás, sino le es molestia... — respondió don Felipe, mirando de reojo a Anselmo, que en ese momento se acercaba.

—¡Oiga, aparcero! — dijo don Santiago, dirigiéndose a él — El hombre — y señaló al pulpero — ha determinao que pa mañana se añude el trance? ¿Está conforme?

El gaucho se turbó un poco; miró fijamente al resero, y luego respondió:

truído, en parte, por el espeso colchón de paja alta.

El sol caía a plomo sobre los campos desiertos, bañados todos de irradiaciones violentas.

Un jinete apareció, de pronto, recortándose nítido sobre el horizonte. Avanzaba al tranco, castigando suavemente el anca de su caballo con la lonja de su rebenque. Todos lo divisaron.

—¡Ahí viene! — dijeron algunos.

—¡Ajá!

La aparición del resero, produjo en los paisanos un brusco movimiento de turbación instintiva; todos se removieron en sus asientos, y los que estaban montados, hicieron girar sobre las patas a sus caballos.

Nadie lo seguía.

Don Felipe se dirigió a Anselmo.

—Ya sabés, — le dijo — no te me vayas a dejar cortar.

—¡Oh, pierda cuidado!

Don Santiago se aproximó bruscamente, en su cabalgadura, dando las "güenas tardes". Todos respondieron con un tono hostil y sordo.

Se apeó, se puso, tranquilamente, a ajustar la sobrecincha, y luego entró a la cancha, haciendo sonar las espuelas. Caminaba despaciosamente; y su contextura vigorosa y su elegancia típica de gaucho tenía algo de desazonante y respetable. Fulminó al pulpero con una mirada furibunda, y con sereno ademán sacó su cuchillo.

—Ya estoy presto — dijo.

Ante rapidez tan imprevista, el gaucho Anselmo se sintió un poco confundido; pero, sacando también su cuchillo, se encaminó al encuentro de su adversario.

Se aguardaba la señal de combate. Don Felipe avanzó con solemnidad de juez; se colocó entre ellos; con los brazos abiertos, como alas, marcó la distancia de separación reglamentaria, y, cuando, retirándose un poco, para dejar frente a frente a los contrincantes, dió la voz de: ¡aura! un puñal, el puñal del tropero, se hundía en su cuerpo y lo derribaba, bañado en sangre, entre una queja desgarradora.

—¡Tomá m...!

Todos quedaron estupefactos, como alelados. Anselmo, con el cuchillo aún en la mano, miraba al caído, que sangraba abundantemente por el costado izquierdo, y no atinaba a otra cosa. Nadie se movió de su sitio, para socorrer al herido.

El resero, sin proferir una palabra, después de limpiar la hoja ensangrentada contra el cañón de su bota, la envainó tranquilamente, y trasponiendo el alambrado, se encaminó hacia su caballo. Nadie intentó detenerlo. Montó de un salto; tomó las riendas en sus manos, y dijo, dirigiéndose a Anselmo:

—Récenle un padrenuestro, pa que no vaya a penar a los infiernos.

Asestó un lonjazo a su caballo, y partió al galope, desapareciendo al instante, tras la cortina gris de los altos pajonales.

Ultimo Modelo Máquina "UNDERWOOD" PORTATIL

Portatil de 4 hileras en un todo igual a la de tamaño grande.



Pidan Catálogo

\$ 198 ^m/_n al contado

\$ 220 en 10 mensualidades

Unicos Importadores:

Arturo W. Boote & Cia.

Sarmiento 478

U. T. 1020 Av. Buenos Aires

dos los puños, para retraer las ansias de estrangular al pulpero; pero una idea más luminosa había brotado en su mente; y se dirigió con resolución a la pulpería. Encontró torvamente, sin dar las buenas noches. Un sentimiento de sorpresa plegó todos los labios, por espacio de algunos segundos; y don Felipe arrojó sobre el desconocido una mirada de odio y rencor fulminantes.

El resero se acercó al mostrador, a fin de tomar una copita de caña y ponerse a disposición de lo que debía decirle el pulpero. Este, cambió con Anselmo, que observaba desde allá lejos, una mirada de inteligencia.

—Vea, señor — le dijo al servirle la copa, tratando de imprimir a la voz una melifluidad hipócrita — aquí hay un hombre que dende que lo vido hoy en la cancha, se consume en deseos de enfrentarse con usté.

Me está mal en decirlo ¿no? yo que no lo conozco, pero...

—Usté que se ocupa de andar acariciando las noticias — interrumpió el resero, con ironía y contenida cólera — dígame nomás al hombre ese que cuando quiera verme la cara frente a frente, yo estoy a su disposición...

—Aquel es el hombre — dijo

—Sí, señor ¡cómo no!

—Entonces hasta mañana ¿no? ¡Güenas noches!

Y sin más, salió del negocio, dejándolos a todos estupefactos.

III

El "riñadero" de la pulpería se iba llenando de gente, entusiasmada por la perspectiva de la pelea.

Desde mucho antes de medio día, los gauchos habían ido ocupando los bancos y anticipando conjeturas sobre la suerte del "duelo". Algunos se declaraban de lleno por la vaquía de Anselmo, y otros, con ese temor receloso que se muestra siempre por un desconocido que se va a batir, no se animaban a depositar explícitamente su confianza en uno o en otro.

Unos gauchos, para distraer la atención general, se habían puesto a hacer clavadas de cuchillo en medio de la "pista".

Don Felipe apareció de pronto con Anselmo.

—¿No ha llegao el otro? — preguntó, buscando con la vista en derredor.

—No, señor — respondieron varias voces.

—No vaya a ser que resulten puras lenguadas — murmuró al rato, escudriñando el horizonte, obs-



Se han traducido al castellano los libros en que el doctor Cabanés intenta comprobar en hechos históricos la inmutabilidad y la inextinguibilidad de las leyes biológicas que rigen a la especie humana.

Cierto que el doctor Cabanés no ha sometido solamente a los rigores de su análisis la aplicación de las leyes biológicas de la herencia en familias determinadas. También hay una neurosis revolucionaria; también locos, descendientes de degenerados burgueses, de aventureros pobres, hicieron a las naciones soportar sus taras, sus depravaciones, sus manías, sus pasiones desordenadas... En la Revolución francesa, en el enloquecimiento napoleónico, corre la sangre del pueblo a raudales, se consumen las riquezas de la nación sin cuento y sin medida porque una manada de locos desatados, de neuróticos incurables, de enfermos de cerebro y de corazón y de la medula espinal se apoderaron de la gobernación del país... Y todavía el país proclamaba como glorias nacionales y muestra a las generaciones sucesivas como ejemplo las disparatadas y desenfrenadas acciones de aquellos enjambres de locos que preparan el advenimiento y entronizamiento de Napoleón, el más grande y disparatado loco de todos ellos.

Así, el doctor Cabanés va reparando con prudente equidad sus disolventes doctrinas, que imponen el examen medicolegal, el análisis psicotécnico como fundamento inexcusable de todo régimen de gobierno. Comprobando sus doctrinas, ved aquí en este Francisco Carlos José, de quien pudiéramos conmemorar estos días el cincuentenario de su muerte, el origen de todas las desdichas que hicieron padecer extremadas penas a una gran familia, extremadas angustias a un gran pueblo y guerras y desolaciones a Europa entera y aun a América misma. Y he aquí que hombre que tal daño ocasionara con las misteriosas taras de su sangre era alegre y decididor, bueno y apacible, sencillo y humilde, afable y llano, de corazón misericordioso, de voluntad abnegada... Puestos a seguir a estos sabios biólogos, ¿no será que la virtud también es una forma de la locura?...

Este Francisco Carlos José es hijo de Francisco II de Alemania y I de Austria; hermano segundón de Fernando I, Emperador de Austria; es hermano también de María Luisa y, por lo tanto, cuñado de Napoleón el Grande. Asiste impasible al espectáculo de las revoluciones, de las guerras, del saldo de tronos y coronas con que el siglo XVIII al acabar y el XIX en su comienzo quieren hacer una Europa nueva. Ha visto el desmembramiento de Alemania y Austria, el hundimiento de dos dinastías en Francia, sin que su espíritu se inquietara con la más leve turbación. Un día de 1848 recibió en su residencia la visita del príncipe Schwartzemberg, quien le comunicó que su hermano se veía obligado a abdicar el cetro imperial, sin otra solución ya para aplacar los dis-

Pasados cincuenta años

El neurótico que no quiso ser emperador

turbios que provocara en el Imperio su torpeza, y le rogó que se dispusiera a instalarse en el trono.

—Soy un buen ciudadano de Viena—respondió al emisario—, y haría muy mal Emperador.

Se negó a aceptar la corona. Tenía entonces cuarenta y seis años. ¿Qué había hecho durante su vida? Ya lo dijo gráficamente: "Ser un buen ciudadano de Viena." Gustaba poco de las ceremonias de la corte. Contadas veces se le veía en ella, y sólo entonces vestía alguno de los uniformes militares que, como archiduque, tenía derecho a

Durante el día organizaba partidas de campo, visitaba los estudios de los pintores y escultores, asistía a casa de los músicos, que le ofrecían las primicias de sus composiciones. Y también amaba la escultura femenina como una de las bellas artes... Su más desenfrenada afición, su pasión más exaltada, consistía en asistir a los bailes de máscara, en auge asombroso entre todas las clases sociales de Europa entera... Gustaba de mezclarse al torbellino de los disfraces y gozaba escuchando las bromas cariñosas, las ofrendas del



EL JEFE DE LA DILIGENCIA. — ¿En qué clase viaja usted?

EL VIAJERO. — Pero si no hay más que una clase.

—Eso se cree usted. Al llegar a una cuesta, los de primera se quedan en el coche, los de segunda se echan abajo y andan y los de tercera se echan abajo y tiran.

usar. A diario se le veía pasear a pie por las calles de la capital, entrar en sus casinos, sus tiendas y sus teatros, mezclado con los demás burgueses y vistiendo como ellos levita negra y pantalón de color oscuro. En la mano, un grueso bastón...

Muy joven aun se enamoró rendidamente, como cualquier romántico aprendiz de poeta, de la archiduquesa Sofía. Se casó con ella y la adoró y fué felicísimo a su lado casi medio siglo. Cuando murió la esposa amada perdió Francisco Carlos su jovial alegría característica.

—La seguiré bien pronto — exclamaba.

Y, en efecto, sobrevivió tres años en su viudez.

Este marido feliz era, sin embargo, al par un buen ciudadano de Viena. Tenía su palco proscenio en la Opera, en el Burgtheater, en todos los espectáculos, donde concurría con la puntualidad de un *dilettante*. Apasionado por las bellas artes y aficionado al trato de los artistas, era frecuente verlo en los entreactos, de bastidores adentro, recorriendo los cuartos de cantantes y comediantes.

cariño que le tenían las vienesas y del afecto que le profesaban los vieneses... La archiduquesa Sofía era una dama bondadosa y comprensiva, inteligente y disculpadora, que sonreía y amparaba benévola las debilidades del esposo amado, tan noble, tan caballero.

Cuando renunció a la corona en 1848, fué proclamado Emperador su hijo Francisco José, que contaba diez y siete años... Ambición, anhelos de más extensas dominaciones territoriales, de intervenciones territoriales, de intervenciones en los asuntos de las demás naciones, de provocación de guerras... Ya la neurosis apacible, sensual, un poco egoísta, del antecesor se va revelando. Y he aquí al hijo segundo, Maximiliano, enloquecido también por el afán de soberanía y dominio, corriendo a Méjico en busca de la muerte... Y he aquí, finalmente, al nieto, el príncipe imperial Rodolfo, en quien resurge el alegre ciudadano de Viena, que pone término con un pistoletazo, traedor de la muerte, a un romántico idilio amoroso...

Francisco Carlos vivió hasta 1878 sin participar apenas en la vida de la corte de su hijo, y sin

que ninguna adversidad influyera en sus costumbres y en su modo de ser. Hasta los setenta y cinco años, este noble anciano conservó la apostura gentil de su mocedad, las maneras afables y acogedoras, la sencillez y la llaneza resguardadas con una grave dignidad, la sonrisa bondadosa que apenas encubrían las patillas, blancas como nieve, que daban singular belleza a su rostro de anciano.

Hasta la hora en que murió siguió siendo el buen ciudadano de Viena; paseaba a pie por las amplias avenidas los días soleados, y los vieneses, que lo amaban, se descubrían a su paso. Francisco Carlos respondía desotándose también de aquel sombrero de copa alta y alas anchas que, como sus patillas, como sus levitas, como sus chalecos bordados con florecillas de vivos colores, y sus corbatas ostentosas, tomaban como modelo de modas todos los elegantes de Europa... Cuando el archiduque paseaba en coche y se adentraba por los barrios populares, las muchachas corrían para verlo bien, para saludarle efusivamente... Meses antes de morir seguía concurriendo a sus palcos en los teatros. Coincidiendo alguna vez con Francisco José, se originaba una escena conmovedora: el Emperador abandonaba su palco e iba al lado de su padre. Francisco Carlos se ponía de pie, hacía una leve reverencia ante su hijo y luego le daba la mano a besar. Francisco José, que profesaba a su padre un acendrado amor filial y una honda gratitud por haberle cedido la corona que ambicionaba, le abrazaba con evidentes muestras de ternura... Y el público, conmovido, ponía término a la escena aplaudiendo y vitoreando al querido archiduque. Meses antes de morir seguía aceptando el patronato de todos los bailes de máscara que se organizaban con fines benéficos en la corte y fuera de Palacio. No se prestaba ya a hacer unas figuras de rigodón o saltarinear pasos de valse, como antaño hiciera con la gentileza del mejor danzarín; pero gustaba aun de mezclarse entre los grupos y de que lindas mascaritas lo detuvieran a su paso y le dijeran frases amables... Las pobres, ya en estas postrimerías del archiduque, envidiaban a sus madres, que pudieron bailar con él, escuchar sus cortesías madrigalescas y amar unos minutos al más acabado y singular caballero de su época, que todos admiraban y aplaudían, sin advertir que aquel deseo de renunciamento, aquel afán de no ser, aquella vanidad de mostrar que no la tenía, aquel esfuerzo de toda una vida por confundirse con la muchedumbre de los ciudadanos, eran muestras y pruebas de la neurosis larvada que había de transmitirse en herencia y encender guerras, procurar muertes y llevar desolación y exterminio, no ya al propio territorio, sino a naciones lejanas y a tierras remotas en todo el orbe...

Dionisio PEREZ.

La hija del muhezín

Por Carlos V. Dumont

I

Fué en un zoco que se celebraba en las afueras de la ciudad santa de Xexauén, donde el capitán Ramiro de Montesa conoció a Yibrahila.

Brillaba el cielo con ese azul intenso y único de los climas calientes y el Sol del mediodía iba poniendo tonos anaranjados en las cazuelas y tinajas de moruna alfarería, en el pan moreno, en las oscuras yilabas y en los rostros bronceados de toda aquella abigarrada y pintoresca muchedumbre que pregonaba con raras estridencais la bondad de su mercancía.

En un "hanút" (tienda) especie de covacha situada en un hueco de las murallas, la gente se atropellaba jadeante, por adquirir alhajas baratas que un judío de barba blanca y negra túnica, ofrecía a los incautos musulmanes.

Pasaba por allí el valeroso Don Ramiro de Montesa, capitán de la "mía" de guarnición de Xexauén cuando aquel grupo de impacientes compradores, deslumbrados por el falso brillo de las baratijas del judío, intentó un saqueo, produciéndose un tumulto entre los que pugnaban por entrar y los que se hallaban en el interior del "hanút".

Un angustioso grito de mujer, se dejó oír por encima de aquella batahola y el capitán Ramiro, impulsado por sus sentimientos caballerescos, reflejándose en sus ojos el espíritu impetuoso y temerario del ilustre manchego, puso mano a la espada y a cintarazos se abrió paso hasta llegar a la puerta del tenducho. Arabes, rifeños, bereberes y yebalas dejaron, apresuradamente, libye la entrada y poseídos de un temor respetuoso exclamaron:— ¡El león de Alkazár! Buena parte de ellos conocían las hazañas de aquel bravo "nazreni" que, con un puñado de valientes, había quebrado, a las puertas de la ciudad inviolable, el prestigio y poderío del más tenaz de los caudillos rifeños.

Al entrar en la zahurda del hebreo, vió a una mujer árabe semidesvanecida y a quien el temeroso hijo de Israel, sostenía mientras invocaba, tembloroso, a los manes de Abraham y de Jacob.

Lo mora tenía los pliegues del "issar" caídos dejándole el rostro al descubierto. Era éste de una blancura transparente, los labios finos y rojos, las cejas formaban dos arcos perfectos que realzaban el encanto de sus ojos negros, agrandados por las sombras artificiales del "kohol".

Ramiro quedó suspenso ante la delicada belleza de la mora. Esta al ver que un cristiano la contemplaba, reaccionó nerviosa y ruborizada, componiendo rápidamente su tocado y ocultando el rostro entre las complicadas vueltas de su albo jaique, salió del "hanut" con paso presuroso, para correr luego al lado de la muralla, donde la sombra de

su silueta agrandada, se recortaba como un gigante guardián que la siguiera para protegerla.

El capitán fué distraído de su arrobamiento por la chillona voz del judío que, sonriendo socarronamente, exclamó:— "¡Es la hija del muhezín de Xexauén... vive en una casita blanca... que se comunica con la mezquita!" y sus manos sarmentosas se alisaban la des-

Yibrahila vivía, efectivamente, en una casita blanca de almenada azotea, donde por las tardes subía acompañada de la negra Felala, á regar sus macetas de geranios, albahacas y yerbabuena. Luego se sentaba en el pretil y contemplaba, extática, la inmensidad de aquel cielo diáfano en el que los destellos metálicos de las primeras estrellas parecían reflejarse en el deslumbrante y misterioso abismo de sus ojos negros.

Fué allí donde la hallara el apuesto "nazreni", Yibrahila no huyó... lo amaba con toda la fuerza de sus veinte años, con todo el ímpetu y el fuego de su raza, desde aquella mañana del zoco.

La negra Felala se encargó de proteger los amores de su ama a quien idolatraba. Muchas veces, an-

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior y maduro

por su pequeñez. En una espaciosa alcoba y á la débil luz de los candiles de aceite perfumado, Yibrahila y Ramiro, se entregaban, radiantes de felicidad, á sus pláticas amorosas, sellando las entrevistas con beso largo y ardiente como aquel primero en que se habían derrumbado las débiles defensas del pudor de la bella islamita.

III

El capitán fué paulatinamente mermando sus visitas, hasta abandonarlas por completo. Aquello fué para su lista de amador, un capricho... un deseo más... lo saboreó... se hastió y ahora lo arrancaba de su cerebro para arrojarlo, con fastidio, al zurrón de las cosas que fueron.

Yibrahila supo por Felala, que su "habib" su apuesto y hermoso "nazreni" se casaba con una mujer de su raza y religión y la bella hija del muhezín apretó los dientes, púsose intensamente pálida, cruzando por sus ojos un fulgor siniestro.

Hacia algunos días que en Xexauén, notábase un movimiento inusitado. En el barrio moro numerosos grupos parecían conspirar. Se decía que hasta en la casa del propio muhezín, entraba y salía gente sospechosa.

En estas circunstancias, recibió el capitán Ramiro, escrito en un tosco pedazo de papel, un último ruego de Yibrahila incitándolo á que fuera á verla.

Era ya media noche cuando el capitán fué introducido por la negra, ésta vez por la entrada principal. La puerta se cerró con estrépito. Parecía una señal. Apareció Yibrahila en el patio y tendió a Ramiro los brazos, sus ojos brillaban de una manera extraña. Ramiro intentó una disculpa pero ella, tomándole de una mano, se llevó un dedo a los labios recomendándole silencio, mientras esbozaba una sonrisa indefinible.

Apenas el capitán traspuso el umbral cubierto con un tapete rojo y entraba en un cuarto alumbrado profusamente con velones multicolores, hendió el aire, el silbido de dos "gumías" que cayeron con fuerza de catapultas, sobre el pecho del militar.

Ramiro de Montesa rodó sin vida sobre la estera que cubría las losas del cuarto.

Yibrahila... la cabellera suelta, la mirada extraviada... besaba frenéticamente aquellos ojos cerrados para siempre... aquellos labios pálidos á los que amó tanto... á los que amaba aún... y lloraba... reía... cantaba... mientras gritaba: ¡Es mío... mío... sólo! y su cuerpo se estremecía en convulsiones de extrañas voluptuosidades, como el de Salomé trágica, ante los despojos del Bautista.

CREPÚSCULO

En la ventana
tu bata asomaba mucha luz,
y la sensación de rojo de tu boca,
era tan fuerte
que ataba los ojos.

Muchas violetas
se marchitaban entre los yuyos.

Tus ojos sembraban melancolía
mientras los pájaros corrían en el cielo.
Algunas hebras de sol aún
pendían de los árboles
anudados de flores nuevas.
Tu blusa de percal rosado
asomaba mucha luz en la ventana
mientras yo recogía
las semillas de tus sonrisas.
La tarde ponía un ancla amarilla
en la pupila lánguida del horizonte
Dos muchachos pasaban silbando
mientras tu alma se desnudaba
lenta en el paisaje
La blancura de tu carne
galopaba mi sangre
con alegres señales.

Así por un caminito,
huraño entre los pastos
me fuí alejando,
mientras pensaba
en la amistad de mi casa.

La luna ya estaba en la noche,
que los perros rayaban de ladridos,
y mientras iba pensando,
como un puñadito delicioso
me llevaba tu imagen en mis ojos.

Juan M. FILARTIGAS

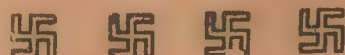
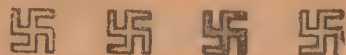
greñada barba, como esperando quizás el pago de la confidencia.

II

El asedio del capitán para conseguir una entrevista con la bella musulmana, fué de una tenacidad heroica. Demasiado sabía él que en las tenebrosas callejuelas de Xexauén, el puñal enemigo acechaba en la sombra, pero desafiaba todos los peligros.

te las audacias de Yibrahila... insinuó el peligro, el castigo... y la joven temblaba a pesar suyo. Lo había oído muchas veces... á los viejos "tálebs", á su padre, en las "kásidas" que cantaban los "xeijes" y ante sus ojos, que dilataba el espanto, surgía la terrible visión. Descubierta, sería emparedada viva.

La vieja esclava introducía a Ramiro por una puertecilla secreta que los europeos llaman "gatera"



Squib Baxter, el joven y despedido ayudante de Dereck Lawson, el detective, se hallaba ocupado en su tarea cuando se presentaron en su oficina Lord Lesley y su secretario. El aristócrata había prevenido ya con anticipación que visitaría a aquella hora al famoso detective.

El hecho de que Lord Leslie apareciera tranquilo y aún sonriente demostró al experto perseguidor de delincuentes que no se trataba de un asunto de suma gravedad. Cuando todos estuvieron instalados y Squib había preparado su anotador para tomar los apuntes necesarios, Dereck inició la conversación preguntando al visitante que motivo era el que le llevaba.

Con una sonrisa Lord Leslie hizo señas a su secretario, quien inmediatamente sacó del bolsillo un paquete alargado. El aristócrata lo desató y un instante después quedaba a la vista un admirable collar de brillantes.

—Lo he comprado hoy mismo — manifestó Lord Leslie. — Es un regalo que le hago a mi hija. Como usted sabrá, probablemente, mañana es presentada en la Corte y deseo que conserve un buen recuerdo de hecho de tanta importancia. Supongo que el regalo ha de agrada-la.

—Así lo espero. Son unos brillantes admirables. Yo no soy muy experto en esta clase de joyas pero calculo que han de valer bien sus cincuenta mil libras.

—Está usted muy acertado, señor Lawson.

—Pero si Delia, mi hija, está contenta con el regalo, doy por bien empleado el dinero. Usted se preguntará que es lo que tiene que ver con este asunto. Voy a explicárselo. Deseo que la joya quede bajo su vigilancia hasta que llegue el momento de emplearla. Mañana a la noche la lleva a mi casa.

El detective asintió con un movimiento de cabeza, pero no dijo nada. Lord Leslie continuó:

—Como yo daré una reunión preliminar en mi casa y en esa clase de fiestas no ignora usted que suelen introducirse personas desde todo punto de vista indeseables, a fin de evitar que el collar pueda ser robado le estimaré quiera asistir usted también y ejercer la necesaria vigilancia.

—Perfectamente, señor, — dijo Dereck. — Creo que la joya estará en seguridad en mi casa y yo la llevaré a la suya cuando sea necesario.

El detective se puso de pie y llevó el estuche con su deslumbrante contenido hasta su caja de hierro y luego escribió cuidadosamente un recibo que alargó a Lord Leslie.

—No es necesario, señor Dereck, — exclamó el aristócrata sonriendo. — Su reputación me basta. Sin embargo usted sabe mejor que yo lo que debe hacer.

—Nunca son suficientes las medidas que se tomen en lo que se refiere a joyas que, como ésta, representan una pequeña fortuna, — dijo Dereck. — Hasta confiar en mi palabra puede constituir un error. Tenga, pues, un recibo en debida forma y yo acepto todas las responsabilidades respecto a la valiosa joya. Buenos días y hasta mañana.

Después de un efusivo apretón de manos, Squib acompañó a los visitantes hasta la puerta.

El collar de Lady Delia

Un asunto de responsabilidad

El hecho de tener guardada en su caja una pequeña fortuna no impidió a Dereck continuar su labor diaria, y cuando a la hora de almorzar salió tuvo la precaución de dejar a Squib un revólver cargado con el que debía hacer frente en caso de necesidad a cualquiera que intentase atacarlo.

Pero no ocurrió nada respecto al collar, hasta ya avanzada la tarde.

La campanilla del teléfono sonó y el detective atendió el llamado.

—¿Es usted Lawson? — dijo una voz al otro extremo de la línea. Lord Leslie habla. Es acerca del collar, Lawson. He cambiado de modo de pensar. Mi hija no es partidaria de que gaste esa suma en diamantes y voy a devolver el collar. Lamento haberle molestado, Lawson, pero usted sabe que es un privilegio femenino cambiar de

DUELO DE DON QUIJOTE

Don Quijote, maestro en la locura razonable y la sublime cordura, tiene en su historia una página que aquí es necesario recordar. ¿Y habrá en él acción o concepto que no entrañe un significado inmortal, una enseñanza? ¿Habrá paso de los que dió por el mundo que no equivalga a mil pasos hacia arriba, hacia allí donde nuestro juicio marra y nuestra prudencia estorba?... Vencido Don Quijote en singular contienda por el caballero de la Blanca Luna, queda obligado, según la tradición del desafío, a desistir por cierto tiempo de sus andanzas y dar tregua a su pasión de aventuras. Don Quijote, que hubiera deseado perder, por el combate, la vida, acata el compromiso de honor. Resuelto, aunque no resignado, toma el camino de su aldea. "Cuando era, dice, caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora, cuando soy escudero pedestre acreditaré mis palabras cumpliendo la que di de mi promesa". Llega con Sancho al prado donde en otra ocasión habían visto unos pastores dedicados a imitar la vida de la Arcadia, y allí una idea levanta el ánimo del vencido caballero, como fermento de sus melancolías. Dirigiéndose a su acompañante, le hace proposición de que mientras cumplen el plazo de su forzoso retraimiento, se consagren ambos a la vida pastoril, y arrullados por música de rabeles, gaitas y albugues, concierten una viva y deleitosa Arcadia en el corazón de aquella soledad humana. Allí les darán "sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizados los extendidos prados, aliento el aire claro y puro; luz la luna y las estrellas, a pesar de la oscuridad de la noche; gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos en que podrán hacerse eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos... ¿Entiendes la trascendental belleza de este acuerdo? La condena de abandonar por cierto espacio de tiempo su ideal de vida no mueve a Don Quijote ni a la rebelión contra la obediencia que le impone el honor, ni a la tristeza quejumbrosa y baldía, ni a conformarse en quietud trivial y prosaica. Busca la manera de dar a su existencia una nueva razón ideal. Convierte el castigo de su vencimiento en proporción de gustar una poesía y una hermosura nuevas. Propende desde aquel punto a la idealidad de la quietud, como hasta entonces había propendido a la idealidad de la acción y la aventura. Dentro de las condiciones de que el mal hado le ha puesto, quiere mostrar que el mal hado podrá negarle un género de gloria, el preferido y ya en vías de lograrse; mas no podrá restañar la vena ardiente que brota de su alma, anegándola de superiores anhelos; vena capaz siempre de encontrar o labrar el cauce por donde tienda a su fin, entre las bajas realidades del mundo.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

parecer. Voy a enviar a Sanders, mi secretario, él le entregará el recibo y usted le dá el collar. Está de acuerdo, Lawson?

—Completamente, señor. Mi escritorio estará abierto una o dos horas todavía, y esperaré la llegada de su secretario para entregarle personalmente el collar.

Dereck colgó el receptor telefónico y dirigió una mirada hacia la caja que contenía el collar de cincuenta mil libras.

—Como dije a Lord Leslie uno no toma nunca bastantes precauciones cuando de joyas tan valiosas como esa se trata. Voy a confirmar la devolución del collar hablando a los joyeros que lo han vendido y preguntándoles si han convenido en su devolución.

Momentos después el detective, obtenida la comunicación que deseaba, fruncía el entrecejo al responderle el propietario de la joyería a una pregunta que le hizo, después de darse a conocer. Pero en seguida, una sonrisa desplegó sus labios.

Se produjo en aquel momento una ligadura en la línea y el detective oyó que alguien pronunciaba su nombre y decía algo que le interesó escuchar hasta el final. Tomó algunas notas y luego llamó a Squib.

—Estoy esperando a un visitante — dijo a su empleado. — Será el secretario de Lord Leslie, o alguien que se hará pasar por él. Sea quien fuere sin que hablemos una palabra más del asunto deseo que se convierta en la sombra de ese hombre en cuanto salga de la oficina y no se aparte de él hasta que yo le diga personalmente lo contrario.

—Perfectamente, señor. ¿Se trata de algo del collar?

—Así lo creo. No se olvide de lo que le he dicho y tenga listo el revólver por lo que pudiera ocurrir.

*

DOBLE ENGAÑO

Poco menos de una hora después, Squib vio entrar en la oficina a un hombre de elevada estatura.

Dereck lo hizo sentarse cuando llegó frente a él. El recién llegado era, realmente, Sanders, el secretario de Lord Leslie, cosa que le extrañó, pues esperaba hallarse ante un desconocido disfrazado para parecer el secretario. Pero no había duda posible, era el mismo, y Dereck lo comprobó así.

—Como Lord Leslie ha dicho muy bien, es privilegio femenino eso de cambiar de parecer, señor Sanders — dijo el detective sonriendo. — ¿Tiene usted mi recibo? Perfectamente. Aquí están los diamantes. Gracias.

Le pareció a Dereck que el secretario temblaba ligeramente cuando recibió el estuche del collar, pero si estaba nervioso no lo demostraba en su cara.

El secretario escribió apresuradamente un recibo, justificando la entrega del collar, y después de estrechar la mano de éste salió de la casa. Dereck lo contempló por unos instantes mientras veía que Squib se disponía a seguirle.

Cuando quedó solo en el escritorio realizó algunos trabajos, y luego salió apresuradamente y marchó hasta que en una esquina cerca de la casa vio a su emplea-

do y en la acera de enfrente se hallaba el secretario esperando un automóvil.

—Vuelve a casa Squib y si alguien llama aléjalo. Unicamente Lord Leslie puede verme. Si está excitado trata de calmarlo. Si alguien trata de llegar a la caja, usa el revólver.

Squib, un tanto intrigado, pues no acababa de darse cuenta exacta de lo que estaba ocurriendo esperó en la oficina sin que apareciese nadie hasta las seis de la tarde.

—¿Dónde está tu jefe?... ¡Me han robado!... Necesito verlo!...

—Mi jefe le ha estado esperando a usted, Lord Leslie. No tardará en volver. Tome asiento y cálmese... Ya me parece que siento sus pasos.

En efecto, Dereck llegaba a su escritorio instantes después y con él llegaba Sanders, el secretario. Pero venía sujeto por la muñeca derecha con unas esposas que mantenía en la mano el detective.

—¡Ah! Está aquí Lord Leslie. Me alegro saber que ha escapado bien. Creía que iba a tener que andar buscándolo por ahí. Pero no se alarme, su atacante se encuentra ya en poder de la policía esperando que vaya usted a hacer la debida denuncia. He traído conmigo a Sanders, su cómplice, para ver que es lo que resuelve usted respecto a él.

—Pero... pero es increíble, señor Lawson — exclamó el Lord. — ¿Cómo sabe usted que he sido atacado y por qué detiene a Sanders? ¿Qué tiene él que ver en todo esto?

—El asunto le parecerá, sin duda extraño — comenzó el detective. — Pero hombre prevenido es a medias vencedor. Una conversación que he oído a medias me puso en conocimiento de que se trataba de robarle a usted el collar que había comprado para su hija.

—No me explico...

—Su secretario me telefoneó, fingiéndose usted, para decirme que había cambiado de parecer y que iba a devolver el collar. Eso despertó inmediatamente mis sospechas. A fin de cerciorarme de lo que decía "usted" hablé con los joyeros, quienes me manifestaron no saber nada. Una providencial ligadura de hilos telefónicos y mi nombre pronunciado durante una conversación entre su secretario y su cómplice me puso al corriente del plan.

Sanders lo llevó, con el pretexto de enseñarle una antigüedad de mérito hasta una tienda situada en un barrio apartado. El cómplice de Sanders ha sido el que lo atacó a usted para robarle el recibo que yo le di, pero él fué el que ha venido aquí por el collar. Yo que lo observaba noté que temblaba al recibir el estuche. Lo dejé salir para poder detener a su cómplice. Ya lo conseguí y está en manos de la policía, en cuanto a él, aquí está esperando su resolución.

Lord Leslie miró severamente a su secretario.

—¿Por qué roban los hombres? — respondió el secretario. — ¿Es justo emplear toda una fortuna en adquirir joyas para una muchacha que está llena de ellas? Con una parte de ese dinero yo podía haber salido del país y vivir bien sin trabajar en otro lugar. He hecho la tentativa y he fracasado. Lawson es listo, muy listo..., pero no ha pensado en una cosa... En que los diamantes han desaparecido para siempre.

Lord Leslie recibió la noticia como un mazazo en la cabeza y Sanders miró descaradamente al detective.

El nos ha detenido a mí y a mi cómplice pero ignora que había una tercera persona que ha marchado hacia París y que es la que llevaba el collar.

es poca, acaso hubiese ocurrido lo que afirma... Pero en realidad él me ha dado un recibo por un collar de diamantes, que no ha recibido, y lo que lleva su cómplice a París... es un estuche vacío... ¡El triunfo de Darek era completo!

Al siguiente día, el detective y

TRIPTIGO

PIEDRAS PRECIOSAS

EL ZAFIRO

El cielo de las noches de Scharazada se ilumina de ensueños en el fulgor del zafiro que enoja la mano helada de una núbil doncella, muerta de amor.

En sus facetas brilla la luz velada de una estrella que llora su desamor y el misterioso encanto que, enamorada, vierte la blanca luna, sobre una flor.

Este poema informe, que el sortilegio de la gema trastoca en canto egregio, el ruiseñor lo dice junto a la fuente,

donde el agua serena se cristaliza, reflejando la imagen que, suavemente, la noche por su espejo claro, desliza...

LA TURQUESA

Su matiz evocaba la diáfana pureza del cielo embalsamado de calma bonancible y el reflejo de un suave mediodía intangible, brillaba en la tersura, sin par, de la turquesa.

Puso en las blancas manos de una ignota princesa, estremecida al soplo de un anhelo imposible, las desmayadas luces de un astro inaccesible, prendado del encanto fatal de su belleza.

Buscando, a sus nostalgias, un venturoso asilo, se durmió la princesa, junto al río tranquilo y la gema, en sus manos, se enfermó de pesar,

volviéndose al instante, como un espejo frío, del color verde claro de las aguas del río que arrastró su cadáver, en las ondas, al mar...

LA ESMERALDA

En el fasto lujurioso de las joyas orientales, la esmeralda, como un sueño de Damasco o de Bagdad, tiene el calmo color verde de los mares tropicales, en las horas que preceden la angustiosa tempestad.

Hay acaso, en sus reflejos, añoranzas ancestrales del ritual iconoclasta de una lúbrica beldad y en la frente de un dios ciego, lo besaron las vestales, conjurando los embates de su trágica maldad.

Se requiebra en sus facetas el diseño caprichoso de jardines dibujados por un gnomo misterioso; en los claros reverberos de sus luces se adivina, de las driadas del bosque y las náyades del mar el secreto que confiaron a su alma cristalina y se escapa como un fluido muy difícil de guardar.

Carlos de ZAVALIA y ZOGHEB

—Lord Leslie. Le aconsejo que no haga mucho caso a las palabras de este hombre que ha perdido toda noción de prudencia. Si yo no hubiera tenido presente que con esa clase de joyas toda precaución

su ayudante concurren al baile y Squib declaró que nunca había visto a una joven tan encantadora como Lady Delia cuyos ojos podrían sólo ser comparados con los destellos de su valioso collar.

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de elisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cía.

Bme. Mitre 1259

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 2589

FARMACOLOGICA

El comprador. — Ha cometido usted una equivocación fatal. Le he pedido a usted quinina y me ha dado estrictina.

El boticario (con calma). — Entonces, me debe usted dos pesos.

ENTRE ANDALUCES

—En mi pueblo, cavando en la tierra, encontraron un alambre, demostración de que allí hubo telégrafo en los tiempos remotos.

—Más científicos son en mi pueblo, que cavan todos los días y no encuentran nada, porque allí, en otros tiempos, usaban telegrafía sin hilos.

HABIA UN IMPEDIMENTO

El cura (a Pedro, que va con una botella de coñac). — ¿Vas a beberte todo eso? No te sienta bien la bebida.

Pedro. — No. La mitad de la botella es para mi amigo.

El cura. — Entonces, ten fuerza de voluntad y tira al suelo la mitad que te corresponde.

Pedro. — Lo siento mucho; pero no es posible, porque la mitad mía es la de la parte de abajo de la botella.

TRANCES PELIGROSOS

—Yo, una vez, caí en una ciénaga y me hundí hasta que el cielo me llegó al cuello.

—Pues yo me ví en un apuro mayor, cuando también caí en un fangal, porque me sumergí hasta los tobillos.

—¡Pero, hombre, eso no tiene nada de peligroso!

—¿Cómo que no! ¡Si me caí de cabeza!

EN EL CAFE

Entra una reunión de amigos y todos piden de beber, menos uno que permanece callado, y al que el camarero interroga:

—¿Qué le sirvo al señor?

—Un vermú.

—¿Con bitter?

—¿Qué convite, ni qué ocho cuartos! ¡Aquí cada uno paga el suyo!

Para FRAY MOCHO

Povina Calvacanti, joven crítico brasileño acaba de publicar un libro a que pocas veces nos tiene acostumbrada la literatura de América. En efecto "Telhado de vidro", reúne seriedad y erudición, independencia y criterio, buen gusto en las apreciaciones, serenidad y equilibrio espiritual. Con sus treinta años, con una juventud gloriosa dedicada al estudio, el brillante colaborador de "Mundo Literário" de Río de Janeiro, revélase en sus condiciones de analista bien orientado, culto y lo que es más con una vasta preparación literaria antigua y moderna.

Su amor a la belleza, su entrañable inclinación al arte, su deseo de deslindar posiciones (Povina es abogado) provoca en sus trabajos esta crítica muy bien encaminada al "modernismo", vieja palabra de la que tanto abusa la crítica del día, crítica ignorante sin horizontes y sin porvenir, llena de compromisos con escuelas y sectas, incapaz de darse un contenido en medio de la gritería de los audaces que quieren llenarlo todo con posturas histéricas, absurdas manifestaciones y gestos poco artísticos. La negación del arte, la negación de todo no podrá como dice Jean Desthieux destruir esta diosa griega poco moderna que permanece griega: la razón.

Povina Calvacanti quiere que reaccionemos contra los modernistas que pretenden crear fuera de las leyes eternas, con la inversión de los fundamentos espirituales de la humanidad, una noción falsa de la inteligencia. Considera el problema desde el punto de vista histórico y americano, atendiendo a su contenido y a sus resultados. Recuerda que en tiempos de Garcilaso ocurrieron tentativas parecidas y que el nombre de Góngora es un simple nombre muerto, conservado por curiosidad. ¡Qué destino diferente el de Homero, Esquilo, Dante y Camoens leídos con encanto en el día, siempre vivos en el gusto de los pueblos. Recuerda a Ronsard y a su gloriosa Pleiade encabezando en Francia una reforma poética (1550) en favor de la oda pindárica, horaciana y anacreóntica. Víctor Hugo mismo en el apogeo del romanticismo no hizo otra cosa que aprovechar el ritmo que Ronsard practicara en tiempos de Carlos IX, Chénier ya lo dijo: "Con pensamientos nuevos hacer versos antiguos."

Este modernismo ruidoso, esta tendencia a los alaridos, no puede ser otra cosa que una transición, que un alto en medio de la vida, una reacción hacia la naturaleza, un deseo de buscar en ella las fuerzas que gastara al fin una inspiración sostenida varios siglos. Pero esta tendencia no es aún la belleza, es la simple anunciación de algo que no se ve, faltan las personalidades vigorosas que redondeen todo esto y produzcan lo que aún esperamos. El proceso se cumple y no es nuevo. Como nuestros modernistas los poetas anteriores a Ennio usaban versos desaliñados y sin arte, cual en otro tiempo decían los faunos y los pontífices en los oráculos sin atender a regla alguna. Si recuerdo estos ejemplos tan antiguos, si hablo así es porque creo sin embargo decir cosas nuevas cuando repito las antiguas y ya desconocidas para muchos. En la escultura nos pasa lo mismo, de-

Crítica del modernismo

seamos las formas rígidas, duras, retrocedemos, estamos más cerca de Canaco, conceptuado por los antiguos como obras que no imitaban la verdad que de Policeto cuyos trabajos lejos de la dureza, piensa Cicerón que se las puede calificar casi de perfectas. Nuestro modernismo procede a la inversa, va de arriba hacia abajo y lo menos que hace es innovar lo que ya la historia del arte nos muestra en esos lejanos tiempos.

Isócrates, Quintiliano y Cicerón muestran en su época dos clases de estilos, el ático y el asiático y uno intermedio el rodio. El primero como distintivo del buen escritor, estilo lleno de conceptos, profundo y sencillo, sin que esto indique que fuera poco adornado, sino en no tener palabra alguna desusada o im-

tos falla el oído, el mejor después de todo, él sabe las expresiones que le ofenden, las ásperas, las suaves, las que le agradan, le hace impresión las vehementes, aprueba las que son ciertas. Hay otros que niegan la elocuencia, no hay elocuencia alguna natural, sino la que se asemeja más al lenguaje ordinario que usamos con los amigos, las mujeres y los hombres, contentándose con explicar sus pensamientos y voluntad, sin discurrir cosa alguna que tenga algún arte ni estudio, dicen que todo lo que se añade a esto es una afectación y una ambiciosa jactancia en el hablar, distante de la verdad e inventado para la gracia del mismo lenguaje, cuyo único y natural oficio es explicar los pensamientos. Estos autores olvidan que su obligación es

PRELUNIO

La noche escribe su inmortal poema
en la cuartilla negra del espacio,
en el que cada verso es un topacio
y cada estrofa un luminoso emblema.

Traza el oriente un colosal dilema
del infinito azul en el palacio:
la sombra peina su cabello lacio,
o la luz prende su triunfal diadema,

Un tenue albor en lontananza pinta
la majestad de una plateada cinta
que disemina su brillante imperio;

la luna, lenta, su fulgor disuelve,
y con su ciencia pálida resuelve
de luz y sombra el eternal misterio...

Ramiro Hernández PORTELA

propia. El otro, estilo especioso y relumbrante (asiático) usado por muchos, afeminador de las ideas y pensamientos. Al primero han pertenecido todos los grandes maestros (Platón, Demóstenes, Pericles, Cicerón, Luciano, Quintiliano), del segundo nada, sólo la referencia escueta de estos. Aproximemos las épocas y el comentario resulta inútil.

Hay modernistas también que hacen estudio de no ser entendidos y esto tampoco es nuevo. Heráclito enseñaba a sus discípulos a explicarse con obscuridad. En fin, también hay quien gusta del efecto de la palabra rara, técnica, privativa de ciertas actividades mecánicas o náuticas. Por mi parte creo que el adorno cuando se emplea debe ser varonil, nervioso y que concilie autoridad, no afeminado, liviano y que insista más en ciertos colores y efectos que en la fuerza del decir.

Estas críticas aproximan nuestra crítica. Como antes tenemos literatos que hacen de la obscuridad una virtud, escritores amontonadores de frases, en la poesía más que en la prosa, aunque las dos se han acercado tanto en algunos, que es imposible individualizarlas. En es-

deleitar, causar diferentes impresiones, mover nuestra emoción depurándola y rectificando sus desbordes. Quieren ir contra la elocuencia esa compañera al decir de Cicerón, de la paz y de la libertad, y como alumna de las ciudades bien constituidas. ¡Qué lejos de esa Grecia y de esa Roma en que Teófrasto y Quintiliano recomendaban la lectura de los poetas porque en estos se aprende viveza en los pensamientos y sublimidad en las palabras! ¡Qué lejos de Isócrates que decía "la poesía es un don de Dios". Los de ahora no miran más que el acopio de palabras raras y peregrinas usadas escasas veces por los grandes autores, por los escogidos cultivadores del arte.

La crítica no es menos lamentable, (1) se elogia por elogiar sin considerar que el elogio es soportable en cuanto el elogiado se reconoce poseedor de las cosas aplaudidas, fuera de esto le son extraños y manifiestan adulación.

Durante la gran guerra, cuentan las crónicas, el General Joffre vencedor del Marne tuvo que sufrir la presencia de toda una serie de periodistas mercenarios, que no vacilaban en compararle a Napoleón, agregando que con su victoria ha-

bía salvado a la humanidad. "Lo que sé, contestó el modesto general es que me he ganado un lugar tranquilo en los Pirineos." Al rechazar todo esto dió prueba de gran sensatez, y de que tenía un alma espléndida.

Nada es más difícil que atinar con lo que conviene, con eso que Cicerón llamaba decoro. No toda postura, no todo honor y autoridad, no todo lugar, tiempo u oyente pueden ser tratados con el mismo género de palabras o de sentencias. Es menester distinguir, es necesario saber aplicar los juicios que convienen a la materia tratada. Cuando inconscientemente dan aplausos y excitan el entusiasmo de los malos escritores, ¡Qué de tinieblas echan sobre el espíritu, que de pasiones inflaman! Esta mala crítica parece que prometiera cosas muy grandes y concluye por ocuparse de las más pequeñas. ¿Qué hay en efecto más grande que la crítica y que más pequeño que fijarse en un libro de X por muy interesante que sea para cierto público? La crítica se ha vuelto tímida, se rodea de compromisos, ha dejado de ser la orientadora para tornarse una cortesana ruidosa, un apoyo de todo lo audaz y lo que es peor una vocera interesada de todo lo mediocre.

Si digo estas cosas es apremiada por la crisis que nos toma, crisis que es menester vencer y encauzar como quiere Povina, crisis que puede llevarnos a una nueva Edad Media artística y literaria, a la obscuridad y al fracaso. Si digo estas cosas es porque como decía Filoctetes, "vergonzoso es callar cuando hablan los bárbaros".

En el prefacio del hermoso libro de Paul Gauthier, Boutroux escribe: "Desde el punto de vista histórico, la pretensión de crear de la nada una forma concreta, por el solo poder de la emoción parece poco justificado. Porque siempre los apóstoles de las ideas nuevas han comenzado por servirse de la forma que encontraron antes de ellos. El modernismo al querer rechazar todo cae en el vacío y es el vacío sobre el que hace flotar sus peregrinas ocurrencias y la estructura de frases no siempre adecuadas. ¿Qué quieren decir cuando escriben:

Un plano tangencial, o bien: Se fué la luna novia, o sobre el pasto de la sensibilidad, o esta aún peor: La mañana—como pianola oxidada, y para concluir el disparatorio esto otro: el puñal de sol asesina la vidriera de los calendarios".

Todo el libro de Povina es una clara enseñanza, una demostración de la impotencia artística de los que proclaman a todos los vientos del mundo la hora de una renovación que no existe, como si pudieran en el humo que elevan de lo que llaman el arte viejo, darnos siquiera la ilusión de que hay algo concreto detrás de sus alocuciones y de sus locas posturas, cuando solo pugnan por asomarse con una energía y un espíritu que no tienen y que no han tenido jamás.

Julia GARCIA GAMES

Santiago de Chile, Mayo de 1928

(1) Hacen honrosa excepción en Chile, Alone, y Homer Emith en el Brasil Povina Calvacanti y Carlos Rabens, en Argentina Leopoldo Lugones, Manuel María Oliver, Ricardo Rojas etc.

(Continuación de

"Las dos justicias")

a aquellos hombres gordos, pacíficos, de aspecto bondadoso; recordó su sueño, su confianza ciega en el triunfo de la verdad, y pensó que todas las cosas que parecen bellas son falsas.

Se lo llevaron lejos, muy lejos, a unas sainas; le afeitaron el pelo, la barba y los bigotes; le vistieron de rojo y le soldaron una cadena al pie. Durante los primeros tiempos vivía desesperado.

Pero con los años se acostumbró a todo, se resignó y sus recuerdos se fueron borrando; y a veces pensando que en el pueblo hubiese pasado su vejez en la misma negra miseria, se consolaba viéndola asegurada.

El tío Quircu trabó amistad entre sus compañeros de desventuras, con otro sardo, un viejecito que apenas le llegaba a la cintura, con una cara pequeña, en donde estaban hundidos dos ojillos de un azul muy vivo.

Era natural de un pueblo vecino al del tío Quircu, y se llamaba el tío Pretu (Pedro). Era un vejete alegre, despreocupado y embustero; después de haber hecho creer a sus compañeros las cosas más maravillosas, se reía a carcajadas diciendo que todas sus historias eran patrañas. Sin embargo, cuando decía alguna verdad su acento era tal que se imponía; pero la verdad, el tío Pretu, la decía raras veces y sólo a unos pocos. Con unas cuantas palabras y su acento verídico, contó su historia al tío Quircu después de haber ganado toda su confianza.

—Oye. Yo soy de tal país. Estaba bien, sabes, tenía vacas, colmenas, tierras sembradas de trigo y habas. Pero quería estar mejor. Conocía a un cura muy rico que hasta tenía cubiertos de oro, y con unos cuantos compañeros fuimos a robarle. Empezó a gritar, le pusimos la mano al cuello y se quedó muerto. Estábamos a lo mejor cuando se presentó la justicia; pum, pum, tiro de aquí, tiro de allá. Tuvimos que huir, pero uno de los nuestros quedó en poder de los soldados, y el muy cobarde reveló nuestros nombres. Así es que tuve que echarme al campo, y para que la justicia no se comiera mi hacienda, lo vendí todo, y el dinero lo puse en un cántaro y lo enterré. Después me cogieron.

—¡Oh!—dijo el otro amargamente.—Yo, como tú, también he robado a un hombre y le he asesinado. Con la única diferencia que todo esto me lo atribuyeron ellos sin haberlo hecho.

—¡Eso es una injusticia! Yo he matado de veras, no puedo negarlo. Ya me he arrepentido de ello, porque de este modo lo he perdido todo.

El tío Quircu y el tío Pretu estrecharon una amistad que duró larguísimo tiempo. Eran compañeros de cadena, eran paisanos, hablaban a menudo de su tierra lejana, y les unía también la convicción de que ambos morirían allí; números perdidos en la blanca soledad de las salinas batidas por el mar y por el sol.

El tío Quircu se había vuelto gruñón y provocativo, y su carácter había cambiado por completo.

El tío Quircu se puso gris, su pecho se fué hundiéndose y su cuerpo encorvándose. El tío Pretu era decrepito, pero no parecía mucho más viejo que su compañero.

Por fin llegó un día en que sucedió un hecho extraordinario. El tío Quircu fué llamado por el director del establecimiento penal. Se presentó algo asustado, pues nunca le había sucedido cosa parecida. El director le dijo:

—Ahora que han pasado tantos años y ya es usted viejo, puede decir la verdad. ¿Ha cometido el delito, sí o no? Diga la verdad, toda la verdad. Será un bien para usted; pediremos su indulto y tal vez consiga ir a morir a su pueblo.

El tío Quircu siguió negando con salvaje energía.

que se ha descubierto el verdadero culpable. Verdaderamente no es que lo hayan descubierto: ha confesado; pero para el caso es lo mismo. De modo que puede usted prepararse con ánimo tranquilo a recibir dentro de poco la libertad.

Se fué temblando, y al llegar junto al tío Pretu se echó a llorar, como éste nunca le había visto.

—Bueno, bueno; ¿qué te ha pasado?

—Se ha descubierto al verdadero culpable—respondió el tío Quircu, sollozando y repitiendo las palabras del director—. Verdaderamente ha sido él que, vencido por

—¡Yo no recuerdo ninguna oración!—exclamó el tío Quircu, apesadumbrado—. Yo me he olvidado de Dios, pero Dios no se ha olvidado de mí.

El día mismo de la marcha, el tío Pretu le dijo dónde estaba escondido el cántaro. Se separaron tristemente; aquella era la última pena del tío Pretu, pero sentía algo de consuelo al pensar que antes de morir había hecho el bien a un pobre hombre, sobre el cual Dios había dejado caer su mano. También el tío Quircu marchó tranquilo, pensando en su fama recobrada y en su porvenir asegurado.

Al llegar al pueblo le hicieron muchas limosnas, de las cuales vivió algún tiempo. Pensaba siempre en el cántaro del viejo presidiario, pero no podía ir a desenterrarlo porque se encontraba débil, incapaz de emprender una larga caminata, y antes tenía necesidad de reforzarse. Las limosnas y demostraciones de afecto fueron disminuyendo y acabaron por cesar.

Entonces se puso en marcha en busca del cántaro; el corazón le palpitaba con fuerza al reconocer los lugares donde vivió antes de su desgracia.

Se apoderó de él una misteriosa melancolía; pensaba en el mal carácter adquirido en presidio y en que había desconfiado de la misericordia divina. Pensaba en el tío Pretu, preguntándose instintivamente si no era mucho mejor que él aquel hombre que había cometido un delito y lo expiaba con resignación y actos de bondad.

¡Ah! ¡No! ¡No era posible que encontrase el cántaro, porque no era merecedor de ello! ¡Porque había pecado demasiado! ¡Porque nunca se había confiado en Dios! En seguida se arrepentía de seguir desesperando, y rezaba y volvía a emprender el camino con el mayor aliento.

Al anochecer llegó al punto indicado por el viejo presidiario; era un bosquecillo de álamos, en un sitio bastante desierto.

El tío Quircu había traído un pequeño azadón; lo sacó de debajo de su capote y estuvo buscando durante mucho tiempo un mango cualquiera para adaptárselo; al fin lo encontró y armó el azadón. Después esperó a que saliese la luna. Entretanto, el corazón le palpitaba con fuerza; se trataba de todo su porvenir, de pasar en la más negra miseria el resto de sus días, si Dios no venía en su ayuda. Sentóse en el suelo y escondió la cara entre las manos.

Salió la luna; las hojas del álamo relucían cual si fuesen de plata: el olor húmedo se iba haciendo más fuerte.

El tío Quircu se arrodilló y empezó a cavar, infundiéndole miedo, en aquel infinito silencio solitario, el ruido producido por el azadón. La tierra húmeda, negra, olorosa, iba saliendo, vertiéndose sobre las rodillas del viejo que se inclinaba cada vez más. Por fin el azadón produjo un sonido metálico al chocar con un cuerpo duro. El tío Quircu metió el brazo y tocó el asa del cántaro; en seguida siguió cavando con ardor salvaje, y poco después el cántaro estaba fuera del hoyo. Lo sacudió, y "drin", "drin", hicieron dentro de él las monedas.

Entonces se persignó, y con el rostro hacia el cielo dio gracias a la misericordia divina.

Parecía un viejo salvaje adorando a la luna.

LA MADRE LOCA

Un día que visitaba yo un manicomio, el médico que me acompañaba me dijo:

—Le voy a enseñar una celda donde una mujer de cuarenta años, aún bella, se contempla obstinadamente el rostro en un espejillo de mano.

Desde que nos vió, corrió a buscar un velo y se envolvió la cara.

—¿Cómo estamos hoy? — le preguntó el doctor.

—¡Oh, mal; muy mal! Las señales de la viruela se agrandan más cada día.

—No veo nada — replicó el doctor—. Le aseguro que se equivoca.

Acercóse entonces la loca, para murmurar al oído del médico.

—No; estoy cierta. He contado diez agujeros en la mejilla derecha, cuatro en la izquierda y en la frente. ¡Es horrible, horrible! ¡Ya no me podrá ver nadie; ni mi hijo! ¡Estoy perdida y desfigurada para siempre!

Levantóse el médico, y, saludándola, salimos de su celda.

—Ahora escúcheme la historia de esta desgraciada:

Es viuda. Fué muy bella, muy coqueta, muy amada. Era una de esas mujeres para quienes el deseo de agradar constituye la aspiración de su vida. Tenía un hijo, el cual un día en cama, con viruela.

Apenas lo supo la madre empezó para aquella mujer, consagrada exclusivamente al cuidado de su hermosura, una batalla espantosa.

Desde muy lejos preguntaba a la enfermera que se encargaba de su hijo por la salud de éste. La mujer contestó una vez:

—Muy mal; quiere ver a usted.

—¡Oh, no; eso, no!—respondió ella, y salió corriendo.

Tomó todo género de precauciones. Fué a casa de un farmacéutico y se surtió de toda clase de desinfectantes. Un día, por fin, el médico le dijo:

—Aunque sea por la ventana.

Consintió en ello la madre; la cual se abrigó la cabeza, tomó un pote de sales, dió tres pasos hacia la ventana, y ocultando la cara entre las manos exclamó:

—No; no me atreveré jamás; me muero de miedo.

El moribundo esperó largo rato, con los ojos vueltos hacia la ventana, para ver por última vez el rostro sagrado de su madre; pero esperó en vano; llegó la noche, y entonces, volviéndose hacia la pared, perdió para siempre el uso de la palabra.

Cuando amaneció había muerto.

Al día siguiente su madre estaba loca.

Guy De MAUPASSANT

—No, aunque tuviese que vivir tantos años como granos de arena hay en el mar, y pasarlos siempre aquí, no, yo no he matado a nadie, no, no y no.

Al volver junto al tío Pretu que le esperaba con ansia, le contó encolerizado todo lo sucedido.

—¡Diablo! — dijo el vejete; — ¡cuánta injusticia! Yo, verdaderamente, maté al cura, no puedo negarlo, y si me quieren indultar que me indulten. ¡Pero no es justo que atormenten a un pobre diablo como tú!

El tío Quircu al día siguiente fué de nuevo llamado por el director y de nuevo interrogado.

Estaba viendo que la sangre se le subía a la cabeza; un poco más y se echa sobre el director: ¡le importaba tan poco cuanto pudiesen hacer con él!

—Entonces, siendo así—dijo el director cambiando de tono—sepa

los remordimientos, ha confesado; pero da lo mismo.

El tío Pretu también se echó a llorar. Ambos lloraban de dolor y de alegría al propio tiempo.

—¿Y yo, qué haré sin ti? — preguntó el tío Pretu.

—¿Y yo? — dijo el tío Quircu—. La libertad es una gran cosa, y además, recobraré la fama; pero ahora ya soy muy viejo y no podré trabajar; no podré vivir, no tengo ningún pariente.

—Te darán algo.

—Yo no quiero limosna. ¿Por qué no me dices dónde está tu cántaro?—dijo con triste sonrisa algo irónica.

El rostro de tío Pretu resplandeció.

—¿Y por qué no he de decirte-lo? Tú eres un pobre. Pues si que te lo diré; ya había pensado en ello. Pero quiero que te acuerdes de mí en tus oraciones.

Los juegos infantiles, tienen origen remotísimo. Al recorrer la historia sorprende semejante descubrimiento. Muchos de ellos son tan viejos como la humanidad.

Nacidos en ritos y creencias mágicas, llegaron hasta nosotros transformados por las diversas civilizaciones encontradas a su paso. Por eso son tan ricos de emoción cuando se sabe interrogarlos.

Tan hermoso asunto, amplio, complejo y lleno de dificultades, ha inspirado pacientes investigaciones en gran parte de los países europeos.

"No puede resultar completa una historia de la civilización — afirma Irjo Him — si carece del capítulo consagrado a los juegos.

A continuación estudia sucesivamente algunos de los cuales haremos un ligero resumen.

El *chupete* de cristal o de marfil que se da a los niños al empezar la dentición, le merece algunas observaciones. Durante la Edad Media se fabricaban con dientes de lobo con corales, en la creencia de alejar así los malos espíritus reunidos en torno de la cuna.

Para arrojar los demonios agrebábase una campanilla o cascabeles ruidosos en el extremo del coral.

El más sencillo de los objetos usados por el bebé se transforma luego en el primer juguete: el *sonajero*.

Diversos tipos se han encontrado, uno de los cuales se usa todavía. Consiste en un cascabel redondo con una manilla que solía adornarse con campanillitas y cintas, formando una especie de cetro, la *marota*, atributo de los bufones.

Otro modelo de sonajero corriente en la antigüedad era el terracota, representando a un lechón, en recuerdo del cochinito inmolado para salud del niño.

Parecería que un instrumento tan simple fuera común a todos los pueblos. Sin embargo, no es así. El sonajero no es común a todos los pueblos; es desconocido en los de cultura inferior. Si bien se le ha encontrado en algunas tribus indígenas, su aplicación no era la misma.

En ellas se consideraba a este objeto como sagrado y misterioso. Ciertas tribus de negros prestan sus juramentos sobre un sonajero, y en muchas otras, el hechicero cura todas las enfermedades agitando sobre el enfermo.

Entre los indios sirve para establecer comunicación con las potencias divinas.

Es con ayuda de su persistente tintineo con lo que los chamanes siberianos se preparan al éxtasis. Al son de esta música se provocaba también el delirio sagrado durante los grandes misterios de Isis y de Baco en la antigüedad clásica. Entre los pueblos modernos no tiene el sonajero otra función que la de juguete.

Las muñecas pueden considerarse como especies degeneradas de estatuitas sagradas, portátiles, representando distintas divinidades. Son, ante todo, aparatos de preejercicios, es decir, que sirven de entrenamiento a ciertas actividades desempeñadas en edad adulta.

Trompos, perinolas y tabas han perdido su primitiva significación como elementos de adivinación entre los romanos y la mayor parte de las tribus negras.

Los *barriletes* son dignos de ocupar capítulo aparte.

Parece que no fueron conocidos en Europa hasta comienzos del si-

LOS JUEGOS INFANTILES EN LA HISTORIA

glo XVII, en tanto que se encontraban profusamente repartidos en las Indias orientales, Anam, Tonkin, Siam, Malasia, Japón, China, Corea y Polinesia.

En consecuencia, el barrilete vino del Oriente a Europa, a cambio de la peonza, que dió la vuelta al mundo en sentido inverso.

Hombres de edad madura juegan con barriletes en las calles de China. Antiguamente cultivaban en Corea tal deporte las mujeres y los reyes. Los barriletes orientales son objeto de las más variadas formas y decoraciones. Tanto en Nueva Celandia como en múltiples islas

de Oceanía el lanzamiento de una cometa se acompaña con aires tradicionales, revistiendo más el aspecto de supersticiosa ceremonia que de pasatiempo inocente.

En Corea se les utiliza como víctimas expiatorias para desprenderse de algunos males. Considéralos como especie de superalmas. Desde la altura donde planean quedan ligados por un lazo mágico, simbólico o espiritual con el alma del hombre que desde la tierra lo sostiene...

Durante el sueño del rey de Siam se remonta un barrilete pintado con las armas reales. En las

GOTAS DE TINTA

Madura entre las angustias de la madre, que no tiene tiempo para pensar en la gestación. Sale entre los desgarramientos de la parturienta y manda el primer vagido desde un jergón fétido o desde un puñado de trapos insuficientes para preservarlo del rigor de la temperatura. Limpiando como Dios quiere, abandonado a sí mismo durante horas enteras, desatendido por el padre, que no puede dormir o que ha tenido que interrumpir el sueño, mueve la boquita informe que no deja nunca de manifestar el deseo de una cucharada de leche.

Macilento, mama el seno extenuado de la pobre madre que nunca llega a alimentarse suficiente, o bien chupa fatigosamente los flácidos pechos de las infelices que, para no morir de hambre, se ven obligadas a vender a la Asistencia Pública aquel sobrante de leche pasada.

Destetado, anda a gatas por el patio, por las escaleras sucias, sobre los ladrillos engomados, entre las basuras de los rincones, en los fangales de las calles desempedradas.

Pasa entre los brazos de los vecinos, rueda sobre los adoquines, brinca sobre la arena, llora porque no ha comido lo suficiente, y duerme en la suciedad.

Va viviendo comisqueando troncos barridos afuera de las puertas recogiendo frutas picadas, royendo cortecitas de pan seco, engullendo restos de comidas.

Que llueva o haga calor o frío, para él está el eterno vestidito remendado de varios colores, deshilachado, manchado.

Sin gorrita, sin medias, sin corpiñito, sin medias, también durante las negras jornadas que irritan ferozmente sobre la miseria

Su cuna es un rinconcito a los pies de la cama común. Crece perdiéndose entre las piernas del padre, de la madre, del hermano, de la hermana y se vuelve amarillento ante aquel contacto nauseabundo.

Su asilo de infancia, es el patio, la plazoleta, la callejuela. Su escuela es la plaza, el mercado, los alrededores.

Su abecedario es el ayuno, su gramática los sopapos, sus ejercicios aritméticos, las tiradas de orejas, su geografía las bofetadas, su historia, las patadas, sus útiles, el cajoncito para lustrar botines en la calle.

Hechas pocas excepciones, crece con el cerebro lleno de neblina, con los ojos desmollados en la ignorancia, irritado por las privaciones, con el corazón endurecido, insensible, sin aspiraciones, sin esperanzas, sin que su pequeña alma se despierte una sola vez hacia lo grande, lo hermoso, lo sublime.

Las niñas ya desfloradas en el pensamiento, con los sentidos apañuscados en las excitaciones morbosas, con imágenes vivas, con deseos relampagueados viendo un vestido, un botoncito, una alhaja brillantada, bajan con su juventud a ojear en la calle, a coquetear, a callejear, hasta cuando la mano del polizonte cae sobre sus espaldas.

Los niños extraviados en la escuela de la inmoralidad entristecidos por los contactos, entontecidos por las tarantelas del ventrilocuo, derengados por los sufrimientos sin nombre, se aventuran en la callejuela de la vida, robando una fruta o cualquiera otra cosita a su alcance, para deslizarse hasta donde la ley lo atrapa para encerrarlo en la celda de una cárcel.

Esta es más o menos la existencia acongojada del hijo del pobre, que no tiene dinero para cuidar la infancia de los hijos, que no puede mandarlos a la escuela porque no tiene con qué vestirlos decentemente; que no los puede vigilar porque tanto él como su mujer están obligados a trabajar todo el día para no morir de hambre.

O R E S T E C I A T T I N O.

ceremonias de la Adolescencia, realizadas en el Japón, tiénese por hábito atar grandes barriletes en las casas, dándoles forma de carpas mantenidas a flote sobre ellas.

Los combates de barriletes son diversión común a China y Japón. El hilo, impregnado de pez y espolvoreado con fragmentos de vidrio pulverizado, es el arma empleada por la flota aérea. Trátase de maniobrar en forma de cortar el mayor número de hilos manteniendo el barrilete a salvo de sus adversarios. Todos los niños varones toman parte en este juego en la provincia japonesa de Suruga. Si alguno de ellos deja escapar su hilo, tólmase como signo de mal presagio.

Inmediatamente se organizan expediciones para dar con el juguete perdido, y quien lo devuelva puede contar con una excelente recompensa.

Si no llega a encontrarse, télmese por la vida del pedredor durante ese año de prueba.

"La vida de los niños — explican los japoneses — vuela con el pájaro de papel, y el cuerpo se debilita, exponiéndose a enfermedades después de perder ese principio de vida".

Consideran, por tanto, al barrilete como el alma exterior de quien lo maneja.

Los niños son grandes conservadores y tradicionalistas.

Mientras se les deja en libertad se entregan obstinadamente a las prácticas y reglas consagradas por la tradición.

Repiten en su rima muchas palabras cuya significación se desconoce desde siglos atrás, y observan en sus juegos costumbres heredadas de origen más olvidado todavía.

Algo casi religioso hay en esta fidelidad con que guardan los viejos juegos pasados de una a otra generación.

Innumerables son los juegos derivados de la actividad política y social. Tales, por ejemplo: la guerra, el lobo, vigilantes y ladrones, etcétera.

Algunos reflejan trazas de sentido mítico o ritual.

"La gallina ciega, se encuentran en Francia, en Escocia, en gran parte de las regiones escandinavas, en el norte de Alemania, y es la "vaca ciega" del sud de Alemania y el "Billy" o "Hary ciego" de Inglaterra.

Las danzas cantadas y rondas infantiles son pequeños dramas elementales, conmemorando el cambio de estación, las faenas de hombres y mujeres, las alegrías y tristezas de la vida. Particularmente la agricultura y el trabajo doméstico las inspiran.

La obra citada al comienzo trata luego del teatro de fantoches y su evolución del guñol, de las sombras chinescas, del circo y de la psicología de los acróbatas.

"El juego — dice en cierto párrafo — no es solamente una evasión fuera del presente; encierra también gran parte de su esperanza en una realidad mejor entrevista por todas las generaciones, con inquebrantable optimismo en los sueños y agitaciones de los pequeños. Por esta circunstancia, los juegos de niños merecen un estudio tan respetuoso como el dedicado a imponentes instituciones de la vida social. No precisamente en razón de su antigüedad, sino de los restos que mantienen del arte y de la poesía de las generaciones desaparecidas".

LA CULEBRIYA

(CUENTO TUCUMANO)

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

—¿Guénas, patrón.
—¿Cómo le va, misia Urbana?
¿qué cuenta y qué la trae por aquí?
—Y, ya lo vé; aquí vengo con Numancio, mi cachorro, que anda clueco, po.

—¿Qué le pasa al muchacho?
—Qué quiere que le pase don, deno que dende hace unos días le ha dentrao en el cuerpo la culebriya, y se le ha prendido fiero caray, ya lo ve, enclenque, y hasta con calentura.

—¿Caramba! Lo lamento sinceramente. ¿No lo ha llevado al médico?

—Entoavía, no; lo yevé ande el curandero, y le ha dao una medicina que lo hace gomitir tuito el santo día, mesmo que perro cuando se desayuna con yuyos; quién sabe porque será esto.

—Tenga cuidado; vea que si tiene fiebre es mejor que se acueste; mire que si le viene el chucho no lo pasará muy bien el pobre, desde luego.

—Así he oído mentar, que la fiebre en amanebándose al cristiano es peor que mula empacalizada pa juir del cuerpo, y por esto me he allegao hasta la estancia, pa verlo, patroncito.

—Usted dirá en qué puedo servirlo.

—Este, vea don, como usted sabrá ¿no? la tinta de escribir es güenaza en contra de este mal, siempre que se use de güena fé...

—¿La tinta?

—Sí, patrón; y como usted es abogado, malicié que sabría ahuyental el mal, y aquí me tiene.

—No comprendo; explíquese mejor, Urbana.

—Es el caso, patrón, que a Eleodoro, mi compadre, se le apareció en un derepente este mal rodeándole la cintura, y ya se diva a juntar la cola con la cabeza, cuando el hijo del estanciero Godoy, que es un mozo tan léido, no despreciando lo presente, le dijo a mi madre que el mejor remedio pa cortar la culebriya era escribir con tinta en la panza del enfermo, de arriba ansia abajo, el Padre Nuestro, y ansina mesmito lo hizo; pues ¿quiere creer, don, que agatas comenzó a escribir el mozo, la culebriya se diva achicando? ¡Cobarde como culpable! Con el olor a tinta juía, y cuando ya llegaba la oración a las verijas, ese bicho dañino se había separao del umbiligo y diva reculando ansia el espinazo.

Pa esto vengo yo aquí patrón, a que usted haga lo mesmo con mi muchacho, por que la enfermedad lo trae amolao, y lo molestea muy mucho al pobrecito, y usted sabrá ya, que si se juntá la cola con la cabeza, no hay medicina que valga, tuito es al cuete, den seguida se corta el enfermo, y se es finao.

—Ignoraba por completo ese remedio, pero a mí me parece mejor que lo lleve al médico sin pérdida de tiempo.

—¿Pero pa qué, patroncito! ¿Sabe qué nombre le dan los doctores a este mal?

—No.

—¿Dicen que es orticaria! ¡Ja, ja!... Son unos baguales esos médicos de ciudad. ¡Mire que las ortigas li van a hacer daño por densima de la ropa, y le van a lastimar el cuero! No, patrón, no; haga el favor y escribale la oración a Numancio en la barriga, y ya verá como se mejora.

—¡Hombre!... Si de eso depende su mejoría, con el mayor gusto lo haré; usted dirá lo que debo de hacer.

—Poca cosa, don, venga hijo, atráquese (dijo la paisana al muchacho), aflójese los pantalones, y levántese la camisa, ansina el patrón le pone el remedio.

El criollito obedeció a su madre, dejando al descubierto el vientre que parecía cuero de sapo, áspero, negro y completamente cubierto de ronchas. Acercóse al abogado, el cual estaba malhumorado, pues lo molestaba la ignorancia y superchería de la gente de campo tan ingenua para creer en agorerías.

—Adiós, y que se mejore el enfermo.

—¡Y como no! Si pa eso son las oraciones, pué.

—¡Claro!

Madra e hijo se despidieron, mientras el patrón reía de su ocurrencia diciendo: ¡No se cómo los he aguantado sin despedirlos con cajas destempladas! ¡Yo curandero? ¡Si contara esto en Buenos Aires! ¡Qué barbaridades se cometen en el campo!

Habían pasado cuatro días de esto, cuando una tarde vió el doctor,

LA TRADICION

¡Tradición! no morirás
Mientras te miren altiva,
Y te canten con voz viva,
Y te aplaudan más y más.
No podrán nunca jamás
Tus costumbres perecer,
El destino ha de querer
Que tenga una larga vida
Esa tradición querida
Con sus canciones de ayer.

Hay que pensar en seguir
La tradición; que nos dure,
Que nuestra raza perdure,
Que no se pueda extinguir,
La hemos de hacer revivir
Como una lozana flor,
Le cantaremos loor
Con nuestros gauchos ladinos,
Como buenos argentinos
De la invicta bicolor.

Como insignia ennoblecida
Te debemos conservar,
Y nuestro afecto expresar
A tí, prenda tan querida
Que afrontastes esta vida

En la agreste soledad,
Para cantar la verdad
De tus cuitas y dolores,
Inspirando tus amores
En la eterna inmensidad.

Vivirás eternamente
Con el gaucho y su guitarra,
El ranchito con su parra,
El manantial permanente,
La linda china sonriente,
Y el corpulento fiandú;
¡Es tu riqueza, un Perú,
Con el pingó y el recado,
Teniendo siempre a tu lado
Como un emblema, el ombú!

No se olvidará el fogón
Ni las continuas payadas,
Esas alegres versadas
Y las riñas a facón;
El amargo cimarrón,
El lazo al anca, al salir,
Las boleadoras pedir
Y colgarlas a la grupa,
Y después de decir: "upa",
Saltar al flete y partir.

JOSE M. OYUELA

—Escriba patrón, y si no recuerda el rezo, yo se lo diré.

—No hay necesidad.

—Se ve que es cristiano, y no se olvida de lo que le enseñó su madre, pué.

Tomó el doctor la pluma en su mano, y mojándola con tinta escribió en el vientre del gaucho, con energía, y mal contenida rabia las palabras; "Bruto, animal, caballo, ignorante, bestia, salvaje!", etc., y soltándola sobre la mesa exclamó:

—Ya está!...

—¡Oh, gracias don! Y que Dios lo haga un santo, y lo libre de este mal.

—Vea, Urbana, dele a su hijo este remedio, —dijo el abogado, alargando a la paisana un frasco que sacó del cajón del escritorio.

—¿Y qué es esto?

—Pagliano, es una tinta que se toma en casos así, contestó el abogado sonriendo.

—¡Ah! ha e ser pa que la culebriya no se gane a las achuras.

—¡Eso es!... ¡Ja, ja!... Ha adivinado usted.

—Bueno, adiocito y gracias.

desde la ventana del escritorio, que se apeaban de un pingó, el paisano y su madre, a quien traía en ancas del animal.

Esto le picó la curiosidad, y salió hasta el patio para recibirlos. La mujer al verlo se prendió de sus manos y besándolas dijo:

—¡Ay! patroncito, si usted había tenido una mano santa! ya me vé aquí de guelta con Numancio que está vivito y coleando, je, je...

—Me alegro, pero no es para tanto su reconocimiento. ¿Le dió el remedio?

—¿Y cómo no pué? Y la culebriya se achicó esa misma noche pero se le dentró en el cuerpo, si guro que por el umbiligo, y principió a corcobearle adentro, dentonces él tomó la tinta esa que usted le dió por si acaso, y denseguida se mejoró, ansina es que por esto hemos pegao la guelta ansia acá pa agradecerle su servicio, y traerle este cabrito, y estas chirimoyas, y desculpe por poco ¿no?

—Gracias, muchas gracias.

—De paso también le queriba hacer una prieguntita.

—Diga, no más.

—Es el caso que deseaba saber qué le escribió usted en la barriga a mi cachorro, pa ansina saber el remedio pa otra ocasión, que Dios aparte y guarde, pues mi compadre diz que a él le escribieron el Padre Nuestro, y dá en decir que es mejor que el Ave María, y yo quisiera saber cuál de esas oraciones tiene más virtud pa'l caso.

El doctor miró a la criolla sorprendido, y con calma repuso:

—Eso depende del tamaño del vientre, a su hijo le escribí el Ave María porque es chiquilín todavía, pero esto no quita que a su compadre le hayan puesto el Padre Nuestro, que es una oración más extensa, pues habría lugar para ello.

—¡Agora ya comprendo! Asigún es el grandor de la res, es la laya del rezo que se le pone. ¡Hasta pa esto hay que ser vaquiano, mesmo que pa bolear guanacos. ¡Chá digo!... ¿Sabe patrón que usted había tenido mano e' mujer pa esto?

—Pero, ¿por qué?

—Y... porque asigún dicen las lenguas largas por ahí... la culebriya se requiebra en viendo una mujer.

—Entoces, ¿solo el hombre padece esa enfermedad?

—¡Juai, juai!... Que había sido curioso el porteño... Güeno vea, a usted se lo voy a decir, pero e un secreto. Las mujeres también sufrimos de ese mal, pero no se lo decimos a nadei de vergüenza que nos da, pué e mal visto.

—¿Y si se mueren por falta de asistencia?

—¡Ay, patrón! Mejor es la muerte en antes e' ser maldito, po que a la mujer que se le aparece la culebriya naide la trata y le juven...

—No comprendo el por qué...

—Po que diz que ha dormido con mandinga.

La monogamia del pachá

Kemal Pachá, el amo de Turquía, es uno de los más ardientes adversarios de la poligamia. Quiere que cada marido sea "el hombre de una sola mujer", como en el resto de Europa.

Es un monógamo decidido, pero... tiene una manera especial de practicar la monogamia.

Es sabido que estuvo casado con la hija de un rico comerciante de Esmirna, que fué largo tiempo su ninfa Egeria.

Transcurridos unos años y temiendo que su esposa, muy inteligente y muy ambiciosa, estorbase a su propia ambición, la repudió.

El Pachá había encontrado en Brusa a una joven bellísima, que acompañaba a su padre, errante, en busca de trabajo. Admirado de su belleza, Kemal Pachá hizo educar a la muchacha y... dos años después se casó con ella.

¡Monogamia singular la del Pachá!

¡Nunca más que una mujer; pero no siempre la misma!

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Fotografías mágicas. — Se tiran pruebas de las fotografías que se deseen, en papel albuminado y se fijan en un baño de hiposulfito al 5 por 100. Después se lavan cuidadosamente y se bañan en la siguiente solución en la cual desaparecen por completo las imágenes:

Bicloruro de mercurio . . . 5 gr.
Agua 100 gr.

Después de secas se les pega por detrás un papel secante que haya sido bañado previamente en una solución de sulfito de sosa y secado luego.

Las imágenes aparecen cada vez que se mojan las pruebas con agua ó se les echa humo del cigarro.

Colores fosforescentes. — Para prepararlos, Mourelle mezcla 285 partes de carbonato de estroncio (en bruto), 68 partes de flores de azufre, 4 de carbonato de sodio cristalizado, 2.5 de cloruro de sodio y 0.4 de hiposulfito de bismuto. Pulverizado todo ello, se pone en un crisol de tierra y se cubre con una capa de almidón pulverizado. El crisol se pone al calor de un horno de cok durante cinco horas, hasta el calor rojo, y entonces se deja enfriar durante diez ó doce horas. Al cabo de este tiempo se encuentra en el crisol una sustancia casi blanca, granulada y quebradiza, de notables cualidades fosforescentes, que se excitan con la más pequeña luz.

Limpieza de lupas, lentes y gemelos. — Si los lentes están manchados de grasa, se frotan suavemente con un trozo de papel secante ó de seda, mojado en agua que contenga unas cuantas gotas de un álcali cualquiera.

En seguida se pulimenta con un trapo viejo que no sea de seda.

No conviene frotar á menudo los lentes, porque corren peligro de rayarse. El polvo se les quita con una gamuza fina.

Las manchas de tinta deben quitarse antes de que se sequen si se quiere conservar la prenda.

En cuanto cae la mancha se empapa bien el tejido con leche hasta que desaparece toda la tinta, y luego se esponja con bencina para quitarle todo rastro de la grasa de la leche.

En general pueden quitarse las manchas de tinta de todo tejido cuyo tinte no se corra aplicando sales de limón.

Gautes impermeables. — Aunque ofrece sus inconvenientes el llevarlos desde el punto de vista de la transpiración, etc.; puede haber personas que deseen tener guantes que no puedan ser atravesados por el agua, y para conseguirlo no hay más que darles por encima una mano de aceite de linaza de buena calidad, hervido, al cual se haya añadido un 1 por 100 de aceite de ricino.

Después de darles la preparación á los guantes, se ponen á secar al aire.

Para prevenirse contra los sabañones, se debe usar ropa interior de lana, medias de abrigo y calza-

do cómodo y fuerte; pero que no apriete. El calzado estrecho, al oprimir el pie, puede ser causa de que salgan sabañones.

Hay que hacer mucho ejercicio al aire libre, si es posible; comer tocino y manteca, tomar leche y aceite de hígado de bacalao si la persona es delicada de salud, y no lavarse con agua fría ni exponer de pronto al calor los pies ni las manos cuando se tengan muy fríos.

Los encajes negros se restauran lavándolos á la ligera en agua muy caliente, á la que se haya echado un poco de hiel de vaca.

Después se echarán con agua templada, y luego se los pasa por una disolución débil de goma.

Al sacarlos de ésta se oprimen entre ambas manos hasta que suelten la mayor parte de la goma, y por último, se ponen á secar bien tendidos y prendidos con alfileres.

Tinta de copiar para máquinas de escribir. — Se hace mezclando 15 gramos del color de anilina que se desee que tenga la tinta, 60 gramos de alcohol y otros tantos de agua, á todo lo cual se añaden 120 gramos de glicerina.

Del agua puede prescindirse por completo reemplazándola por su peso en glicerina.

Cola para pegar papel sobre hojalata. — Se disuelve algo menos de un kilo de azúcar morena, en 500 gramos de agua hirviendo; por otra parte se derrite á fuego lento 15 gramos de gelatina. Aparte también, se mezclan 350 gramos de engrudo con otro tanto de agua fría, echándolo después en un litro de agua hirviendo, pero gradualmente, con el fin de evitar la subida rápida; se le deja al fuego hasta que esté bien clara. Entonces se le añaden las dos primeras soluciones y se mezcla todo perfectamente.

Para dar á la plata nueva la apariencia de la vieja, basta con oxidarla. Un líquido conveniente para dar á este metal el característico color obscuro, es el que resulta de la combinación de dos partes de cloruro amónico, dos de sulfito cúprico, una de nitrato de potasa, y cinco de ácido acético. Cuando se desea dar esta coloración á todo un objeto, se calienta primero, sumergiéndolo después en este líquido. Cuando por el contrario sólo se desea oxidar determinadas partes, se aplicará sobre ellas este líquido, empleando al efecto un pincel de pelo de camello. Otro procedimiento igualmente eficaz, consiste en una solución de una décima de sulfidato amónico, que se aplicará sobre la superficie, con un pincel de cristal hilado. Pulimentando luego con un brujidor de ágata, adquirirán los objetos la hermosa coloración obscura deseada.

También pueden sumergirse los objetos con idéntico resultado en cualquiera de los baños siguientes: sulfito potásico caliente; sulfidato amónico caliente, adicionado con una décima parte de percloruro de hierro también caliente; extracto concentrado de agua de javel; ó un baño compuesto por partes iguales de sulfato cúprico y sal de amoniaco en vinagre fuerte. No deben tenerse los objetos en estos baños más que el tiempo necesario para que adquieran el color deseado. Para blanquear la superficie debe pasarse sobre ella ligeramente un paño fuerte empapado en una solución de cianuro potásico. Las partes del dibujo que forman relieve deben quedar brillantes y limpias, y oxidadas todas las que quedan en hueco. Para los objetos que solo tienen un ligero baño de plata, no deben emplearse soluciones fuertes, porque desaparecerá ésta para dejar el cobre al descubierto. Apenas se saquen los objetos del baño, hay que lavarlos repetidas veces en agua clara y secarlos después convenientemente. Debemos recordar que el manejo del cianuro potásico es muy peligroso por tratarse de un veneno muy activo.

Aguafuertes del Zoológico

Los ruisseños del barro

Quando en las tibias y oscuras noches de noviembre las vejigas cantoras de los sapos resuenan por miles con casi aturdidor ruido metálico en la orilla de las lagunas, el que va callado por los caminos del Zoo se extraña de que en ciertos momentos la música de esos batraceos se acalle por un rato, como si esos tenorios suspendieran su bulla en acecho de extraños ruidos que puedan presagiar para ellos un peligro. No es por eso. Una pequeña linterna ciega, destapada en el momento oportuno, me ha puesto al corriente de lo que sucede. Un macho entona, primero tímidamente, después más resuelto, las primeras notas de su romanza: a su invitación se desgranán, en fuga siempre creciente, claras y sueltas, las letanías sin fin de todo el momento quizás de mayor paroxismo de notas entre esos ruisseños del barro, que disminuye poco a poco con el avanzar de la noche. Esos intervalos que parecen de acecho son debidos a que uno, dos, veinte de los vecinos se han callado, y los restantes callan luego también un instante extrañando la falta de acompañamiento, para seguir al rato con más furia soltando sus metálicas y cortas notas.

Fué entonces que la linterna me explicó el misterio. Como dos burbujas de aceite que lentamente se aproximan sobre la superficie del agua, el sapo y la sapa enamorados, lentísimamente se acercan: cuando la distancia es mínima las dos gotas de aceite se refunden en una; así los sapos: él se enarzona, y ya él y ella por buen rato, por larguísimo rato no encuentran tiempo para seguir su canto: la canción — ¡oh qué canción! — ha terminado.

¡Qué escena desagradable para un poeta sucede bajo el sector luminoso de mi linterna! Como las bíblicas ramerías de los caminos, por el césped, al borde del agua, sobre el arroyo, se repiten por miles de miles las silenciosas orgías de esos bajos fondos de la vida. Estrechamente unidos, si se les separa, después de un gran esfuerzo para conseguirlo, vuelven a unirse en seguida si uno los deja; y por amor de investigación he vuelto a unirlos en posición invertida, continuando igualmente en ese amplexo anormal.

Aproximadamente a las dos de la mañana ese gran coro musical ha disminuído notablemente de intensidad, pues las dos gotas de aceite de esta curiosa y grosera cariogenesis se han atraído casi todas: quedan tan sólo los rezagados que callan al aclarar el día y son ellos quizás los que en las asoleadas horas meridianas emiten aún de tarde en tarde sus notas dolientes, quejumbrosos suspiros de sueños aún no realizados.

Si para el naturalista esas escenas son interesantes, ellas harían decaer por cierto la poesía de los románticos que eterizan al ideal amoroso.

CLEMENTE ONELLI

"Alma pecadora", por Gloria Swanson. — Artistas Unidos está dando á conocer otra de sus grandes producciones, para la actual temporada; la película "Alma Pecadora", adaptación de una novela corta, de gran difusión en Estados Unidos, y cuyo título famoso es "Sadie Thompson". Este "film", de asunto un tanto extraño viene precedido de excelentes comentarios que se refieren sobre todo, a la labor de su protagonista, la famosa actriz, Gloria Swanson.

Raoul Walsh, uno de los directores jóvenes mejor conceptuados en el mundo de la pantalla — ha dirigido "El Precio de la Gloria", — ha tomado a su cargo la filmación de "Alma Pecadora". La adaptación, asimismo, fué realizada por él. No para aquí la multiplicidad laboriosa de Raoul Walsh. En la producción que nos ocupa interviene también como actor — desempeñando un papel importante y simpático. Con Raoul Walsh completan el cuadro de intérpretes, destacados de "Alma Pecadora", Gloria Swanson, Lionel Barrymore y Blanca Frederici. Gloria Swanson ha rayado a gran altura — según las crónicas de los críticos neoyorquinos en esta película. Se ha dado hasta en afirmar que su personificación de Sara Thompson, es la más completa de su vida artística.

Desde luego la textura de Sara Thompson, permite una creación estupenda, de una artista de rango. La heroína de la película de Walsh es una mujer turbulenta, alegre y apasionada, que tras rudo batallar, somete su conciencia, al mandato, una exótica isla del Pacífico — favorece la trama de "Alma Pecadora", que se caracteriza especialmente por su intensidad dramática, sin que por ello falten episodios humorísticos y espectaculares.

Es sabido el vigor temperamental, de Lionel Barrymore. Nadie como él da vida, recia, y penetrante a los personajes que deben aparecer en la pantalla, con rasgos duros y enérgicos. En "Alma Pecadora", parece que el célebre artista ha superado el triángulo central. Encarna la figura espontánea y jovial de un sargento de la infantería de Marina de Estados Unidos. Se ha elogiado, asimismo su labor.

Como se advierte, tiene "Alma Pecadora", un reparto excelente digno de la marca — Artista Unidos — que la auspicia.

DOLORES DEL RIO ES LA MAS GRANDE ESTRELLA DEL MOMENTO ACTUAL

El salto a la gloria. — Apasionado, febril, siempre con las pupilas brillantes encendidas de asombro, esta hoy célebre estrella del celuloide, cuyo nombre está en boca de millones y millones de admirado-

Notas cinematográficas

res, ayer nomás llegó a Los Angeles, sin otro equipaje que un enorme caudal de entusiasmo y un profundo deseo de triunfar.

Dolores del Río es la personalidad actual más interesante de la dinámica ciudad del film. Su triunfo rotundo y asombrosamente rápido, es el ejemplo que delectan

tos artísticos de segunda categoría donde actuaba Dolores del Río en sus primeras cintas, pupila de un gran director; se descubrió en la novel artista un verdadero temperamento de excepción que a medida que estaba filmando actos se iba cada vez más compenetrando psicológicamente del rol, hasta lle-

en una película extraordinaria que fuera su consagración definitiva.

Estrella de primera magnitud. — Después llegaron rápidamente triunfo tras triunfo, su personalidad adquirió relieves extraordinarios, en "Resurrección", mostró con delineamientos de legítimos quilates su asombroso temperamento pasional y voluble. Este trabajo estupendo de Dolores del Río fué elogiadamente comentado por todos los "ases" del cine, que en la función del estreno en Hollywood, tributaron a la diminuta estrella mejicana, un aplauso estruendoso y cordial.

A partir de esa fecha se abrieron para Dolores del Río todas las más grandes posibilidades del arte mudo, los directores consagrados le hicieron tentadoras propuestas, y las empresas filmadoras le ofrecieron sumas fabulosas por su trabajo.

Hoy se ha superado. — A la inversa del común en todos los artistas, Dolores del Río, hoy célebre y rica, cuida más que nunca su labor, superándose en cada nueva producción, a punto tal que asombra.

Dolores del Río, es por todas sus grandes cualidades fotogénicas, la artista que produce el mundo cada diez años, más o menos.

Extraordinaria mes de Julio. — La Corporación Argentino Americana de Films, siguiendo su plan de estrenar cada vez mejores producciones, presentará como segunda Extraordinaria de esta temporada, es decir después de "EL FANTASMA DEL MAR", la magnífica super-producción de la Gaumont British Film, titulada "MADEMOISELLE FROM ARMENTIERES".

"MADEMOISELLE FROM ARMENTIERES", es una verdadera Super-Extraordinaria, siendo la protagonista principal, Estelle Brody, secundándola John Stuart.

"MADEMOISELLE FROM ARMENTIERES", ha sido sin ninguna duda, el mayor éxito de boletería que ha habido en Europa hasta la fecha, y a pesar de tratarse de una película de guerra, su argumento es original, y no puede compararse con ninguna otra película de este género, estrenada o a estrenarse. Estelle Brody, en su papel, ha sido una verdadera "trouvaille" del director, pues lo interpreta con tanta naturalidad que el espectador que da convencido de que en vez de actuar, está viviendo su parte.

La Corporación, apreciando el valor artístico de esta película, presentará este film con música y ruidos adaptados, lo que hará que sea sin duda alguna, el mayor éxito de la actual temporada.

NOSTALGICAS

(Para FRAY MOCHO)

Si un día llegas a leer mis versos
Y acaso vuelvas a sentir en tu alma
La cruel nostalgia del amor perdido
Junto al recuerdo de la fé olvidada,
Sabed, bien mío, que he sufrido mucho
Por el fracaso de tus justas ansias...

Y si el recuerdo lleva a tu memoria,
De aquel amor, la sensación amarga
Y algo infinito de dolor y llanto
Llega quejoso a remover tu entraña,
Sobre la tumba de un amor ya muerto
Viertan tus ojos un raudal de lágrimas!

Allá muy lejos, casi en el olvido,
Quedó la triste y sepulcral ventana,
Testigo fiel de innumerables citas
Donde mil besos estampé en tu cara...
En dulces noches que gocé a tu lado
La primavera juvenil de mi alma!

Y desde entonces ¡Hace tantos años!
Que ya he perdido toda la esperanza
De que retornen a mirar mis ojos
La bella aurora de tu faz rosada,
¡Qué sin duda está llena de arrugas
Como un espectro de tu suerte aciaga!

Una vez más, quisiera con ternura
Volver a darte una postrer mirada,
Palpar de nuevo tu divino cuerpo
Que en mi recuerdo eternamente vaga...
¡Y una vez más decirte que te quiero
Como te quise cuando tu me amabas!...

Domingo DORTONA

en sus largas horas de espera en los "Studios", los miles y miles de extras llegados de todas las latitudes del planeta al influjo poderoso de la fama y el dinero.

Una película mediocre y otra cinta solamente regular bastaron para allanar el difícil camino del triunfo a esta pequeña muchacha mejicana llena de fiebre y talento que llegó una tarde desolada a la babel del cine.

Pupila de gran director. — Entre la enorme cantidad de elemen-

gar a la verdadera posesión del papel, a la profunda comprensión del personaje.

Fué gracias a esa labor de pura inteligencia, que la gran estrella mejicana se vió del día a la noche colocada en primer plano sobre el rutilante firmamento, de grandes valores de la pantalla; fué así como un día en que estaba sobre el semicírculo del patio del "studio", ensayando un segundo papel, Raúl Wats, que es el nombre del director de referencia, la llamó aparte, para ofrecerle el papel principal,

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U.T. 0428, E. Orden.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre \$ 2.50	Trimestre \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre \$ 5.00	Semestre \$ 6.00	Semestre \$ oro 4.00
Año \$ 9.00	Año \$ 11.00	Año \$ oro 8.00
N.º suelto \$ 0.20	N.º suelto \$ 0.25	
N.º atrasado \$ 0.40	N.º atrasado \$ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo	\$ 12 —	3.70
Tapas sueltas	chico	\$ 8. —	3. —
	grande	\$ 9. —	2. —
	chico	\$ 6. —	1.50

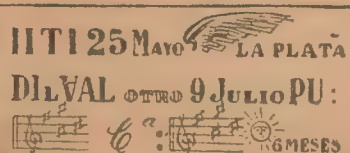
Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.º 29 — CHARADA

Pero me parece un gasto superfluo.
—Pues si *tercia segunda prima*, como si no *tercia prima segunda segunda*; yo compro ese todo porque me conviene.

N.º 30 — JEROGLIFICO



N.º 31 — COMPRIMIDO

A T

N.º 32 — ADIVINANZA

—¿Qué astro es más vanidoso?

N.º 33 — CHARADA

—Papá, *tercia segunda prima terci* *tercia prima prima terci* *cia* que vaya a pasar unos días al campo; verás qué pronto se libra de esa todo.

—Es que *segunda terci* *prima prima segunda terci* la tía les agrada el campo.

N.º 34 — JEROGLIFICO

2542

6133

4160

8091

20926

NEGRO

N.º 35 — COMPRIMIDO

MARTES

D



N.º 36 — FRASE EN ACCION



N.º 37 — ADIVINANZA

E Con la precedente letra y lo que es usted, he formado el todo.

N.º 38 — CHARADA

—Si te ve eso el *segunda terci* *de prima terci* puede que te *prima segunda terci* *cia terci*, porque sabe de todo.

—¿Tú crees?

—Hombre, ese *segunda terci* *prima segunda terci* todo menos la todo.

N.º 39 — COMPRIMIDO

Q
y
Q

N.º 40 — FRASE EN ACCION



N.º 41 — COMPRIMIDO

GNNIS

N.º 42 — CHARADAS RAPIDAS

I. *Primera y segunda*, apellido; *tercia y cuarta*, apellido; *todo*, población.

II. *Dos primera*, en la poesía; *primera terci*, en la persona; *tercia*, negación.

III. *Prima, segunda y terci*, flor: *todo*, varón.

N.º 43 — FRASE EN ACCION



N.º 44 — ADIVINANZA

—¿Quiénes son las personas que más les agradaría tener deudas?

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- N.º 14.—Asignatura
" 15.—Una partida de caza
" 16.—Solo a ti miran mis ojos
" 17.—En que principia con "una copa" y termina en el sueño.
" 18.—Candidato
" 19.—Edecan
" 20.—Teresa
" 21.—I. Proserpina. II. Medea. II. Amaltea. IV. Caduceo. Final. Prometeo.
" 22.—"Sobre las ruinas" Roberto J. Payró.
" 23.—A la mujer osada la fortuna le dá la mano.
" 24.—Por qué en la música está el "solfeo"
" 25.—Sin pie ni cabeza
" 26.—Anacoreta
" 27.—Dos portefolios ilustres
" 28.—El que no corre vuela

PENSAMIENTOS

El trabajo es la aplicación de las facultades humanas a un objeto útil. — STORCH.

Guardaos de revelar las faltas ajenas, y no habléis de ella ni con amigos, ni con enemigos. — MOISES.

La honradez conduce por la vía recta a quien la profesa, le da vigor y le sostiene, y se convierte en el manantial más abundante de acciones enérgicas. — SMILES.

Hay tres clases de ignorancia: no saber cosa alguna, saber mal lo que se sabe, y saber lo que no debe saberse. — DUCLOS.

Las dos palabras más fáciles de pronunciar: "sí" y "no" son las que exigen mayor reflexión. — PITAGORAS.

Las altas ramas del viejo tuya se han roto bajo el peso de la nieve... ¡Cuántas almas se pliegan así y se rompen bajo la carga de un destino aplastante y helado porque no han tenido un ideal! — JORGE SAND.

La única cosa que da valor a la vida es el amor a la belleza eterna. — PLATON.

Una parte de la vida se pasa en hacer mal; la mayor, en no hacer nada; casi toda en hacer otra cosa de lo que se debiera. — SENECA.

No hay que llamar feliz a ningún mortal antes de haber visto cómo, en su último día, lo descendieron a la tumba. — EURIPIDES.

Nuestra felicidad depende de nuestra razón más que de las circunstancias. — G. DROZ.

El hombre que no conociera ni el bien ni el mal nos parecería muy feliz, y, sin embargo, tenemos tendencia a conocerlo todo. — TOLSTOI.

"El paladín trovador". Poema dramático, por Antonio Bórquez Solar.

La Casa Editorial Maurci, de Barcelona, acaba de publicar esta bella obra teatral del eminente poeta chileno Bórquez-Solar, que fué representada por primera vez en el Teatro Municipal de Santiago de Chile por la compañía Guerrero-Díaz de Mendoza.

A fin de que el lector se dé cuenta de la importancia literaria de esta obra, vamos a transcribir el hermoso Prólogo que la antecede:

"Al levantarse el telón, el autor de esta Gesta de Ercilla aparecerá en la escena para decir:

Distinguido auditorio benévolo.

Hace cuatro centurias, que nuestra raza chilena tiene una gran deuda que satisfacer a aquel egregio portallira, don Alonso de Ercilla, que celebró con un poema épico el nacimiento de nuestro país a la vida de la historia y de la gloria; magnífica maravilla ésta, que no ha tenido ninguna otra raza del mundo precolombino y español.

Yo vengo a pagar esta deuda sagrada; yo, el más humilde de los chilenos, cuyo mayor mérito es haber nacido en aquella prodigiosa tierra de belleza, que circundan los mares azules con una complacencia amorosa inextinguible: en Chiloé, tierra que está en el medio del Archipiélago, como una princesa ensoñadora en un lecho de flores de encanto; tierra que más se conservó adicta al conquistador hasta el día bienaventurado en que don Ramón Freire fué a rescatarla, al modo de aquellos paladines y príncipes de leyenda, que en una nube de fuego, y después de ejecutar proezas nunca vistas ni oídas, despiertan de su sueño centenario y libran de su encantamiento a la Bella Dormida en la Isla de las Esmeraldas Maravillosas.

Excusad, pues, por esto, que yo tenga este gentil gesto de audacia para erigirme, con una noble voluntad, en pagador de tamaña deuda lírica. Pero pensad también que nuestro gran épico fué el descubridor de esta Isla de las Esmeraldas Maravillosas, hecho que recordó, con la más sincera satisfacción y regocijo de su alma, en su *Araucana*; pues que dijo:

"Al fin, una mañana descubrimos de Ancud el espacioso y fértil raso, y al pie del monte y áspera ladera un extendido lago y gran ribera..."

Y añadid todavía, para justificar mi atrevimiento y gallardía, que yo solo he tenido la dicha de encontrar en los bosques milenarios que custodian a Ancud, a aquel único árbol sagrado y de estirpe heroica, en cuyo tronco de grosos sorprenderte, está grabada hondamente, a filo de cuchillo de diamante, esta octava divina, por la mano pulquérrima del poeta:

"Aquí llegó, donde otro no ha llegado don Alonso de Ercilla, que el primero, en un pequeño barco desastroso, con sólo diez pasó el desaguadero, el año de cincuenta y ocho entrado sobre mil y quinientos, por febrero, a las dos de la tarde, el postrer día, volviendo a la dejada compañía."

Puedo decir para mayor admiración vuestra, que esta octava tiene de noche resplandores de fuego, tan intensos, que una sola letra de ella bastaría para iluminar todo el Archipiélago entero.

PAPEL Y TINTA

Así, pues, he compuesto La Gesta de Ercilla, para glorificación del poeta épico y de su altiva y dominadora raza; para glorificación y exaltación de nuestra raza chilena, la más grande, denodada y fuerte de estos continentes; para glorificación de nuestra tierra que produce gente

"tan soberbia, gallarda y belicosa, que no ha sido por rey jamás regida, ni a extranjero dominio sometida";

y para nuestro mayor orgullo, y para que en el futuro se recuerde que un raro poeta, brotado de un

mero, los cielos ilimitados del Mar Amarillo.

Luigi Motta, que ha sido considerado recientemente en Italia como uno de los instructores de la juventud mediante sus obras novelescas, llenas de enseñanzas, es cada día más y más leído en los países de habla española, mereciendo un galardón la editorial que ha lanzado sus libros en nuestro idioma, contribuyendo así a la general cultura.

Esta obra, presentada con el mismo acierto en sus condiciones materiales que las anteriores del mis-

Como muy bien ya lo advierte en el prólogo, el señor Luis Araquistain, hay en los temas criollos, de Ortiz Echagüe, esbozos de novelas o comedias que ojalá se decida a escribir algún día. Efectivamente; nosotros pensamos lo mismo, después de haberlos leído uno tras otro, con sumo agrado.

Quiere decir, pues, entonces, que el autor de "Pasajeros, correspondencia y carga", además de periodista, se nos muestra en estos trabajos a una rica personalidad artística, dueño de una contenida emoción y una agudeza de ingenio, que cautivan desde sus primeras páginas.

"Arengas selectas", por Bartolomé Mitre y "Los ideales de Mayo y la tiranía por Esteban Echeverría. — Librería "El Ateneo", 1928.

Acaban de publicarse los volúmenes XI y XII de la biblioteca "Grandes escritores argentinos", que dirige el señor Falcos, cuyos epígrafes encabezan estas líneas.

El primero de ellos, "Arengas selectas", de Mitre, contiene una selección de los discursos que encierran un valor más permanente, dejando para un segundo volumen, otras importantes piezas fundamentales de carácter parlamentario, y que aparecerá más adelante.

Suscripta por el señor Ernesto J. Weigel Muñoz, trae como premio esta colección, una acertada semblanza del Mitre orador.

El volumen segundo, o sea "Los ideales de Mayo y la tiranía", de Echeverría, forman una serie de trabajos sociales, políticos y literarios, a cuales más interesantes. Y, como corolario, se incluyen en esta obra, un hermoso prólogo de Alberdi sobre el autor de "La Cautiva", y un apéndice "Las obras de Echeverría", de Bartolomé Mitre.

"Peregrinaciones emotivas", por Odino A. Tomei. — Editor J. Samet, 1928.

Una inquietud permanente, y un desasosiego interior, al observar la vida que pasa a su vera, son las características de este joven poeta que reside en Mendoza.

El señor Odino A. Tomei, es poeta, sí, pues no le faltan sugerencias a sus composiciones, como también porque así nunca le abandona la emoción que generan sus poemas; pero, aparte de estas sobresalientes condiciones, innatas en un buen poeta, el señor Tomei descuida un tanto la parte que se refiere a la preceptiva literaria. Aunque, digamos a su favor, sus poesías mantienen siempre la forma clásica.

Respecto a la manera de encarar los temas que toca, aún no se diseña en él una tendencia definitiva: da la impresión de que todavía se está buscando.

Es por eso, quizá, que al lado de "Pórtico", bella poesía inicial del volumen, encontremos "Lectura quijotesca" y "Bohemia ciranesca", que, aunque buenas, pongamos por caso, manifiestan distintas personalidades.

"Peregrinaciones emotivas", de Tomei, es un libro honesto, artísticamente hablando, en donde hay versos bien realizados y que se leen con interés.

José Mauricio PEIXOTO

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA
Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"
DE 2 A 4 1/2
PARAGUAY, 1615
U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa.
Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre.
Consultas: de 16 a 19 horas
CALLAO, 433, 1.º piso
U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano
De 14 a 18 SAENZ PERA 216
U. T. 33, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebilleau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6854, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
Matriz, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
Enfermedades de los ojos
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

rincón de Chile, fué en un momento inspirado del cielo para encender en el más grande amor a la patria a todos sus conciudadanos.

Ahora se dará comienzo a la glorificación. Cae el telón."

X.

"El navío aéreo", por el Capitán Luigi Motta. — Traducción de Gonzalo Calvo.

La Casa Editorial Maucci, de Barcelona, en su afán de completar las instructivas obras de Luigi Motta, discípulo predilecto del gran novelista Salgari, al que ha llegado a equipararse en inventiva y profundos conocimientos, acaba de publicar un nuevo libro de su nutrida colección con el título que antecede.

El navío aéreo, surca los espacios con la seguridad y el solemne impulso que la ciencia moderna infunde a sus sorprendentes inventos, y después de interesantes aventuras, bajo el cielo de Corea, triunfa en sus designios, obtienen sus heroicos tripulantes el premio a sus afanes y asisten a la soberbia visión del gigante de acero, que, ágil como un milano, cruza, el pri-

mo autor, ostenta una artística cubierta en tricromía de Gastón Pujol; y va ilustrada con láminas del artista italiano Amato, que es considerado como uno de los más hábiles en el difícil arte de las ilustraciones.

X.

"Pasajeros, correspondencia y carga" por Fernando Ortiz Echagüe. — Editor M. Gleizer, 1928.

Integran este interesante volumen, variados artículos y crónicas escritos en fechas diversas. Vale decir, son cuadros y escenas de la guerra, algunos de ellos; otros, entrevistas a notables personalidades, y que el señor Ortiz Echagüe las agrupa bajo el acápite de "Figuras europeas"; reuniendo en el capítulo tercero, una serie de artículos sobre temas criollos, en los cuales revelan dotes singulares de observación y humorismo, proporcionando al lector momentos deliciosos; pues aúnanse a la gracia de expresión, galanura de estilo, visión clara de los temas que toca y un exacto conocimiento de las cosas que describe.

TEATROS

EL ESTRENO DE PARRA

Con una sala de bote en bote, renovó su cartel la compañía que encabeza el más popular de nuestros artistas, Florencio Parravicini, el impagable cómico. "En Villa Bonete ha sonado un cohete", pieza hilarante de los señores Emilio Sánchez y Saromá, mantuvo al público en una constante carcajada desde que se levantó el telón. Sería largo relatar el argumento de la obra, que da oportunidad a Parra para revelar una vez más sus recursos, que son infinitos, para provocar la risa del público. En un tipo que no tiene precedentes en su repertorio, hizo el gran bufo las delicias del público. Un manso cura que es algo así como el padre espiritual de los vecinos de la localidad, se ve enredado, precisamente, por su ascendiente sobre el pueblo, en una serie de hechos que a fuerza de resultar graves por su índole, resultan sumamente cómicos por la forma en que el buen sacerdote orilla los inconvenientes emanados de su propia condición eclesiástica y el deseo de conciliar las aspiraciones del rebaño humano que le rodea.

Sin abusar de las expresiones, ni apelar a gruesos recursos, Parravicini encarnó al personaje con gran eficacia cómica y el público interrumpió muchas veces su desempeño para regocijarse en explosiones de risa por las felices ocurrencias del bufo.

"En Villa Bonete ha sonado un cohete" es pieza para muchas noches.

"EL ESPECTADOR" EN LA COMEDIA

Otro ensayo de teatro de vanguardia, más feliz aún que los anteriores, ha ofrecido el celebrado comediógrafo Vicente Martínez Cuitiño. "El espectador", clasificada de "escenas en libertad", es una obra bien ejecutada, en la que sin tocar el tema del amor, se desenvuelven tres jornadas equilibradas, novedosas e interesantes, que mantienen al auditorio atento en todo momento. Podrá argüirse que la pieza no es sino una larga exposición dialéctica, fría, sin calor de emoción; pero esta misma circunstancia valoriza el trabajo, que el público acogió con muestras inequívocas de agrado. Sus diálogos son brillantes, henchidos de pensamiento y su desenvolvimiento de la idea matriz es acertado, en todas las situaciones. De Rosas y Evita Franco encarnaron los personajes de mayor responsabilidad y ambos salieron airoso de la prueba. El primero dominó su papel, desenvolviéndose con lujo de detalles y la segunda estuvo felicísima en su rol de actriz. Una ovación saludó la caída de la cortina y el autor fué llamado al palco escénico.

EL DEBUT DE LA PAGANO

La apreciada actriz Angelina Pagano reapareció ante el público porteño después de dos años de ausencia, en el escenario del Ideal, poniendo en escena el poema de Arturo Capdevila, "El amor de Shaharazada", en tres actos, ya conocido y muy difundido por haberse publicado.

La obra de Capdevila posee innegables valores poéticos, ya que

su autor es un reputado portalira. Sus anteriores incursiones por la escena sirvieron al escritor para alcanzar en esta obra mayor capacidad técnica, como se advierte desde el primer acto. Por lo demás, el viejo cuento de "Las mil y una noches" ha sido bien llevado al teatro y el soplo poético circula a través de sus escenas, algunas bellísimas, que dejaron una viva sensación de arte.

La Pagano actuó con verdadera eficacia, bien secundada por sus compañeros de escena, y el público del estreno, selectísimo, prodigó a autor e intérpretes una calurosa demostración.

"MUJERES DEL DIA" EN EL AVENIDA

Esta revista de Reparaz y Manella que termina de estrenar el elenco de Valero en el Avenida, si bien no marca novedades en sus cuadros, representa una simpática sucesión de escenas, algunas de las cuales, como el cuadro "Andalucía" son realmente interesantes y movidas.

La actuación de la compañía fué más que discreta destacándose entre todas la triple Carreras y la bailarina Reixart, esta última la figura que más se lució la noche del estreno.

MUÑO

Pasó las 300 "El cabo Rivero", afortunado sainete de Vacarezza que marca hasta ahora el record de representaciones del año en el género chico. Muño prepara el estreno de "El gran circo Rivolta", espectacular obra de Manuel Romero, que subirá a escena próximamente, esperándose que gustará mucho. Después se estrenará "El casamiento de Bulfarini", de Martinelli Massa y Agullar.

LA OLONA

Prosigue con fortuna su temporada la compañía de la Olona, en el Marconi. "Una mujer sin importancia", de Wilde, que reprisó últimamente, fué discretamente representada y largamente aplaudida.

"LOS CUATRO CAMINOS" EN EL MAYO

Las polémicas y contrastes a que da lugar el cambio de fortuna de los nuevos ricos, constituyen un tema de grandes recursos escénicos, que desde hace tiempo vienen explotando con fortuna los autores cómicos de todo el mundo.

Una nueva edición del asunto la constituye el último estreno del Mayo con el título de "Los cuatro caminos", de la que es autor el señor Angel Custodio.

No sería lógico esperar originalidad en un tema tan trillado. Basta que la vena cómica se muestre fecunda en chistes de buena ley para que el público se dé por satisfecho, ya que con piezas de esta clase no se puede perseguir otra cosa que el momento de hilaridad de su representación.

La compañía Díaz - Perdiguero que inició con esta obra una nueva temporada en esta capital, ahora en el Mayo, interpretó con mu-

cha eficacia la pieza, que mereció los aplausos del público.

"VIVA EL PADRE KRANTZ" EN EL NUEVO

La nueva obra de Samuel Eichelbaum estrenada por la compañía de Roberto Casaux, se registra como un éxito, por más que los aplausos del público no dieron su sanción favorable a lo mejor de la pieza, sino a ciertos aspectos que probablemente no son los predilectos del autor. Ello suele ocurrir con frecuencia, de suerte que no hay que darlo todo por perdido cuando algo logra imponerse.

Nos presenta el autor en esta pieza, un interesante tipo de clérigo rural que a despecho de su labor evangélica obtiene medios de fortuna bastante considerables, lo que le crea una situación difícil que le obliga a abandonar la localidad.

Amenizada esta parte básica de la trama con incidencias que resultan entretenidas, pero que tal vez conspiran contra la clara comprensión de la psicología del personaje central no tardó el público en exteriorizar su agrado, que perduró hasta el final de la representación.

Casaux y Serrano en primer plano, la señora Palomero, Alippi y los demás, inobjectables.

"SIERRA CHICA" EN EL COMICO

Los señores R. Tálice y Luis Dieguez, han llevado al teatro a un grupo de penados. No se trata, como pudiera creerse, de un acto de filantropía, pues los susodichos penados no han sido acomodados en la platea, sino puestos en el escenario. Así, pues, lejos de proporcionarles gastos su iniciativa, ha de facilitarles muy buenos ingresos, a juzgar por el éxito que les dispensó el público.

Los autores han pintado bien en esta pieza el ambiente de un presidio, donde cae entre los delincuentes comunes un escultor, arrastrado al crimen por la infidelidad de su esposa. El director del penal sujeta a este preso, al régimen común de los demás penados, pero su hija, compadecida de la situación del artista, empieza por consolarle y termina, como todas estas cosas, sufriendo un ataque agudo de amor apasionado que pone en peligro hasta el éxito de la pieza. Afortunadamente el autor, el autor de los días de la dama, facilita la fuga del escultor y todo parece que va a quedar arreglado. Pero es así, porque la pieza terminaría demasiado pronto, y entonces resulta que el preso fugado regresa a la cárcel porque no puede vivir sin el amor de la muchacha. Como se ve, los escultores son gente de pelo en pecho, que no tienen miedo a los padres de familia aunque sean directores de cárceles y malos y pesados por añadidura.

La pieza resulta interesante y pintoresca. El ambiente cruel en que se desarrolla, impresiona fuertemente al escultor y a buena parte del público y las escenas sentimentales ponen una dulzura de mengre en medio de tanta tristeza y dolor.

De la interpretación solo cabe decir elogios, destacándose en sus

respectivos papeles las actrices Teresa Serrador, Amelia Villavicencio y Leonor Rinaldi y los actores Luis Arata, Varela, Arias, Gangeloff y Rosingana.

—La próxima novedad de este teatro será la pieza de Eleodoro Peralta titulada "Lúcas Gómez", cuyo estreno se anunciaba para fecha próxima.

EL CUENTO DE FRITZ

Fritz de Monte Pin no es otro que un conocido autor teatral muy allegado a la empresa del Liceo. Se llama así para despistar y en colaboración con Arnaldo Malfatti y Alberto J. Ballesteros ha estrenado en dicho teatro una humorada que se titula "La ciudad trágica y sonriente". El título es un tanto metafórico y folletinesco, pero el subtítulo lo deja chiquito porque dice así: "Escenas de la metrópoli policial y misteriosa, un cacho en serio, otro cacho en broma y una cachada amorosa".

En el número próximo nos ocuparemos de esta pieza.

DIPLOMATICAS

En el Smart "Se necesita un embajador". No sabemos para qué, pero es de suponer que el embajador que necesitan tiene que ser de cartel. Mientras encuentran el candidato, que posiblemente ha de ser el público, nosotros esperaremos el resultado del aviso.

EL TEATRO DE CARCAVALLO

Con "La fiesta de Santa Rosa", de Vacarezza y "Romance Federal", de Saldías, el cartel del Nacional ofrece suficientes atractivos como para no necesitar el anuncio de novedades.

GRAND SPLENDID

"La fragata invicta", super producción Paramount últimamente estrenada en este salón, fué muy bien recibida por el público selecto que frecuenta las funciones del cine más acreditado de la capital. En esta semana se ofrecerán otras importantes novedades de la pantalla, que aseguran el éxito de las veladas, a menudo desbordantes de público.

PARC

La sala más prestigiosa de Palermo congrega diariamente mucho público, que acoge favorablemente las películas que se exhiben.

CAPITOL

En exclusiva se ofrece en este bonito cine la película "El sacrificio de una madre", del programa Fox Film, bella realización cinematográfica de un asunto sentimental donde se exalta el amor de una madre, con verdadero acierto. Esta cinta atrae numerosas familias y, probablemente, ha de perdurar en las carteleras.

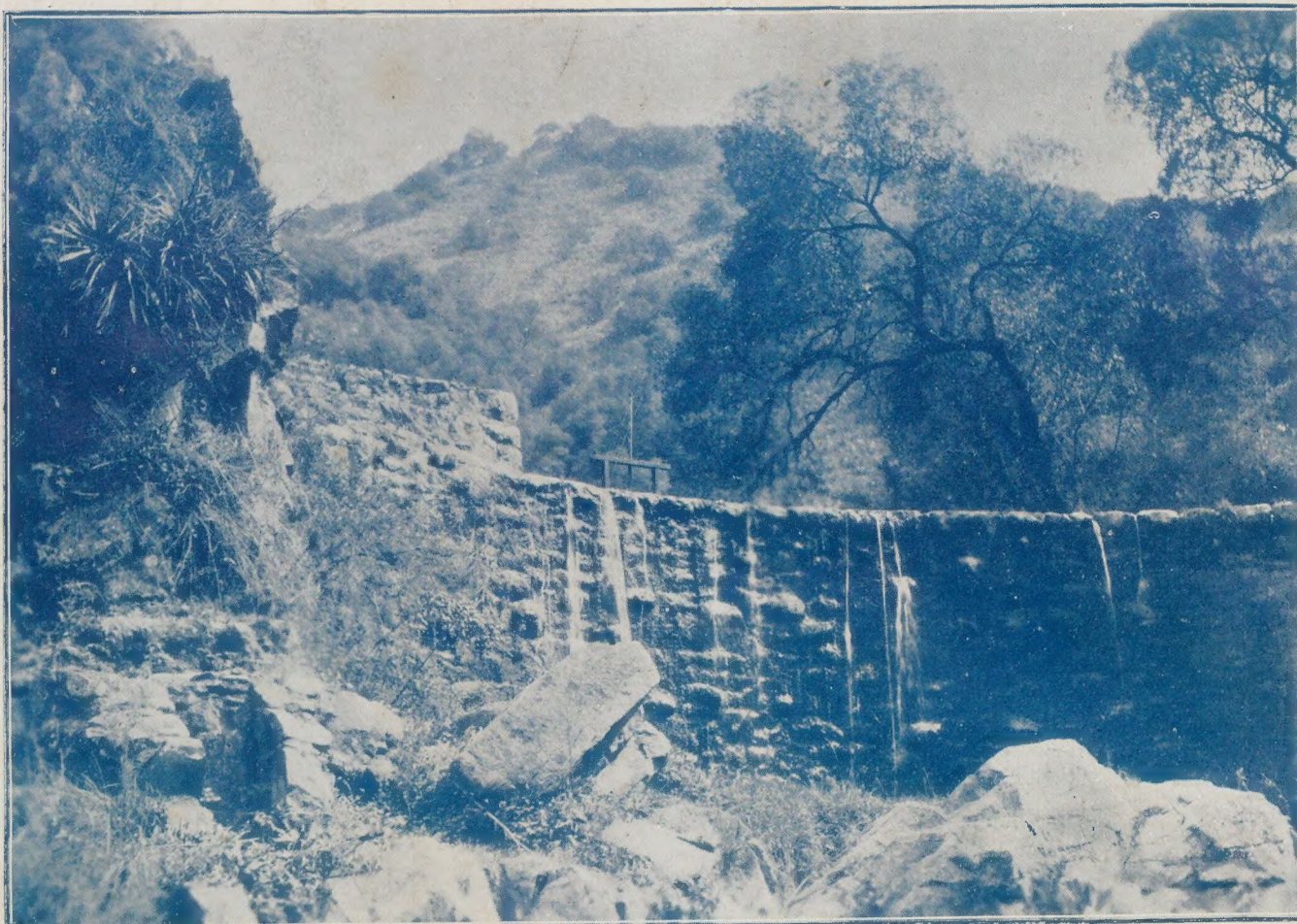
GLORIA

"Alma pecadora", la interesante película en que actúa como protagonista la estrella Gloria Swanson, se pasa en esta importante sala de la avenida de Mayo cuyos programas se caracterizan por la excelencia de las cintas.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. — Traje para paseo, compuesto de una chaquetita de raso, tono sepia, y de una falda de paño de Suecia, en tono crudo. — 2 — Traje confeccionado en raso negro, guarnecido de galones y botonado plata.



DIQUE "LA VAQUERIA", EN VALLE HERMOSO (SIERRAS DE CORDOBA)

TURISMO NACIONAL

Las Sierras de Córdoba

NO tiene Ud. por qué pensar en realizar viajes de placer fuera de su país teniendo en él múltiples y variadas bellezas panorámicas que podrá visitar y admirar sin sufrir las molestias consiguientes que proporcionan las excursiones por tierras extrañas.

LOS FERROCARRILES DEL ESTADO tienen un servicio de trenes directos y combinados que permiten la realización de viajes rápidos y cómodos a las hermosas e incomparables sierras de Córdoba.

A lo largo de ellas y abarcando todas las pintorescas poblaciones que dan animación a sus deliciosos valles, existe un amplio servicio de trenes locales.

Aproveche Vd. las facilidades y comodidades que le ofrecen los FERROCARRILES DEL ESTADO para pasar una temporada de descanso placentero en los lugares y villas que, como

**SAN ROQUE, BIALET MASSE, COSQUIN, VALLE HERMOSO, LA FALDA,
HUERTA GRANDE, CAPILLA DEL MONTE, CRUZ CHICA, CRUZ GRANDE,
LOS MOLLES, DOLORES Y LA CUMBRE**

brindan al forastero un clima agradable, aguas purísimas y la belleza de recónditos lugares que han hecho famosa a la región serrana.

Cualquier época del año es, sencillamente, deliciosa en las sierras cordobesas.

En todas las villas serranas existen hoteles y casas de pensión.

Cacería, Deportes modernos, Excursiones.

SUSCRIBASE Ud. A LA REVISTA "RIEL Y FOMENTO", publicación mensual que editan estos ferrocarriles.

Número suelto, 0.20 centavos; suscripción anual, \$ 2

Por mayores informes: Administración General, SAN JOSÉ 180

BUENOS AIRES